
22101379708

CURIOSIDADES MÉDICAS

CURIOSIDADES

MÉDICAS

PRECEDIDAS DE UN DISCURSO

SOBRE

EL FLORECIMIENTO DE LA MEDICINA ESPAÑOLA

EN EL SIGLO XVI

Y SU POSTERIOR DECADENCIA

POR

DON LUIS COMENGE

MADRID
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
IMPRESOR DE LA REAL CASA
Libertad, 16 duplicado
1886



SEÑORES:

Que un hombre de fuerzas problemáticas y discutibles por lo insignificantes; huérfano de ideas y pensamientos luminosos, y reñido contra su voluntad con el arte mágico del bien decir, venga á este augusto recinto á dirigir su palabra á un público médico en donde abundan hombres de ciencia, escritores fecundos y castizos y oradores de gran valía, es un fenómeno extraño que degeneraría en ridículo, si yo no explicara mi presencia en este sitio, y el objeto modestísimo que me guía.

La reconocida amabilidad de nuestro presidente, Sr. Ustáriz, y el injusto favorable concepto que de mis aptitudes tuviera, moviéronle, sin duda alguna, á solicitar de mí, con finura exquisita, diera una conferencia.

Y como los deseos de hombres ilustrados siempre para mí fueron leyes, acepté gustoso misión tan honrosa, aunque dificilísima, por más que no aspire á otra cosa, en esta noche, que á resucitar con mi entusiasmo vuestra admiración hacia tiempos lejanos; á recordar nuestra grandeza de un día y las causas de ulterior decadencia y ruina, ya que nada nuevo ni original pueda decirse ante un concurso tan ilustrado y tan docto.

Mas, como el cantar las glorias patrias y el venerar á nuestros ilustres predecesores, radica en el corazón, es empresa de gratitud, debe ser el mote de toda conciencia honrada, creo yo que nunca puede ser exclusiva labor reservada á los próceres de la ciencia; que toda obra, toda intención siendo noble, es por esencia recomendable, pasando á la categoría de accidentes la personalidad que la realiza y la forma, más ó menos elegante, en que se llevó á cabo. Y esta consideración me decide á exponer ante vosotros, algunas reflexiones acerca del *florecimiento de la medicina española en el siglo XVI y causas de su posterior decadencia*; tema espinoso, dilatado, de seguro naufragio, que nunca me atrevería á tratar si no me impulsaran á ello mi fe y mi entusiasmo, tan grandes como reducidos son mis conocimientos, si no supiera cierto que en los puntos más expuestos y tormentosos allí estará vuestra benevolencia, que en esta ocasión, ha de ser algo así como los brazos cariñosos de la madre levantando solícita al pequeñuelo, sin acordarse de reprenderle por la falta de fuerzas que naturaleza no le plugo conceder.

Y en verdad, señores, que toda esta consideración é indulgencia ha de pareceros siempre exigua, si tenéis en cuenta que el mencionar comentando los principales hechos de aquella gloriosa epopeya científica del siglo XVI, es tarea que requiere los esfuerzos de un Atlante de la ciencia y abrumaría á un Titán de la oratoria, cuanto más á esta *diatomea* del pensamiento, de antemano convencida de su escaso valer, sólo alentada por las corrientes de compañerismo que entre vosotros y yo se establecen y por lo axiomático de vuestra ilustración, garantía inmensa de vuestra bondad.

Al indicar en esta noche las heridas que debilitaran nuestra ciencia; al señalar aquellas circunstancias que pudieron agrietar el edificio grandioso de la medicina patria, no llevo otro objetivo que marcar el daño de ayer y el remedio para mañana, evidenciar las ricas disposiciones científicas de nuestra raza en otros tiempos demostradas, recordar vicisitudes pretéritas para emplear toda nuestra diligencia en esquivarlas hoy y pagar también, un tributo justo y noble á nuestros vetustos maestros y compatricios venerables, constituyéndome por breves momentos en intérprete, aunque indigno, de la gratitud y respeto de la generación médica actual hacia aquellos preclaros varones que tanto contribuyeron á enaltecer á la ciencia, que tantísima gloria dieron á esta nación.

Acontece, señores, en la historia un hecho singular y frecuente al mismo tiempo, á saber: que cuando pretendemos estudiar una época lejana, una centuria remota, suele presentársenos ésta empequeñecida y confusa por la distancia, y es que así como una embarcación, á medida que se aleja, va hundiendo tras el esférico dorso del Océano su quilla y su gobernalle, no presentando á la vista sino lo más llamativo, lo más culminante, las blancas velas y los vistosos gallardates, de la misma suerte las épocas históricas, á través de los tiempos, sólo ofrecen al observador aquellas manifestaciones más salientes, no siempre las más interesantes, las batallas, las conquistas, los hechos de los príncipes, escondiendo avaras los móviles, los antecedentes, las causas de los acontecimientos, que son como el timón y los remos de nuestros juicios sobre el pasado.

Si á esto se añade la propensión frecuente de los hombres á mirar las épocas antiguas, unos con el cristal diminutivo de su indiferencia y otros con el amplificador de su excesivo entusiasmo, se echará de ver la necesidad imperiosa en que todo historiador se encuentra de analizar breve é imparcialmente, las edades que precedieron á la centuria que pretende describir para acertar con la verdadera significación de los hechos; por tanto, con vuestra venia, y antes de entrar de lleno en el objeto principal de mi discurso, he de decir algo, muy poco, presentaré en abreviada síntesis el carácter médico de aquellas edades que antecedieron al siglo de oro,

quc tanto influyeron en su modo de ser, en su grandiosidad, en su esplendor.

Cuando el pensamiento, con su rapidez maravillosa, emprende una de esas escursiones á través de los siglos; cuando quiere reconstruir el concepto sintético de cada uno de los estratos cronológicos que rellenan el dilatado período que media entre la escuela alejandrina y el descubrimiemto científico de la circulación de sangre, entre Herofilo y Harvey, esos colosos de la Medicina, por las impresiones que siente el espíritu en este momentáneo camino empedrado de siglos y generaciones, parécenos viajar en rápida locomotora que, partiendo del terreno ameno y fértil de Alejandría, que más promete quc ostenta frutos, marcha á precipitarse en inmenso túnel, lóbrego como la misma ignorancia dcl cristianismo en la Edad Media y duradero, inacabable como el martirio que sufrió la ciencia, para salir después á un territorio de cielo nublado, pero con luz al menos, cubierto el suelo de pantanos, pero con jardines á trechos y ostentando por doquier, la vegetación salvaje, frondosa y bravía del Renacimiento, que no requiere ya, sino la constancia y el valor dcl hombre para ser fructífera.

Porque, señores, cuando la escuela alejandrina, después de ver incendiada su biblioteca por las huestes de Julio César, entró en su período agónico, y Caracalla hubo arrojado á los sabios de aquel centro, y los Emperadores con sus crímenes y sus vicios, y el pueblo con su abyección y su avaricia, rebajaron el valor de las ciencias; cuando el fana-

tismo religioso (por boca de San Justino, San Ireneo, Lactancio, Arnobio y Tertuliano, padres de la Iglesia, de autoridad grande) proclamara que la única ciencia estaba en el templo y no en las academias; cuando empezaron las persecuciones de los heterodoxos, protestantes ó simplemente sospechosos de heregía; cuando las gentes, fanatizadas por el clero, no vieron más objetivo que el de morir con olor de santidad, ni otra misión que la de convertir infieles ó exterminarlos caritativamente, alanceándolos sin tregua, nótase, con dolor, que aquella Medicina tradicional, aquella ciencia helénica y egipcia, mantillas nobilísimas del arte de curar, cae hecha girones y apenas si Oribasio, Aeccio, Alejandro y Pablo, comentaristas, pueden salvar algunos de sus preciosos fragmentos.

Á los Ptolomeos, que compartían el tiempo entre los deberes del trono y el estudio de las ciencias; á Erasistrato, digno descendiente del Stagirita; al eximio y elegante Areteo; á Celso, el Cicerón de los médicos; á Eudemus, el descubridor del páncreas; á Sorano y Marino, anatómicos; á Rufo de Efeso; al celebrado Musa; á Dioscórides, Plutarco y Plinio el viejo, que ayudaron con sus escritos al progreso de la Medicina; á Antillus, genio de la vetusta cirugía; al inmortal Galeno, rival de Hipócrates y de Esculapio por su fama, sucedieron Marcelo de Sida, los Serenos Samónicos, Vindinciano, Sexto Plácido, Marcelo Empírico y otros groseros charlatanes, más que médicos, que escribieron compendios, en verso unos, en prosa otros, repletos de medicamen-

tos y consejos ridículos; á ellos les cabe el mérito de haber rebajado la Medicina al nivel de la sociedad en que vivieron; ellos fueron los inmediatos y predilectos maestros de aquella nube de monjes curanderos que les sucedieran; á ellos les cupo la satisfacción de enriquecer la terapéutica con remedios tan estúpidos como el llevar pendiente al cuello un corazón de liebre para curar las cuartanas, comer perritos asados para prevenir el cólico, y la fascinación de los cuerpos extraños por medio de palabras y signos místicos para hacerlos saltar de donde dañaban; ellos, por fin, olvidando los adelantos positivos de sus antepasados, entregáronse en brazos de la supercheria é introdujeron en la ciencia, con tesón hasta entonces no visto, aquella cizaña de reliquias, milagros, oraciones y votos que tanto daño ha causado y tanto tiempo se necesitó para extirparla.

La Medicina, en manos de los monjes, no otra cosa fué sino el monopolio, la ignorancia y el fanatismo elevados á tácito convenio para sujetar con mayor fuerza al pueblo; las repetidas y severas órdenes que hubieron de darse en ciertas épocas, para separar al clero de la práctica médica, evidencian el poder y utilidad que dicho ejercicio producía; los disparates de los pocos libros que nos legaron, patentizan que nada nuevo y útil hicieron en pro de la ciencia, antes bien, la empujaron por el derrotero de perdición en que la encontraran.

Consúltense los documentos médicos de aquel tiempo, los libros de Garioponto, Hugo, Cofón y

otros; recuérdense sus prácticas y se las verá plagadas de oraciones, amuletos, reliquias, milagros, é inspiradas en un empirismo grosero y un misticismo asfixiante; consúltense los recuerdos médicos de las sabias beatas de Paracleto, de Hidelgarda, la más famosa de entre ellas, el oráculo de aquellos tiempos, y veremos que la cupo el honor de recomendar el helecho contra el *mal de ojo*, las sardinas contra la sarna, la ceniza de moscas contra las enfermedades cutáneas, la algarroba contra las berrugas y otros dislates parecidos; entonces se escribieron oraciones diversas para ahuyentar á Satán ó invocar la memoria de un santo al tomar una purga ó poner un emplasto; consúltense, por fin, las obras más modernas, de Gadesden y Bernardo Gordonio y se verá que tanto la *Rosa Angélica*, tan ponderada como el famoso *Lilio de Medicina*, y el *Circainstans*, el *Cyranide*, de Demócrito, los escritos de Pedro Hispano y muchos otros, son la acusación más grande contra aquellos seres híbridos de monjes y embaucadores que, al olvidar la Medicina tradicional y desdeñar los escritos clásicos, dedicáronse con furor á confeccionar resúmenes en verso, á comentar á los empíricos y escribir formularios atestados de ungüentos ridículos y pócimas extravagantes, colocando la ciencia de Hipócrates á nivel tan bajo, que alternaban en su ejercicio clérigos, monjes, eunucos y esclavos, sin que hubiera gran diferencia científica entre todos ellos.

A fuer de justos, debemos exceptuar de tan general acusación, á Simeón Seth, á determinados pro-

fesores de la escuela salernitana y, por de contado, á los españoles Raimundo Lulio y Arnaldo de Villanova, á Lanfranco y Guido, que con Ocam, Bacón y Mundini, dieron la primera voz de alarma y anunciaron el Renacimiento, que aún tuvo que luchar dos siglos más con las preocupaciones, para ser una verdad.

Ahora bien; durante aquellas edades de lobreguez intelectual y de barbarie para el cristianismo, y en tanto que los monjes, llevados de una intolerancia salvaje, reducían la Medicina á un estado desastroso; en tanto que destruían las bibliotecas del bajo Imperio, renegaban de los autores griegos, únicos faros de aquellos tiempos, perseguían á los sabios como hechiceros, desterraban á los Nestorianos, que, como sabéis, eran los más versados en Filosofía y Medicina; mientras los monjes cristianos, repito, ponían su ciencia en los *ergos* y *distingos*, y escribían canto llano y plegarias sobre las páginas de vetustos autores, y el pueblo no tenía más ideales que la cogulla ó la espada, la raza árabe acogía en su seno á los Nestorianos y judíos para que les sirvieran de maestros; llamaba á su seno á los sabios de todos los países; pagaba con esplendidez los libros; mantenía comentaristas y traductores; repartía sueldos pingües á los hombres de ciencia; fundaba universidades tan famosas como las de Dchsondisabur, Bagdad, Basora, Córboba, Granada y Toledo; reunía bibliotecas públicas, como la de Córdoba, con 300.000 volúmenes manuscritos, particulares como la de Almanzor, con 55.000; protegía las artes y

las industrias con monumentos y fábricas que aún nos admiran; entonces se vió á los califas victoriosos, como Mamún, pedir como indemnización de guerra, libros en vez de dinero... y todo esto en siglos que se hicieron famosos por la incultura cristiana, especialmente en Medicina, que es el punto que nos atañe, en primer lugar. Y si parece cierto que Amrrú-Bekrr, fiero islamita, inflamado por su fanatismo é ignorancia, mandó quemar los restos de la Biblioteca alejandrina que escaparon á incendios anteriores, quedan los musulmanes limpios de tal culpa al considerar el tiempo y las circunstancias en que se cometió aquel atentado y al recordar los esfuerzos que más tarde hicieron en beneficio de las ciencias, convirtiéndose en preceptores del mundo y en depositarios de todo conocimiento; y con más razón se les perdonará aquel acto, al saber que, de las cenizas de la biblioteca de los Ptolomeos, surgieron, tan sólo en España y en el siglo XII, más de setenta, contándose más de cuatrocientos autores originales en Medicina.

No tienen, señores, tan fácil disculpa la destrucción de la biblioteca capitolina atribuída á Gregorio el Magno, ni la devastación de las de Granada y Túnez, por más que, respecto á la última, se dice que no contribuyó á su destrucción el furor que los cristianos abrigaran contra los escritos musulmanes, tanto como el amor que despertó en aquéllos, el inmenso número de manecillas, de los libros, de perlas y oro labradas.

No es esta ocasión de recordar siquiera, la colosal

influencia que ejerció en el mundo el saber de árabes y judíos reunidos; la historia bien claramente demuestra que estos pueblos, oriundos del Asia, cultivaron con ardor sin igual, en aquellos tiempos, todos los ramos del saber, dando nueva vida á las Matemáticas, á la Química, á las Ciencias naturales, á la Medicina, á la Filosofía, á la Astronomía, á las industrias y á las artes; basta registrar los libros cristianos más famosos de la Edad Media, para ver en ellos la filigrana intelectual de los sectarios del Profeta. Por otra parte, los nombres de Mesué y de Rasis; de Ebn-Beitar, botánico y terapeuta famoso; del sapientísimo Avenzoar, de origen sevillano; de los Avicenas inmortales; del virtuoso y sabio Averroes, cuya fama llega hasta nosotros; del ilustre cirujano Albucasis; Honaino el comentarista; Ab-Dalla, que describió las propiedades medicinales de las aguas de Salambir ó Sacedón, cuyo libro tradujo Pizzi; de Ben-Giolgol, primer historiador de la Medicina y otros mil entre los árabes; los de imperecedero recuerdo para nuestra ciencia Izchaq, Mosca, Maiiemon, Harum, Abner, Latif, Bibas, Galab, Abarbanel y otros que citaremos entre los israelitas, demuestran por sí solos y por sus obras, que supieron levantar la Medicina á un grado de esplendor desconocido por entonces; que tuvieron de aquélla y del médico un concepto honroso y justo, y que no sólo cultivaron el arte de curar en conjunto, si que estudiaron con cariño las ciencias auxiliares.

Consúltese la historia y se verá además, que Fer-

nando IV, D. Juan de Aragón, Alfonso VI, Sancho el Gordo, Carlo-Magno, Catalina de Médicis, Francisco de Valóis, entre los Reyes, y Julio II, Julio III, Clemente VII, León X, Paulo III, entre los Pontífices, buscaron sus médicos entre árabes y judíos, apesar del odio de raza, de la diferencia de religión y contra el fanatismo de entonces, lo que marca el contraste científico-médico entre los monjes y los infieles que supieron conservar, mejorando muchas veces, la ciencia clásica y dar vida á otras manifestaciones del pensamiento y de la cultura.

Es evidente que, no conociendo los árabes y judíos otra anatomía que la de Galeno, toda vez que sus creencias religiosas les impedían dedicarse á tales estudios, no pudieron dar á la Medicina aquel impulso, aquel perfeccionamiento que debía esperarse de sus excepcionales aptitudes, y en esto veo yo un motivo, un antecedente, una causa, que hace necesario el Renacimiento de la Medicina, toda vez que á poder estudiar los islamitas la estructura y funcionamiento del organismo, no sólo se hubieran desviado de fatigosas disquisiciones, sino que tal vez reformaran nuestra ciencia, como reformaron, indudablemente, la filosofía, la arquitectura, las industrias y algunas ciencias naturales.

De todos modos, no puede negarse que ellos marcharon al frente de la civilización, que legaron á España el glorioso cetro del saber y que nuestra nación perdió, al expulsarlos, valiosísimos elementos para la grandiosa obra de la reforma cien-

tífica; pero la ley de las compensaciones se impone, y la «triste jornada del Guadalete» había de traer, tarde ó temprano, la rota de las Navas y la rendición de la hermosa Granada, cuyo hecho está íntimamente enlazado con el Renacimiento de las ciencias y el mayor esplendor de la Medicina patria, que es el principal objeto de nuestra atención esta noche, y en el que vamos á entrar de lleno.

Perseguidos y acuchillados los judíos por el exceso de religiosidad cristiana; decadentes y vencidos los musulmanes; descubierta la imprenta y la brújula; ensanchados los límites del planeta y surgidos del fondo del Océano, nuevos continentes merced á los épicos esfuerzos de castellanos y portugueses; desacreditada la filosofía escolástica y la autoridad científica de la Iglesia; sujetos los señores feudales; creados nuevos pueblos con modernas constituciones; realizada la unidad ibérica; expulsados los sabios griegos depositarios de la ciencia tradicional á la toma de Constantinopla por Mohamet; vislumbrados los errores de que la Edad Media había sembrado los escritos clásicos, germinó entonces, con inusitado impulso, la semilla arrojada por Raimundo, Arnaldo, Occam y Mundini; los hombres de ciencia conocieron la imposibilidad de vivir en tan estrecha atmósfera, y la independencia cientí-

fiea llenó las imaginaeiones que pensaron en reformar hasta la religión misma; la Medicina, no pudiendo constituirse en eieneia del todo nueva, dirigió, con buen sentido, sus ojos al pasado, que es muy útil, que es muy euerdo reeonoeer el terreno y examinar los materiales antes de edifiear de nuevo.

Así, pues, los médicos, en tanto que la eseuela neoplatóniea con Gemisto, Pico de la Mirandola y Marsilio Fieino, oráculo de su siglo, á la eabeza; los aristotélieos con Gazza y Pomponazi, los averroistas con Cesalpini y Achilini; la eseuela independiente con los españoles Vives, Vallés, Gómez de Pereira y Foxo Moreillo; los físieo-naturalistas con Galileo, Keplero y Telesio; los teósofos eomo Agripa, Cardan y Paracelso, y por fin los Erasmos, Luteros, Calvinos y Maquiavelos y otros mil, se encargaron de abrir anchas brechas á la filosofía eseolástica y á las preocupaeiones antiguas y nuevos horizontes al pensamiento, los médicos, repito, dirigían todos sus esfuerzos á sentar las nuevas bases de su humanitaria cieneia, estudiando eon afán, ora en las entrañas de los eadáveres, como Zerbi, Aehilini, Masa y Berengario, predeeesores ilustres de los Vesalios, Fabrieios, Eustaquios y Falopios; ora observando y deseribiendo nuevas dolencias eomo Pintor, Aleanis y Torrella; ora traduciendo y eomentando los antiguos escritos eomo Linaero, Leonicero, Dureto, Foesio, Mereado, Vallés y otros eiento, y todos ellos con la atmósfera de reforma que reinaba en el mundo y que adornaba á las demás eieneias, prepararon la grandiosidad nunca olvidada, especialmente para

España, del siglo XVI; siglo glorioso para esta nación, que vió surgir hombres preclaros, no uno á uno, sino en apiñadas masas que habían de tejer con sus hechos y escritos, la más noble aureola con que puede adornarse un pueblo, y cuyos resplandores llegan hasta nosotros enorgulleciendo á las presentes generaciones.

Mientras nuestros políticos y esforzados capitanes hincaban triunfantes la bandera nacional en tierras escondidas más allá del Altántico, ó sepultadas en las brumas del mar índico, y nuestros arriesgados marinos surcaban ignotos mares, demostrando la figura de la tierra; en tanto que Colón, Pizarro y Cortés llevaban á cabo las empresas más gloriosas que se registran en la historia, y nuestras bizarras huestes extendían nuestros dominios en Africa, Italia y Flandes y vencíamos en Lepanto con el esfuerzo de D. Alvaro de Bazán y D. Juan de Austria; ínterin la unidad de nuestra nación se consolidaba y perdían fueros los nobles, y se estrechaban en común abrazo soñando en un mismo ideal los diversos estados españoles, las ciencias recobran nuevo impulso, la ilustración adelanta, se reconoce la libertad de la ciencia y todo presagia un porvenir cercano de dignidad y perfeccionamiento.

Las Universidades funcionan con mayor importancia y bríos; créanse otras nuevas, merced á la protección de los magnates y al entusiasmo del pueblo, que pensó, desde este momento, en la necesidad de instruir á sus hijos. De estos famosos centros salieron maestros sapientísimos bastantes, no

sólo á nutrir de conocimientos y henchir de gloria á su patria, sino para servir de profesores á Europa, llevando por todos los ámbitos del mundo muestras indisputables de nuestro valer. Sus obras alcanzaron numerosas ediciones; los Príncipes, los Pontífices y los Reyes acudían presurosos á este país en busca de preceptores para sus hijos, maestros para sus escuelas, legisladores para sus pueblos y médicos para sus personas.

España, por fin, señores, llegó á imperar sobre los demás Estados en todos terrenos; éramos el pueblo acaso más instruído, si se exceptúa Italia, primera cuna del Renacimiento, el más prepotente... y en cambio hoy, rubor causa decirlo, se nos niega el derecho á figurar entre las naciones de primer orden, porque nada tenemos de europeos, á excepción del asiento geográfico, según se nos ha dicho recientemente con motivo de la conferencia internacional de Berlín...

Pues bien; en aquella centuria, excepcional por lo grande, aparecieron filólogos como el catalán Ros, Aguilar, Sotelo, Fernández y el portugués Amato, que escribieron libros en etiope, caldeo, indio, chino, japonés, siriaco, malabar, hebreo, árabe, griego, latín, alemán, inglés, etc., etc.; poetas como Herrera, León, Garcilaso y Argensola; historiadores como Mendoza, Morales, Zurita y Mariana; matemáticos como Ciruelo y Monzón; químicos como Alonso Barba, Casavante y Santiago, todos de nombre imperecedero. Entonces surgieron filósofos como Montes de Oca, el maestro de los italianos,

Nebrija, el colosal genio de Sepúlveda, el gran Francisco Sánchez, Cueto, Bartolomé de las Casas, apóstol de los indios, que clamó contra la esclavitud, el celebérrimo valenciano Luis Vives, que con sus sectarios se adelantó á Descartes, Newton, Leibnitz y otras celebridades tan decantadas; florecieron, por fin, en aquel tiempo y alumbraron el mundo con su talento, los Suárez, Guevaras, Covarrubias y otros, sin olvidar al justamente alabado Melchor Cano y á la pléyade gloriosa de literatos de aquel tiempo.

. . . .

Pero es que este cortísimo memento de nuestro pretérito valer, se nubla y casi se eclipsa, ante los trabajos y escritos de los médicos de aquellos días; trabajos y escritos que requerirían tomos voluminosos ó largas conferencias, para darlos á conocer como merecen, y que yo procuraré ofrecer en rápida síntesis, para poder formar abreviado juicio del estado de nuestra ciencia en aquel siglo.



Si bien es cierto que, desde tiempo remoto, alguna Universidad, como por ejemplo, la de Lérida, y determinado convento, como el de Guadalupe, gozaron de superior permisión para estudiar la anatomía en los cadáveres, parece ser que hasta el siglo XVI, tales estudios permanecieron, si no olvida-

dos, por lo menos en gran descuido, como lo demuestra el hecho de que el famoso Rodríguez de Guevara, primer catedrático de anatomía en Valladolid, tuvo que marchar á Italia, según confesión propia, para adquirir conocimientos referentes á la estructura del hombre. A partir de este acontecimiento, el gusto por la anatomía se extiende en nuestro suelo y aparecen ilustres maestros y escritores renombrados, como el sapientísimo Andrés Laguna que describió la válvula ileo-cecal, antes que Bahuino; el entusiasta Montaña Monserrat, cuyos escritos son tan buscados; Lovera de Avila, Sánchez Valdés de la Plata, el aragonés Juan Calvo, Pedro Gimeno, el descubridor del hueso estribo, Luis Collado, émulo de Vallés, Rodrigo de Castellblanco, el celebrado hijo de Hamusco, Luis Vas, autor de unas tablas anatómicas que alcanzaron gran copia de ediciones en el extranjero, y se dice fué maestro de Vesalio, Andrés de León, de cuya vida pudiéramos dar detalles hasta hoy ignorados por los biógrafos, y que son entre otros muchos anatómicos de aquel tiempo, varones que en sus escritos demuestran haber conocido más ó menos completamente la circulación de la sangre, que pertenece en primer lugar, á nuestro famosísimo Servet, autor del libro *De trinitatibus erroribus*, y víctima de la intolerancia religiosa.

Es tan importante el descubrimiento de la circulación, que habéis de permitirme, antes de pasar adelante, dos palabras acerca de este suceso que cambió el aspecto de la Medicina.

Opino, señores, que los grandes descubrimientos de la ciencia, precisamente los que después de conocidos, parecen más naturales y sencillos, no son obra de un solo hombre, por grande que se le conciba, sino el fruto de las meditaciones y trabajos de las generaciones; el que aparece despejando la incógnita de lo desconocido, suele ser un talento sintético que acertó á reunir dispersos anteriores eletmentos, dándoles forma definida y carácter peculiar. Medítese la historia de las grandes conquistas del hombre y se verá que siempre siguieron un procedimiento parecido, que el conocimiento de algo, no se forma repentinamente, no pasa de las tinieblas á la luz intensa, sin el intermedio del claro-oscuro que, en el cielo del pensamiento, equivale á las sospechas, á las dudas y á las intuiciones más ó menos lógicas.

Sabido es que algunas frases de Aristóteles, Galeno, San Nemesio, San Isidoro, Mundini, Jaime Pérez y fray Vicente de Burgos y algún otro, han servido á ciertos estimables eruditos para creer que la circulación de la sangre era conocida desde los tiempos de Hipócrates; yo, sin embargo, no veo tan patente el hecho, y considero que los textos aducidos no son más que indicios, esfuerzos de los antiguos para conocer la estructura y funcionamiento de ciertas partes del sistema circulatorio, como las válvulas cardiacas, el movimiento del corazón y las relaciones entre éstos y el pulso; pero el movimiento, la revolución completa de la sangre no la conocieron indudablemente, porque á ello se oponía la creencia arraigada de los poros del tabique, el des-

conocimiento de las anastomosias arterio-venosas, y la inmemorial opinión acerca de la formación y reparto de los espíritus. Sobre que ningún texto es concluyente, basta leer con detención la obra de Mundini comentada ampliamente por el anatómico de Carpi al folio 340 y siguientes, para convencerse de que antes del siglo XVI no se tuvo concepto positivo de esta función, por más que se registren algunas ideas que pudieran servir de datos, de antecedentes útiles, para llegar á la posesión del secreto anatomo-fisiológico del círculo sanguíneo.

Pero llega el siglo XVI, y en sus primeros años, 1521, se publica la voluminosa y apreciable obra de Jacobo Berengario, en cuyo libro, hoy bastante raro y olvidado, se describen con claridad y perfección las válvulas cardíacas y sus particulares funciones, la estructura y funcionalismo de la entraña cardíaca y la revolución de la sangre por el interior de esta bomba hidráulica, cuya descripción, con los trabajos del mismo autor para descubrir las anastomosis vasculares en el riñón, constituye un sólido y meritorio cimiento para ulteriores conquistas.

Los trabajos, ya más completos, de los Fabricios y Eustaquios sobre este particular, colocan la cuestión en manos de los anatómicos españoles, que la resolvieron casi por completo.

Analizando las diversas opiniones, pertinentes al asunto, de nuestros vetustos compatricios, fácilmente pudiera formarse una escala gradual que nos permitiera ver, mejorado á cada paso, el concepto de la circulación hasta colocarla en estado tal, que sólo

necesite la información ámplia de la experimentación y la integración de todos sus valiosos elementos.

Con efecto, principiando por la descripción, acaso la más incompleta, rudimentaria y equívoca, del famoso albéitar Francisco la Reina, y cuyas frases tan discutidas y alguna vez puestas en duda pueden verse en las últimas líneas del folio 49, vuelto, de su *Libro de albeytería*, impreso en Burgos con caracteres góticos, en 1564; siguiendo con León, Calvo, Montaña, Jimeno, Laguna, etc., y terminando con el malogrado Servet, que no sólo describió la circulación pulmonar, sino que indica claramente la circulación grande, según consta en su más famoso libro, que sirvió para alimentar las llamas en que pereciera este ilustre español, veremos, que el descubrimiento á que nos referimos, está realizado al pasar á manos de Colombo y Cesalpini, que lo trasmiten de un modo más explícito al inmortal Harveo, que no tuvo que hacer otra cosa sino ordenar aquellos elementos valiosos, sujetarlos á la experimentación y darles forma sistemática, con lo cual, que no es poco, tiene derecho al respeto y eterna gratitud de las generaciones.

Y conste que no citamos aquí la bellísima y cabal descripción que se atribuye á Francisco Matías Martí, toda vez que no hemos podido adquirir el libro, ni noticias auténticas de tal autor, como tampoco hacemos hincapié en lo asegurado por el padre Mir en su reciente libro, que supone á Gómez de Pereira como conocedor de la circulación, aun-

que no lo demuestra; ni en una nota de la *Historia de la Medicina española*, dc Villalba, que yace inédita en la Biblioteca Nacional, y en la que dice haber encontrado perfectamente descrita, la circulación de la sangre en *un autor español anterior* á Servet, sin citarlo, porque, amantes de la verdad, no queremos fabricar castillos que, al derrumbarse, siempre traen daños á la ciencia y deshonor al que fácilmente se dejó arrastrar por patriotismo mal entendido.

No podemos terminar lo referente á los anatómicos españoles del siglo de oro, sin mencionar al náufrago de Zante, al gran Vesalio, á quien llaman el padre de la anatomía moderna, porque aunque nacido en Bruselas, ejerció en España, fué médico de sus Reyes, residió largos años en este país y su patria por entonces, era del dominio español; permitid que os recuerde también á Juan Valverde, médico de Pontífices y corrector de Vesalio, que escribió un libro, *Historia de la composición del cuerpo humano*, en 1556, y en que se adoptaron por primera vez, las láminas en cobre; á Valero Tabar, primer catedrático oficial en Zaragoza, que inventó las figuras anatómicas; Arfe de Villafañe, que, sin ser médico, dió vida á la anatomía pictórica; Porcel y Vallés, los primeros que procuraron explicar las enfermedades por las lesiones *post mortem*, creando la Anatomía patológica, que son, entre muchos que pudiéramos citar, testimonios bastantes del florecimiento de la Medicina en aquellos apartados días, y garantía suficiente para creer en el esplendor de

los estudios anatómicos en el siglo objeto de esta conferencia.

La Fisiología no pudo estar muy adelantada siendo naciente la Anatomía; y como aquella ciencia se estudiaba al mismo tiempo que otras ramas de la Medicina, pudiéramos pasar por alto los escritores que de ella trataron, remitiéndonos á lo que acabo de decir al hablar de los anatómicos. Pero no puedo menos de ocuparme de tres personalidades que, ellas de por sí, bastarían á dar gloria al siglo XVI, por todos conceptos tan famoso. Me refiero á Gómez de Pereira, Oliva de Sabuco y Juan de Dios Huarte, cuyo examen crítico de sus obras llenaría un abultado volumen. El primero, el famoso médico de Medina del Campo, autor de esa joya nacional llamada *Antoniana-Margarita*, tal vez porque Gómez de Pereira quiso inmortalizar el nombre de sus padres (y en verdad que lo consiguió), se adelantó al celebrado *cogito ergo sum*, siendo cartesiano antes que Descartes, según frase feliz de un conocido literato; condenó el *magister dixit*, hasta entonces tan en boga; escribió con sumo talento acerca del automatismo de las bestias, de las facultades anímicas y de las funciones cerebrales, dándonos también, este sabio partidario de Vives, pruebas irrecusables de haberse adelantado en Filosofía á Cardán y Jordano Bruno al abrir nuevos senderos á la Filosofía, y definiendo la fiebre de un modo análogo á Sydenam, aunque un siglo antes que el famoso Hipócrates inglés.

La escritora de Alcaráz D.ª Oliva Sabuco de Nan-

tes Barrera, se hizo célebre en este siglo de eterno recuerdo, por su ingenio fecundo y poderoso talento, por su independencia filosófica, por su sagacidad en el estudio de las pasiones humanas y por haber fundado aquella célebre teoría del suco-nérveo, copiada por escuelas extranjeras, aunque callando el origen, como es consiguiente.

Por fin, Juan Huarte, natural de San Juan de Pie del Puerto, fué uno de los médicos más notables por su reflexión, valentía, originalidad, erudición y pureza en el lenguaje; su conocida obra *Examen de los ingenios*, que mereció ser traducida á muchas lenguas y que alcanzó cerca de treinta ediciones, fué manantial fecundo de pensamientos sublimes y fuente de donde sacaron gran copia de ideas Montesquieu, Gall, Pujasol y otros que adquirieron gran renombre.

Muchos son los médicos famosos de aquel siglo *Augusteo*, como le llamó Martín Martínez, que cultivaron con interés la Higiene, y consumiría el tiempo de esta conferencia al indicar tan sólo los nombres y escritos de cuantos dedicaron sus aptitudes á esta importantísima parte de la Medicina; únicamente citamos á Nicolás Monardes, el maestro de Andrés de León; al saguntino Pedro de Cartagena; al sabio y virtuoso Lucena, que se adelantó á Vidi-Vidius, y tan perito en antigüedades como en Medicina; al genio colosal de Laguna, que ilustró todas las ramas de nuestra ciencia; López de Corella, que escribió *De tuenda valetudine*; al sentencioso Cristóbal Méndez, autor de *El ejercicio de suspirar*; por fin, á Oria

Mirabal, Leiva, Flórez, Cuéllar..., como prueba de que el arte de conservar la salud llamó la atención de aquella pléyade de médicos ilustres.

El descubrimiento de nuevos y extensos países; las excursiones científicas de los españoles por territorios ignorados, no pudo menos que enriquecer la historia natural y por ende la materia médica. El uso metódico de mercurio, debido á Juan Almenar, aunque antes le usaran otros, como Pintor, Torrella, Villalobos y Chirino; la introducción en la terapéutica del guayaco por Delgado y Nicolás Poll, aunque atribuída á Musa Brasavola, cuyo libro curioso poseo; el empleo de otras sustancias medicinales nuevas; los estudios sobre hierbas medicinales y materia médica de Pomar, Estebe y Collado, valencianos; los trabajos análogos del boticario Oviedo; los dilatados viajes y los meritorios libros de Monardes, Acosta, oriundo de Africa, y el celebrado Francisco Hernández, médico de Felipe II; los preciosos y raros comentarios al Dioscórides, de Juan Jaraba, cuya obra hemos leído con gusto hace poco; los famosos libros de Nebrija y Alvaro de Castro; los comentarios de Andrés Laguna, escritos en diez idiomas, el cual, con Herrera, conoció antes que Linneo el sistema sexual de las plantas, y los más notables aún y más antiguos comentos del israelita español Amato Lusitano, escritos en varias lenguas distintas, contribuyeron á engrandecer y mejorar la terapéutica, que entró en el camino de la sistematización científica, rechazando el grosero empirismo que hasta entonces reinara, hermanándose con

la clínica, y esta reforma, este laudable cambio, puede verse en varios libros de aquel tiempo, que dejan de ser colecciones de recetas y listas de preocupaciones caducas, para irse trasformando en escritos de terapéutica esperimental; y aquí debo deciros con alegría, que uno de los libros de materia médica en que se notan aquellos nuevos aspectos es el *Métodus medendi,* del español Pedro Bayro, que, desconocido de los historiadores, he podido estudiar, toda vez que obra en mi poder y es una prueba auténtica del estado de progreso, relativo, de la terapéutica en el siglo XVI.

En aquella centuria gloriosa, señores, en que los españoles ilustraron todas las manifestaciones del humano saber; en que descubrieron el medio de hacer potable el agua del mar, merced á el tantas veces citado Laguna, según unos, á Martínez de Leyva, según otros; en que Ponce de León supo convertir en hombres útiles y sociables á los desgraciados sordo-mudos; en que se recogía á los enfermos de venéreo para disminuir el daño, por iniciativa de Torrella y San Juan de Dios, y se daba piadoso asilo á los desdichados locos, gracias á Xofré, que realizó tan meritoria empresa en el siglo anterior al que nos ocupa, ¿quién será capaz de citar todos los hombres ilustres que hicieron progresar la Medicina práctica y teórica, la epidemiología y la cirugía? ¿quién tendría bastante talento sintético para presentar en el reducido espacio que se concede á una conferencia, un cuadro completo de los trabajos de nuestros compatriotas en aquellos estudios en

que más se distinguieron? No sé; pero comprendo que la tarea, para mí, sería imposible, aun cuando contara con más tiempo y con mayor benevolencia de vuestra parte; que un estudio de tal importancia requiere erudición vastísima, talento sólido y don de palabra, auxiliares con los cuales yo, por desgracia, no puedo contar. Así, pues, hé de contentarme con exponer lo más culminante en este concreto asunto, recordando algunos apellidos ilustres de la Medicina ibérica, como sellos que autoricen nuestra pasada grandeza, y aun esto es árduo, que yo confieso que al llegar á este punto de la historia de nuestra profesión, *nestio quo cumque vertam;* ignoro por dónde empezar y dónde concluir; qué nombres citar y cuáles sean los primeros, que tantos y tan eminentes son los escritos y los varones médicos de aquel período de renovación científica, que la clasificación por categorías es, por sí sola, tarea de gran empeño.

Considerando, señores, el desbarajuste general de la Medicina al advenimiento del siglo XVI, la falta de unidad y de método en su exposición, la carencia de clasificaciones y de criterio general, la ignorancia anatomo-fisiológica, las alteraciones perjudiciales que en los textos griegos introdujeran los años, las preocupaciones árabes, la ignorancia de los monjes y los conatos no siempre bien dirigidos de los hombres á reformar las ciencias, echaremos de ver la necesidad imprescindible en que se vieron los médicos de entonces de dirigir sus ojos al pasado y, aprovechando los materiales y la línea de con-

ducta que trazaron Lascaris y Agrigopulus, estudiar con fe, traducir y comentar la Medicina de Hipócrates, elevarla á su merecido puesto, afirmando en tan sanos principios los sillares del grandioso edificio que iban á levantar. No cabe duda, es evidente, á mi modo de ver, que dadas aquellas edades y aquellas circunstancias, la resurrección de la Medicina helénica y la depuración de los escritos más famosos de los vetustos padres de la ciencia de curar, fué una idea salvadora, fué un ejemplo de progreso, mirando atrás, y bizarra muestra del buen sentido y pasmosa intuición de aquellos hombres que, adivinando no ser posible fundar de pronto una Medicina totalmente nueva, dedicaron sus primeros desvelos á reconocer y estudiar el suelo, á elegir los materiales para el edificio, labor imprescindible de todo arquitecto del saber, si pretende dar solidez y duración á sus restauradores trabajos.

De esta manera se concibe que el ser toda hipocrática la Medicina, en el siglo de oro, lejos de considerarse como circunstancia desfavorable, como tiempo perdido el que se empleara en su estudio, se tenga, por el contrario, como altamente beneficiosa, y que, aparte de las exageraciones de algunos y de ciertas aplicaciones torcidas, merced á la época, cuantos emplearon su inteligencia en tan delicada misión, merezcan la gratitud de las posteriores generaciones. Y aquí conviene advertir, señores, que aquellos sapientísimos varones no dejaron correr el tiempo extasiados en la pura contemplación de los textos antiguos, que al esparcir por el mundo

los fundamentos de la Medicina griega, gracias á sus directas traducciones, procuraron explicar conceptos oscuros, desvanecer errores é interpretar hechos según el estado de sus últimos conocimientos; y yo no tendría inconveniente en citar pasajes y nombres que acrediten estos extremos si no supiera que la acusación que tales citas motivara, no sería formal si se la diera el carácter de general y se olvidarán circunstancias de lugar y tiempo, tan necesarias al formular ciertos cargos.

En suma; el añoso y carcomido tronco de la Medicina retoñó por entonces, con majestuosa frondosidad, gracias á la rica savia que le proporcionaran sus propios despojos, ya que el mejor abono para la ciencia, como para los vegetales, suele ser en ocasiones, el abrigo y las sustancias que se desprenden de su antiguo y caído follaje.

Y en este vital cuidado nadie aventajó á los españoles en asiduidad, entusiasmo y perfección; nutrida cohorte de sabios comentaristas apoyan esta idea, bastando recordar, si no es suficiente la opinión de Simón Abril, los nombres del valenciano Esteve, Cristóbal de Vega, Lázaro Soto, Fernando Mena, Luis de Lemus en su *Juicio filosófico de las obras de Hipócrates*, Matías Narváez compilando cuanto de heridas del cráneo dijera el de Coos; Laguna, autor de veinticinco libros, todos apreciados, y comentador de Galeno, Hipócrates y Dioscórides, como antes dijimos, con Tárrega, Luis, Oria, Juan Bravo, Fragoso, Calvo, Bustamante de Paz, y el profundo pensador lusitado Fonseca, que en su excelente obra,

no sólo comentó al padre de la Medicina, si que fustigó á los malos médicos, abogó por el respeto á la clase con gran tino y trató con acierto sumo cuestiones diversas de nuestra ciencia, lo que le valió ser uno de los muchos españoles que por entonces ilustraron las cátedras extranjeras.

Apesar de lo que antes indiqué acerca de la dificultad de elegir entre tantos médicos notables del siglo XVI, los más eminentes, al llegar á este punto véome en la precisión de distinguir sobre todos á dos astros brillantes de la Medicina patria: Vallés y Mercado, inmortales.

El primero, el hijo de Covarrubias, médico de Reyes, famoso catedrático de *Prima*, supo conquistarse el adjetivo de *Divino*, que se le designara con el honroso título de *Galeno español* y demostrar al orbe que fué crítico profundo, filósofo notable, médico erudito, escritor correcto y elegante, y por fin, proporcionar á su patria la satisfacción inmensa de considerarse, y con razón, la primera en ilustrar la ciencia tradicional, expurgándola de errores mediante la lógica y la experiencia. Su *Philosofía sacra*, sus *Comentarios á los siete libros de las epidemias*, sus famosas *Controversias*, el *Tratado del pulso y de las orinas*, su *Metodus medendi*, y los comentos, acaso sin rival, al libro de Galeno, de *Locis patientibus*, demuestran la justicia del respeto y veneración en que siempre se tuvo á Francisco Vallés, que se sacrificó por sus enfermos, enalteció la ciencia, y corrigió defectos en la enseñanza de su tiempo.

Luis Mercado, tan famoso como su compañero y

contemporáneo Vallés, aunque más joven que éste, y con cargos y preeminencias parecidas, fué también de talento vastísimo, escritor fecundo, é ilustró con su ciencia todas la partes de la Medicina, alcanzando tal autoridad, que se le comparó á Santo Tomás de Aquino por su saber y virtudes, y se dijo de él *que fué el médico más célebre del siglo XVI*.

Sus numerosas producciones, que aún hoy son la admiración de quien las consulta, especialmente la que trata de enfermedades de las mujeres, hacen la mejor apología del Dr. Mercado, tan virtuoso como sabio, que dió el primero un concepto satisfactorio sobre las fiebres palúdicas y su malignidad, é ilustró la cuestión del *tabardillo*, de que también trataron Pedro Mercado, autor de una clasificación nosológica, parecida á la de Fernel, los Toro, Corella, Leiva Torres, Carmona y Nicolás Bocangelino, médico del Rey, oriundo de Italia y último escritor de aquel siglo, que nos dejó una obra de *Enfermedades malignas y pestilenciales*.

El mismo Luis Mercado, es uno de los primeros españoles que describieron el *garrotillo*, precedido, acompañado ó seguido en esta empresa por médicos tan ilustrados como Juan Pascual, Núñez y Pérez de Herrera, siendo los más notables sobre este particular, los tratados de Soto y Villarreal, autores que vivieron en el siglo XVI y siguiente, y que dieron á conocer perfectamente este grave y *sofocante* mal más de siglo y medio antes que el inglés Home, á quien los extranjeros, fundándose en Derruelles, dan la primacía; y en verdad que el celebrado

libro del británico autor es un trabajo de escasísima originalidad, según he podido comprobar en algunos parajes, y no me explico el éxito que alcanzó, sino por su habilidad en anexiones, de que nadie se ha ocupado, que sepamos.

Muéstrase, por fin, Luis Mercado, epidemiólogo experto, al tratar de la peste, y especialmente al señalar las dificultades que el pueblo y los médicos oponen á las medidas preventivas, el primero por preocupaciones y avaricia, los segundos por sus disputas eternas, frases que debieran siempre recordarse; pero no olvidar, tampoco, los perjuicios graves que pueden venir de medidas vejatorias, infundadas ó inútiles.

Y con esto es llegado el momento, señores, de decir algo de la epidemiología de aquel siglo, pero como el asunto es dilatado, creo yo suficiente recordar á Laguna, describiendo la peste de Metz; á Porcel, la de Zaragoza; á Rodrigo de Castelblanco, la de Lisboa; á Rodrigo de Castro, la de Hamburgo; á Luis de Toro, las de Extremadura; á Franco, las de Valencia y Sevilla; á Andrés de León, las de Galicia, Toledo y Andalucía; á Carmona, estudiando, como Porcel, en los cadáveres de los apestados de Salamanca, la causa de la enfermedad; á Ponce de Santa Cruz, prediciendo la epidemia de Valladolid, y finalmente, á Pedro y Antonio de Cartagena, á Lucena, Molina, Ayala, Acebedo, Barba, Carrillo y otros muchos, escribiendo tratados para preservar ó curar las variadas pestes que por entonces asolaron este país, para sentar que esta parte de la Medicina,

lejos de olvidarse, llegó á alto grado de cultura, lo que habla favorablemente de la ilustración y entusiasmo de aquellos hombres que dieron materiales para escribir la epidemiología de España y norma para los escritores del siglo XVII, entre los que descuella Nieto y Valcárcel.

Los estudios particulares que se hicieron en aquellos tiempos acerca de la plica polaca, el sudor inglés, el mal de costado, la hidrofobia, el sarampión, las lombrices, etc., etc., el impulso que dieron á la Obstetricia Carbó, Lovera y Fontecha con sus preceptos; la organización de la enseñanza médica, las disposiciones contra los abusos que en ella se venían cometiendo y las reformas del protomedicato, indican que aquellos varones tuvieron disposición y acierto bastantes para robustecer la ciencia en general, dar vida á las especialidades y procurar por la mayor dignidad de la clase á que pertenecían, denunciando y corrigiendo defectos, ora valiéndose de su alta posición cerca de los Príncipes, ora escribiendo de moral médica en libros de medicina, como Vallés en sus *Controversias*, Amato Lusitano en su *Primera centuria*, que yo poseo, ó en tratados especiales como los de Fontecha, Chanca y Enríquez, este último alabado por el insigne vate Lope de Vega Carpio.

Nuestros cirujanos de aquella centuria perdurable, alcanzaron justa fama, tanto en España como en el extranjero, por sus hechos y por sus escritos, de hombres sabios y habilísimos operadores, dejando bizarras muestras de su iniciativa en los proce-

deres terapéuticos, de su valor meditado, levantando con esto la cirugía nacional al nivel que le correspondía, en consonancia con los conocimientos de la época.

Alderete y Laguna, inventando y usando las candelillas contra las estrecheces uretrales, antes que Durán, André y otros extranjeros que disputan la invención; el tantas veces citado en esta noche, doctor Laguna, médico de Carlos V y natural de Segovia, tratando las fungosidades de la vejiga; Hidalgo de Agüero y Francisco Areco, simplificando la curación de las heridas y el último dando reglas para curar las fístulas del pecho y proclamando la cirugía conservadora, precediendo ambos en un siglo, á César Magato, que los copiara sin confesarlo; Dionisio Daza Chacón, á quien el mismo Vesalio entregaba el escalpelo, autor de una obra eruditísima que podéis consultar en la biblioteca de esta Academia, que tuvo la dicha de curar á Cervantes, herido en batalla, y que contribuyó no poco, á desterrar las antiguas prácticas en las amputaciones y heridas por arma de fuego, al tiempo que Parco en Francia adoptaba también las mismas modificaciones; el sabio Alcázar, estudiando la trepanación y sus indicaciones, y las heridas del cráneo con fractura, dando á conocer el uso de un aspirador para extraer los líquidos morbosos de la cavidad pleurítica; los celebrados Herrera, Calvo y Angulo; Fragoso, describiendo un proceder de anestesia local; Díaz, perfeccionando el estudio de las enfermedades de las vías urinarias; Juan de Vigo, que estudió la

curación de los aneurismas; Andrés de León y Amato Lusitano, que escribió un diálogo brillantísimo acerca de las heridas en el cráneo, en Ragusa, y cuyo ejemplar, traducido por Virués, se halla en la biblioteca de San Carlos entre unos *papeles varios* que pertenecieron al licenciado Canal, son, entre otros muchos, bastantes para dar reputación á un siglo y motivo de satisfacción al país en que nacieron.

Finalmente, señores, hasta la Medicina legal iniciada en las Partidas, en el Fuero Juzgo y en las Instituciones Carolinas, tomó incremento, mejor dicho, principió á vivir con los escritos de Lovera de Avila, Fragoso, Fontecha y más tarde con los de el sabio Carranza.

Yo lamento, señores, muy de veras, que los límites de una conferencia y mis escasos recursos científicos, me pongan en el caso de no ocuparme detenidamente de cada uno de los puntos que abarca el tema, ni mucho menos presentar una biografía de los más notables médicos del siglo XVI, y tanto más me apena, cuanto que tan sólo habré conseguido hacer pasar vertiginosamente por vuestra memoria, hechos memorables y nombres gloriosos sin límites, sin claridad, como se distinguen los objetos cercanos durante la marcha velocísima de un tren.

Pero supliendo vuestra ilustración los defectos de mi discurso, no será arriesgado esperar que podamos, en vista de lo dicho, sentar las siguientes conclusiones:

Que los médicos españoles del siglo XVI, supieron conservar el cetro de la ciencia que heredaron de árabes y judíos;

Que poseídos de la necesidad del Renacimiento, volvieron sus ojos al pasado y emprendieron la reforma de la Medicina, estudiando la ciencia tradicional; pero purificándola y enriqueciéndola con nuevas observaciones y sin descuidar el conocimiento de la anatomía para que no resultara inútil aquel sublime despertar de la inteligencia, adormecida durante la Edad Media;

Que los médicos cultivaron con fruto en aquella centuria todas las ramas de la ciencia de curar, pudiendo competir, con ventaja casi siempre, con las demás naciones, en el número y bondad de sus filósofos, comentaristas, filólogos, médicos, epidemiólogos, etc.

Que tuvieron el buen sentido de acoger con desdén las teorías teosóficas y cabalistas de Cardán y Agripa, que tanto distrajeron á los médicos de otros países en aquellos días;

Y por último, que nuestros comprofesores del áureo siglo, contribuyeron poderosamente á que este gran pueblo conquistara la supremacía material é intelectual sobre las demás naciones y pudiera ostentar con orgullo el famoso lema de *A solis ortu usque ad ocasum*, como indicando que en la redondez de la tierra imperábamos por nuestra bravura y por nuestra ilustración á un tiempo.

El floreciente estado de la Medicina siguió dando ópimos frutos para España, durante las primeras décadas del siglo XVII. Aquel espíritu observador, aquella seriedad y madurez en las opiniones; aquella diligencia en traducir é ilustrar los libros clásicos; aquella noble emulación entre los profesores que les encaminaba hacia el mayor esplendór de la ciencia y de la patria; la elegancia y sencillez en las descripciones; el buen sentido con que comprendiendo la bondad de la distribución del trabajo, dieron vigor y relativa independencia á las especialidades médicas, y la mesurada libertad con que solían exponer las teorías de Hipócrates, Galeno, Rasis y Avicena, suavizando asperezas con la moderna experimentación, y reformando lo erróneo, siguió por algún tiempo; que al fin y al cabo los médicos que florecieron en los primeros años de la décima-séptima centuria, fueron brillantes satélites de la Medicina del siglo XVI, de la que tomaron la inspiración que tan bien supieron reflejar.

Así vemos con orgullo que Ruices Fontecha, con sus *Privilegios* y su diccionario; Pérez Cascales, con su libro *De morbi puerorum;* Ponce de Santa Cruz y Honorato Pomar; Pérez de Herrera, tan notable en las armas como en las letras y en la Medicina, llamado por esto, el Machaón de los españoles; Miguel de Heredia, que se anticipó á Mortón, tan ponderado; Bravo de Sobremonte, médico de Reyes, y Mecenas de obras tan notables como la *Cirugía*, de Aquapendente; Tomás Murillo, adelantándose á Stoll; Maroja, que descubrió las propiedades antisifilíticas del

sublimado; Juan de Vega, que introdujo la quina en la terapéutica racional; el andaluz Solano de Luque, asombro y admiración del mundo su contemporáneo; Gallego de la Serna, de más talento práctico que el mismo Dureto; Villarreal, Sosa, Núñez, Rocha, Salat, el gran Melchor de Villena, Luis Mercado, Zamudio, León y otros que aún llegaron á ilustrar con su vida á este siglo, son los personajes principales que mantuvieron la ciencia médica en la misma ó mayor altura que alcanzara en el siglo XVI, ayudados del talento de sabios judíos, como Zacuto y Dilecto, lusitanos; Rodrigo de Castro, Himanuel Gómez, Nehemias, Cardoso, Montalto y otros.

Pero ¡ah, señores! que á excepción de estos va rones ilustres y algunos más que pudiéramos recordar, incluyendo en tan honrosa excepción al inmortal Piquer, á Martín Martínez, el águila de la Medicina; al anatómico Porras, al humanitario Balmís, Gimbernat, Queraltó, Casal, Cavanilles, Aso, Lorente, Fernández Navarrete, Bonells, Lacaba, Navas y algunos otros celebrados escritores médicos, los siglos XVII y XVIII presentan un aspecto decadente y triste, por más que nuestros historiadores, ocultando su dolor, por patriotismo, procuren presentar aquellas épocas con más halagüeño ropaje. Pero registrando con atención é imparcialidad los escritos del siglo décimooctavo y los de la última mitad de su precedente, habiendo en cuenta los gloriosos esfuerzos del siglo de Vallés y Laguna, desconsuela, señores, el ver que aquella iniciativa, aquella febril actividad, aquel aticismo y corrección,

aquella preeminencia médica de los pasados tiempos, se trueca, en general hablando, en desaliño retórico, superficialidad, erudición fatigosa y ridículas puerilidades, amasadas con la tortura de una dialéctica infructuosa. Los libros de aquella época empezaban y concluían como sermones, y hasta el papel y la tipografía parece que se pusieron de acuerdo para poner de relieve lo mediocre de las publicaciones.

Yo quisiera, señores, no ocuparme de este período triste para nuestra Medicina, y procuraré ser muy breve en mi narración; pero debo recordar que en los tiempos á que me refiero caminaba la ciencia en otras naciones más ó menos pesadamente, pero al fin por la senda de su perfeccionamiento, en tanto que aquí, la mayoría de los profesores, estaban empeñados en rudas y fútiles contiendas.

Con efecto, ínterin unos se extasían en la contemplación de lo antiguo, tarea importuna en aquellos momentos de marcha y de reforma, toda vez que tal misión fué realizada, y bien, en tiempo adecuado; otros disputan con vehemencia, sobre si el agua bebida á altas dosis, es la panacea universal, ó si, por el contrario, tal virtud corresponde á los celebrados polvos de oro de aquel médico portugués, gastando así tiempo y papel en balde; aquéllos, y son muchos, discuten con pasión á estas alturas, las teorías galénicas, ó las del peripato; éstos describen con exactitud los *áccidos* y la *atrabilis* de los más dañinos efectos; cuándo se batalla, y no siempre con urbanidad y respeto, por averiguar la natura melancólica ó la influencia de la luna en el tempera-

mento humano, ó la utilidad de las «sustancias térreas absorbentes contra los fermentos malignos que disocian las moléculas espirituosas de la sangre;» quiénes se pelean por el lado en que conviene sangrar en las fiebres, y producen una verdadera revolución las proposiciones descabelladas del doctor Casalete, y otros, por fin, entretienen la atención de la clase con sus folletos y libros numerosos, que no llevaban más objeto que poner en ridículo á los compañeros con los que el autor no estuvo de acuerdo en alguna consulta. Porque es de advertir que en aquellos tiempos tomaron tal incremento las discusiones médicas en academias, cátedras, en la prensa y en las casas, que hasta los clientes creían dinero y tiempo perdido el que invertían en juntas médicas, si los profesores no salían descalabrados, ó poco menos, tras de nutrido tiroteo de textos, sofismas y denuestos.

El *summum* de la sabiduría consistía en la facilidad de argüir, y en la habilidad de intercalar con profusión, trasnochados latines, y escribir un castellano descuidado y burdo.

Por entonces aparecieron libros de secretos médicos autorizados por los doctores; escritos como la *Margarita mercurial,* y ridículos comentarios como los de Virrey; resúmenes desastrosos de Medicina bajo la invocación de la Virgen y dirigidos al pueblo; compendios tan primitivos como los de D. Babil de Garate, que son considerados, no obstante, como lo mejor de aquel tiempo; regístranse, y en número considerable, lo que indica su éxito, impresos dignos

de charlatanes como los de Gaspar Pons, Gil Sánchez, García Mateos, Salazar, y *arcanos* de terapéutica, dignos de los monjes; de entonces datan aquellos libros tan impertinentes y burdos, vaciados en el molde de los de Suárez de Rivera, que acusan espantoso retroceso; en los años á que me refiero publicáronse, por último, tratados innumerables, tan pretenciosos como hueros, de frase ampulosa, de estilo campanudo y retorcido; con dedicatorias altisonantes y títulos kilométricos y llamativos, repleto el texto de disquisiciones apasionadas y controversias infantiles.

Es doloroso, señores, confesarlo, y yo experimento verdadera pena en ello, pero de las excursiones bibliográficas del siglo XVIII y de la mitad última del que á éste precedió, consideradas en conjunto, se desprenden impresiones tristes y severas acusaciones; que mientras la masa general de los médicos pasaban la vida lanzándose los birretes por cualquier superficialidad, y se llevaban á la prensa, á las academias y hasta las cátedras, discusiones nacidas de antagonismos y rivalidades, y se publicaban las contiendas profesionales habidas á la cabecera del moribundo, etc., etc.; en los Estados vecinos se entroniza la experimentación, se utilizan los últimos progresos de las ciencias auxiliares, se trabaja con fe en el perfeccionamiento médico, y merced á ello camina la Medicina á su mayor apogeo en los demás pueblos, que nos arrebatan, uno por uno, los laureles conquistados por los españoles en anteriores centurias.

Durante los ciento cincuenta años á que aludo, apenas si hallamos nombres tan grandes como los que ostentan con orgullo Francia, Italia, Inglaterra y Alemania en el trascurso de aquellos días; por muchos esfuerzos que hagamos, por mucho que sea el amor que á nuestra nación profesemos, por grande que sea el afán de enaltecer á la Medicina patria, y el mío no es poco, no podremos hacerlo frente á Riolano, Aselli, Ruisch, Scarpa, Willis, Malpigio, fundador de la anatomía íntima; Warton, Sœmering, Chaussier, Winslou y Bichat, como anatómicos; ni sostener competencia con Morgagni, Malpigio, Boerhaave, Lieutaud, Brown y Sydenham, como médicos; ni con cirujanos tan eminentes como Manfredi y Mayor, que practican la trasfusión de la sangre, Petit, Alanson, Anel, Heister, fray Cosme, Hunter, Monró, Chopart, Boyer, Dupuytren, Percy, Larrey, y centenares más que pudiéramos citar, incluyendo á ginecólogos, oculistas y terapeutas ....

No debemos hacernos ilusiones; nuestra patria, durante aquel período triste en que los poseídos, endemoniados y seres milagreros tenían su morada hasta en los palacios, decayó de su antigua pujanza y perdió su vetusto valimiento, amenguándose también el vívido esplendor de la Medicina española; aún hoy no recobró su antiguo prestigio, su tradicional entusiasmo é iniciativa; aún no puede salir completamente á flote, que existen algunos profesores que, de buena fe sin duda, sirven de pesadumbre y de lastre con sus preocupaciones retrógradas y miran con desdén punible las maravillosas conquis-

tas del microscopio y de la química, y acogen con maliciosa sonrisa los descubrimientos de la bacteriología y los triunfos sin rival de la moderna terapéutica quirúrgica.

¿Qué causas motivaron la patente decadencia de que venimos hablando?

Muchas, señores, y de distinto género que procuraré presentar en grupos y en breves frases, que más no consienten el tiempo y vuestro cansancio.

1.ª Las matanzas y persecuciones de los judíos, hermanos del que predicó la paz y la fraternidad entre los hombres. Aquella raza desgraciada no le valió ser española para ser vejada primero y después expulsada de nuestro suelo; precisamente hoy hace años que se publicó el decreto de expulsión, 31 de marzo de 1492. Al emigrar los israelitas en número de 400.000, llevaron á otros países, más hospitalarios y menos fanáticos, el riquísimo tesoro de su actividad, de su industria y de sus conocimientos, privándose esta nación, con tan infausto y tiránico acontecimiento, de un factor valioso para la obra del Renacimiento, factor tanto más útil cuanto que la historia antigua, los códices innumerables que hoy existen y sus libros prueban de un modo indiscutible las excepcionales condiciones que para el estudio de la Medicina tuvieron los judíos, cuyos profesores más notables he citado durante mi discurso.

2.ª La obligada emigración de más de 900.000 moriscos que, con su ausencia, arruinaron no pocas comarcas, repercutiendo la calamidad tarde ó tem-

prano en todas las manifestaciones vitales de nuestro pueblo.

3.ª Las frecuentes y numerosas emigraciones de peninsulares á las colonias y posesiones de Ultramar, que al desangrar la patria para dar vida al Nuevo Mundo, mermaron la población de España y acentuaron nuestra inclinación á las empresas de riesgo y fortuna, separando del estudio no pocas imaginaciones.

4.ª Las cotidianas guerras, que tanto dinero y tantos hombres consumieron, contribuyendo además á que se miraran con desdén los estudios serios, toda vez que Minerva enmudece durante el reinado de Marte, como dice con gran acierto un juicioso historiador.

5.ª Las pestes y trastornos políticos que empobrecieron á la nación.

6.ª El despotismo y las gabelas inmensas que pesaron sobre el papel y la imprenta.

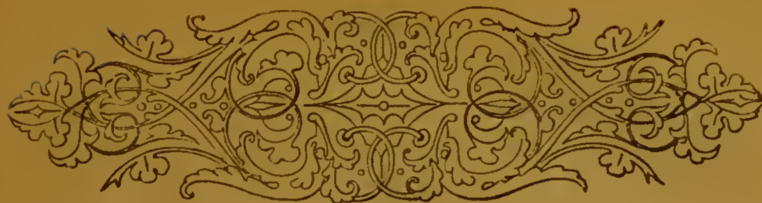
7.ª La falta de virilidad y sobra de misticismo que impidieron á los hombres sacar fuerzas de su misma situación y mirar con fe hacia adelante.

8.ª El establecimiento del Santo y piadoso Oficio de la Inquisición, que con sus tormentos inhumanos, sus procesos escandalosos, sus penas infamantes, su inicuo sistema delatorio, sus escarmientos diarios, infundió pavor en los escritores, haciendo que éstos, por temor á la censura ó tan sólo al desagrado de los seráficos verdugos, no salieran de ciertos límites, que no estaban olvidados los suplicios de Jordano Bruno, Galileo, ni caían en el olvi-

do los procesos de médicos españoles como Villalobos y Torralba, ni la muerte de Sacharles y las expurgaciones que sufrieron los libros de Vallés, Huarte, Gómez de Pereira y otros muchos, como tampoco podían permanecer impasibles ante los dramas horrendos en que diariamente figuraban los inquisidores y sus víctimas.

Tales son, señores, á mi modo de ver, las causas principales que influyeron en el decaimiento de nuestra ciencia y que explican el retraso de la Medicina patria.

Estas causas, como los preceptos del Decálogo, se encierran en dos de mortíferas consecuencias para el progreso: la intolerancia religiosa y el despotismo de las instituciones; que las ciencias todas, y la nuestra en particular, requieren para su lozanía y frondosidad, para ser fructíferas, la protección y respeto de los poderes públicos, no sufrir la tiránica influencia de la religión y bañarse continuamente en la esplendorosa luz de la libertad; todo lo cual indica á los pueblos la norma de su conducta y señala á todos nosotros el único y verdadero camino del perfeccionamiento de la Medicina, que en sí lleva la mayor suma de felicidad á que pueden aspirar los mortales. He dicho.



CURIOSIDADES MÉDICAS[1]

I

BIBLIOGRAFIA: MOREJÓN Y CHINCHILLA

Hace mas de cuarenta años principiaron á publicarse en Madrid y en Valencia, casi á un mismo tiempo, dos obras importantes y de trascendencia suma para la historia de la literatura médica espa-

(1) Habiendo desaparecido, en parte, algunas circunstancias que motivaron la conferencia sobre «La Inquisición y los médicos,» parecióme oportuno sustituir aquel discurso pronunciado en el Ateneo Antropológico, con esta serie de articulos en los que el lector encontrará la mayor parte de conocimientos que formaban el esqueleto de aquella conferencia y pueden considerarse como ampliación de muchos conceptos insinuados en el discurso acerca del «Florecimiento de la Medicina española en el siglo XVI.»

ñola, sin que hasta hoy, ningun espíritu erudito, fino aerisolador de nuestras glorias, eargara sobre sus hombros la utilísima y laudable tarea de eseribir, no ya un eomplemento, ni siquiera una erítica impareial y razonada de aquellas produeciones, explosión de patriotismo y erudieión, que por sí solas constituirán en los venideros tiempos páginas de gloria para la generaeión médiea de mediados de este siglo.

Ciertamente que son muehos los que, en sus diseursos y en sus eseritos, se inspiraron en los libros del inmortal Morejón y del diligente Chinchilla; pero ninguno, que sepamos, nacional ni extranjero, realizó la empresa, ya urgente, de dar al mundo exaeta notieia del positivo mérito de aquellas historias, la razón preeisa de su aparieión simultánea (fenómeno raro y digno de estudio en este género de materias), los almaeenes literarios donde hubieron de proveerse los dos ilustrados autores, poniendo de manifiesto también las verdades, los errores y las imperfeeeiones de los eseritos, y sobre todo, eompletando indieaeiones, eorrigiendo notieias poeo verosímiles y añadiendo todos aquellos descubrimientos bio-bibliográfieos debidos á moderna diligeneia y que no se eonsignaron en aquellos volúmenes de grata memoria que tanto bien hieieron á la eieneia patria, tan denostada por propios y extraños, no siempre eon justicia, y que tan sólido apoyo prestan á euantos se arriesgan á marehar por el abrojoso eamino de la bibliografía.

Y sin embargo, los días traseurridos, las nuevas

adquisiciones, el ejemplo que nos dan los vecinos pueblos, el mayor número de médicos notables españoles que con su desaparición de la tierra piden sitio en el cuadro eterno de la historia, el considerar la solicitud con que algunos eruditos enriquecían los escritos de Nicolás Antonio, Rodríguez, Jimeno, Latasa, Gallardo, Torres Amat y otros bibliógrafos ilustres, el interés que entraña el cultivo de la historia de la Medicina española, la evidente cosecha de honra y de crédito científico que esta índole de trabajos había de reportar á nuestro país, eran causas bastantes á poner en acción la indolente pluma de todos los amantes de nuestras pretéritas grandezas y mejorar el majestuoso edificio iniciado por Villalba, llevado muy adelante por el hijo de Ayora y por el profundo pensador de Alaejos, distribuyendo equitativamente entre cada uno de estos, los laureles á que se hicieron acreedores en la magna obra de la historia de nuestro arte.

Me guardaré muy bien de atribuir este enorme vacío á la falta de médicos eruditos y de amantes de los triunfos de nuestros antepasados, cual suele hacerse con harta ligereza y notoria injusticia, que en un país en donde florecieron en cercano período de tiempo ó brillan aún, para bien de la ciencia, los Delgrás, Usera, Peset, Velasco, Letamendi, Maestre de San Juan, Méndez Alvaro, Ildefonso Martínez, J. B. Comenge, P. Mata, Villanueva, Santero (don Tomás), Perales, Alonso y Rubio, Martínez y Molina, Seco, Plata, Quintanar, Montejo, Población, Codorniu, Santucho, Giné, Creus, González Sáma-

no y otros más, conocedores muchos de nuestra vetusta Medicina, dueños otros de preciosas colecciones de libros raros y curiosos, peritísimos algunos en determinados ramos de la bibliografía médica, no sería juicioso culpar á la absoluta carencia de erudición de la clase médica, ni desposeer á ésta de todo cariño hacia los dichos y los hechos de nuestros mayores; precisamente, de los profesores mencionados, quién más, cuál menos, todos pusieron sus aptitudes y talento al servicio de la historia, aunque noto con dolor, que muchas veces aquellos escritores mostráronse avaros de sus conocimientos, parcos en inquisiciones costosas, excesivamente sobrios en referencias bibliográficas, muy crédulos en ocasiones y preocupados y temerosos las más de las veces, por la tardanza del triunfo y de los aplausos y por el posible quebranto de sus intereses, circunstancia esta última más apropósito para entibiar entusiasmos y para amenguar y reprimir el genio, que para dar robustez y esplendor á la ciencia cultivada por Ben Giolgiol.

Sin embargo, es forzoso convenir, apesar de lo dicho, en que los estudios históricos, relativos á la Medicina nacional, andan bastante decaídos por falta de asiduos y entusiastas cultivadores, triste verdad que pone en peligro de naufragio á toda empresa dedicada á esparcir los conocimientos bibliográficos, sustituídos hoy con exceso y gran detrimento de la ciencia, por la folletería extranjeriza, los malhadados *vademecums* ó resúmenes, las sabrosas pláticas de antesala, las discusiones académicas

con visos de pelea, trasunto de pasada decadencia, y otra porción de boberías que gastan inapreciable tesoro de actividad de que tan necesitada se encuentra la historia médica española. Y es tanto más deplorable el vicioso procedimiento de la actual generación, cuanto que redunda en desdoro de nuestros conocimientos, en mengua de nuestra iniciativa y preponderancia y acusan máximo é injusto olvido de blasones médicos, precisamente de parte de quien suele ser incapaz de proporcionar otros más preclaros y majestuosos. Yo quisiera ver ese inmoderado afán de imitar á los extranjeros, dividido en partes iguales, de tal modo, que no sólo se copiara la actividad en la moderna experimentación de los vecinos pueblos, sí que también el interés que éstos muestran por ilustrar las cuestiones históricas, recabando con exquisito celo cuantos descubrimientos médicos pertenecieron á sus mayores, y de este modo los descendientes de Laguna, Mercado y Caldera reconquistarían perdidos fueros, dejando de ser hombres atiborrados de inconstante y trivial erudición formada por las migajas que nos arrojan otras naciones en su veloz carrera.

No queda, en mi sentir, otro recurso para ganar el tiempo perdido, que dar un salto viril apoyándonos en nuestro pretérito valer, en las enseñanzas de la historia y en el conocimiento de los modernos y positivos adelantos, abandonando como inútil bagaje de nuestro renacimiento, la excesiva confianza en el forastero, nueva forma de tirano sólo comparable al antiguo *magister dixit*.

Ningún pueblo, si se exceptúa á Italia, podía competir con España en bríos, en originalidad, en grandes hechos, en ilustración, en sacrificios en pro de la ciencia médica, durante la Edad Media y el gloriosísimo Renacimiento; ninguno puede ostentar con tan legítimo orgullo, tan crecida falange de príncipes de la Medicina, de epidemiólogos, comentaristas, clínicos, filósofos, naturalistas, terapeutas, higienistas, cirujanos y hasta especialistas, como esta Península durante los días que precedieron ó inmediatamente siguieron al ensanche del planeta por la intrepidez de nuestros marinos, y á nuestra preponderancia en las ciencias y la política.

Pues bien; apesar de estos antecedentes, tan halagüeños y consoladores para todo español y que denotan á las claras, que no es este un país exento de iniciativa, huérfano de talento, sino, por el contrario, apto como el que más para realizar por sí las más levantadas empresas intelectuales; apesar, digo, de estos precedentes, la corriente general se inclina por enflaquecer el entusiasmo por los utilísimos estudios bibliográficos, olvidando con esto, lo que es elemental, que para mantener el esplendor de pasadas glorias ó conquistar otras nuevas, se hace preciso conocer bien y recordar continuamente nombres venerandos y hechos gloriosos que, á la par que aumenten la ilustración, doten de serenidad á los ánimos con la memoria de pretéritos fracasos, mantengan vivo, flamante, el faro de la emulación y del patriotismo científicos; que el pueblo que olvida su historia, el individuo, que re-

niega de su prosapia menospreciando las virtudes de sus antepasados, perderán su personalidad científica y serán absorbidos por otros más viriles y dirigidos por quienes, cuidadosos de sus tradiciones, supieron hermanar los consejos del pasado, con las necesidades del presente y el ideal del porvenir.

Los diccionarios biográficos, tan numerosos como espléndidamente editados y repletos de datos; los no interrumpidos trabajos bibliográficos ingleses, franceses, italianos y alemanes; la multitud de biografías médicas referentes á personajes notables ó á importantes descubrimientos; los voluminosos tratados de historia de la Medicina en general, ó en particular de una nación; las conferencias de sabios profesores sobre puntos aislados de la historia, con las tesis doctorales y académicas, constituyen una serie respetable de escritos en beneficio de la historia, que sólo sus títulos llenan corpulentos catálogos y patentizan el interés con que nuestros vecinos miran los asuntos cronológicos pertinentes á la ciencia de curar. Los españoles, en cambio, después de retrasarnos lo increíble (1) en la formación de la historia y bibliografía médicas, aún no aprovechamos los preciosos materiales acumulados por la diligencia y el talento de algunos eruditos para formar una historia crítica de nuestro arte, ni menos engarzar-

(1) Recuérdese que las biografías primeras y más extensas de ilustres médicos españoles, v. gr., Miguel Servet, Albucasis, Avenzoar y Arnaldo de Villanova, llevan la firma de escritores ingleses, franceses y alemanes.

la con la general, con aquella extensión y madurez de estudio que el asunto requiere; que los tres ensayos principales que existen, distan una eternidad de llenar tal cometido. No contamos con ningún periódico que mire con predilección este género de estudios, propagando conocimientos bio-bibliográficos y dilucidando puntos oscuros de los anales médicos; aún no se publicó una biblioteca completa de médicos españoles, facilitando al público la lectura de obras raras y nada económicas; las conferencias públicas sobre historia apenas si se conocen; hemos olvidado rendir homenaje de admiración á los grandes médicos del pasado (1); por otra parte, el estudio de la historia no es de obligación para los médicos; existen academias profesionales que carecen de libros antiguos de su especialidad, de retratos de sus predecesores, cual si ignorasen que ninguna ciencia, ninguna corporación deja de tener ilustres antecesores á quienes, por gratitud, se debe recordar en escritos y en estatuas, que ellos son como las primitivas raíces de donde proviene la savia fundamental y eterna de nuestro arte.

---

(1) La Real Academia de Medicina de Madrid y el Instituto Médico de Valencia, con el buen acuerdo que corresponde á los individuos de tan doctas corporaciones, vienen consagrando algún interés hacia los estudios de esta índole. Todas las sociedades médicas de España debieran tener una sección de historia consagrada á estudiar los precedentes de la especialidad ó especialidades que constituyan su objetivo; de la misma suerte debieran recomendarse las monografías históricas, optando á premios extraordinarios en las facultades médicas, y por tales medios, al cabo de algunos años, podríamos contar con una historia completa de la Medicina patria.

A los actuales próceres de nuestra ciencia, á los dignos sucesores de los Argumosa, Piquer, Morejón y Herrera, á cuantos ilustres profesores amen las glorias de nuestra vieja Medicina, á cuantos consideren que el verdadero progreso consiste en marchar adelante, sí, pero con el pensamiento en la enseñanza del pasado y el espíritu templado en el conocimiento exacto de la difícil tarea de extraer las leyes que unen el pasado con el presente, y, por fin, á los médicos españoles y al Gobierno sobre todo, toca resucitar y proteger el estudio de la historia por cuantos medios estén á su alcance, saneando esa atmósfera pesada y letal que amenaza acabar con el recuerdo de nuestras glorias, con nuestra viril personalidad científica de otros siglos, y sumir á la ciencia patria en precaria dependencia de otros pueblos, por quererlo así cuantos, enamorados con exceso de un sol más ó menos esplendoroso, olvidan el estudio de la aurora y del crepúsculo, principio y término de aquella carrera luminosa, que tanto les entusiasma.

Porque es muy frecuente encontrar seres mal aconsejados que, ante la dificultad de emprender un estudio que ignoran, como es la bibliografía, paréceles más sencillo echar por el atajo de negar toda importancia á estos estudios, y como los tales no son los menos silenciosos y pacíficos, á ellos en primer término se debe el que la actual generación sea, para los recomendables trabajos de nuestros pasados eruditos, como ingrato y estéril arenal que absorbió rica savia sin corresponder con frutos

á la bienhechora tarea de aquellos doctísimos varones.

Suponen estos compañeros ¡profundo y lamentable error! que poco ó nada útil se halla en los libros antiguos, que la tarea del historiador médico predispone á la reacción y al atraso y que los eruditos en nada hicieron progresar á nuestro arte, y como estas ideas corren por esos mundos con singular frecuencia y mayor daño, yo me permitiré de pasada, decir breves palabras.

Es tan monstruosa la primera afirmación, que cuesta verdadero esfuerzo creer que tales cosas se digan, si no estuviera tan esparcida la especie. Los que así piensan no se tomaron el trabajo de leer, no libros antiguos, ni siquiera modernos de alguna cuantía, en que se recuerdan el origen y la evolución de los grandes acontecimientos que llenan el mundo médico.

Antilus y Arnaldo de Villanova precedieron á Pareo y éste á Hilden, en la ligadura de los vasos; nuestro Fragoso intentó la anestesia local; Santo Tomás de Aquino abre las puertas al gran C. Bernard (1), en la clasificación de las propiedades vitales; Amonio resucita en Díaz y Laguna, y éstos en Civiale; Daza, en Petit y Larrey; Praxágoras, estir-

(1) Teniendo en cuenta los diversos y fundamentales principios antropológicos que sustentaron el Angel de las escuelas y el sabio profesor de Francia, se nota aún más el gran parecido entre la división de las *facultades* ó potencias del primero y la de las propiedades del segundo, y que no copiamos por lo sabidas que son de todos

pando la glotis; el cirujano de Carpi, la matriz; Erasistrato, abriendo los abcesos del hígado y del bazo; Franco, desbridando las hernias inguinales y elevando la talla á operación científica, infunden bríos en los modernos cirujanos; Servet, Harvey y Malpigio, son un mismo genio, á través de las edades que ponen en claro el círculo sanguíneo; la terapéutica de Galeno refórmase en manos de Musa, Bairo y Paracelso, más tarde, en las de Magendie y Trousseaux; el régimen sanitario descrito por el sabio isleño, ilumina á los cordobeses y salernitanos, se ensancha con Leyva y Santorio, adquiere perfección con Brousseaix, hasta dar reglas y procedimientos matemáticos para evitar epidemias.....; basta meditar el modo como se continúan y se enlazan los hechos históricos, para convencerse de que en esta cadena de adelantos no se puede prescindir de ningún eslabón. Recordemos que Alejandría, Padua, Bolonia, París, Valladolid, Oxford, Viena, Leypzig, representan períodos, nada más que períodos, de la gloriosa escuela anatómica, que principiando en Herofilo, continuando en Mondini, Berenguer, Vesalio, Valverde, Falopio y Silvio, termina con Bichat, Virchow, Cornil y Sapey, y no es completa la noción si se olvida alguna de estas fases, alguna de las grandes agrupaciones de discípulos de este arte, maestros é inspiradores de venideros escolares que, á su vez, continuarán la empresa. Toda ciencia es como suntuoso é inacabable mausoleo, en que las generaciones intervienen con su inteligencia y con su labor, y el prescindir de quienes echa-

ron los cimientos ó construyeron las resistentes bóvedas, no acordándose más que de los artistas que tallaron los últimos adornos, que rectificaron líneas ó añadieron nuevos cuerpos á la fábrica, es á todas luces injusto, apasionado, y revela ignorancia tanto más punible, cuanto que es remediable por el estudio.

Es mayúsculo error suponer que la erudición sea rémora para el progreso, y que los bibliógrafos son seres estériles para el adelanto de las ciencias médicas.

No acierto á explicarme la boga que alcanzan estas versiones, ni la indiferencia con que son escuchadas por hombres de mediana ilustración, sabiendo que la ciencia de Esculapio, en todas sus azarosas épocas, se salvó siempre por la actividad de los eruditos que la desenterraron de las profundidades de la ignorancia y del olvido en que estaba sumergida, hasta casi no verla, y que estos mismos sabios tan denostados trasfundieron su entusiasmo, su diligencia, su saber á la Medicina tantas veces débil y enfermiza, señalándola nuevos derroteros que más pronto la encaminaran á su gloria.

El anciano de Cos, el padre de la Medicina, fué sumamente erudito, y á esta feliz condición debió, en primer término, el respeto de las generaciones, por haber recogido y hermoseado los conocimientos de perdidos pueblos, y, apoyándose en la pasada experiencia de sus mayores, haber dado al mundo aquellos famosos preceptos, sagaces observaciones, profundas advertencias que son y serán los escritos

más preciados en todo tiempo. Celso, el Cicerón de los médicos, escritor inolvidable por la galanura de su estilo y por el tino de sus observaciones; Galeno, el Príncipe de los médicos, y Pablo de Egina, peritísimos en el conocimiento de autores antiguos, legan á la humanidad turbulenta y atrasada de los primeros siglos del cristianismo una serie de conocimientos propios algunos, ajenos los más, pero bastantes para que la Medicina no decayera, hasta convertirse en fórmulas místicas y brutal fanatismo. Haroum, Isach y Avicena, exhuman con su erudición la Medicina tradicional, casi perdida, traducen sin descanso los libros griegos, y con tal diligencia y su poderoso ingenio, crean la ciencia árabe tan floreciente, maestra, algún día, de las naciones. Cuando la mano del tiempo y las preocupaciones de los hombres pusieron en estado lamentable el arte de curar, cuando los errores se incrustaron en nuestra ciencia hasta deformarla, se levantan Guido, Arnaldo, Mondini, encuentran medios de rescatarla de aquel cautiverio, tarea seguida dos siglos después, por Zerbí, Valles, Dureto, Leyva y otros mil que al paso que estudiaban con detención los clásicos, enriquecían sus márgenes con observaciones, comentarios, nuevos y propios descubrimientos; el humanista de aquel tiempo es el hijo caminando á la gloria, y llevando de la mano á sus progenitores, como para pagarles con tal obligada fineza, la inmensidad de lo que les adeuda.

Y como de los hombres verdaderamente sabios proceden las positivas conquistas científicas, de pre-

sumir es que los reformadores hayan de salir siempre, del campo de los eruditos antes que de los que no poseen conocimientos históricos.

Al efecto, tenemos á Fabricio de Aquapendente, Daza Chacón y Pareo, que al paso que crean la moderna cirugía, investigan con afán las opiniones del pasado, fuente de consejos saludables, de iniciativa y depósito de proyectos, de reformas y de inventos; nuestro Servet, hombre de inmensa lectura, poseía sólida erudición, como lo demuestran sus comentarios al Ptolomeo, y lo mismo diremos de Sydennam, Boerhaave, Hidalgo de Agüero, Dessault, Jenner, Hunter, Willis, Grunner, Riolano, Malpigio, Martín Martínez, Haller, Piquer, Sprengel, Duglás, Astruc, que encuentran medios de ser los más acreditados profesores de su tiempo, sin que para ello les entorpeciera su vasta y proverbial erudición, que nunca la ilustración fué dañosa. La reforma de Paracelso requirió, para no morir, de un Van-Helmont más erudito; Gadessden y Gordonio no existen en la memoria de los médicos por no haber sabido leer en los viejos pergaminos, de los que prescindieron también, los *empíricos* de la antigüedad. El inolvidable Juan L. Petit, convencido del valor de los estudios antiguos, aprendió latín á los cuarenta años, para hojear los vetustos escritos.

En tiempos más cercanos podemos señalar como historiadores, bibliófilos y eruditos á lo más florido de la clase médica: Richerand, Dupuytren, Boyer, Dujardin, Malgagné, Littre, Virchow, Billrroth, Guardia, Bouchut, Chauffart, Trousseaux, y los más

próximos Broca, Trelat, Gubler, Verneuil, Le Fort, Beclard, Follín, Tarnier, que con los numerosos autores de libros sobre historia de la Medicina, constituyen cohorte suficiente para protestar con sus hechos y escritos del calificativo de reaccionarios é inocentes *amateurs* de apolillados librotes y rancias teorías, con que se les designa.

Pero es, que aun cuando no se diera importancia alguna á lo que dicho queda, aun eliminando, por terca cerrazón, con un mohín de incredulidad, los grandes nombres de los citados eruditos, que todos pagaron con creces tributo al estudio de la historia, puede decirse que las ciencias experimentales, la ciencia médica señaladamente, el médico en una palabra, no se concibe sin un conocimiento completo de la historia, sin una masa grande de precedentes cronológicos que, arrancando de la ciencia en general, se refieran con predilección á la especialidad que más solicite su actividad, porque así como no es completa la noción de río, si no se retrata de una manera ó de otra, confusa ó detalladamente en la idea, el movimiento siempre hacia su desembocadura de la fluida corriente, su anchura y profundidad, arroyos y fuentes que le nutren, el terreno que riega, el aspecto de sus riberas... así tampoco concebimos al verdadero médico sin conocer el curso de la ciencia á través de los siglos, los sucesos que explican sus vicisitudes, las grandes inteligencias que la enriquecieron á guisa de manantiales, el objeto que persigue, el ideal que se propone, el caudal de conocimientos que atesora y su marcha, ora tardía, ora acelerada, por el

campo de la experimentación y de la lógica, que el médico sin tales conocimientos, será cual otro artesano que recorra el mundo cargado con un diploma, con unas cuantas reglas y procederes hacinados en la memoria, ganándose el sustento con su incesante ir y venir, aplicando aquellos preceptos de los que nunca se cuidó de investigar su origen y trabazón con pasados hechos, y á la verdad que la misión del médico es más elevada que todo esto. A bien que como los hechos por sí no constituyeron nunca ciencia, sino á condición de convertirse en elementos de imperecederas leyes, y como éstas y los hechos son siempre del pasado, á excepción del instante en que se realizan ó deducen, forzosamente el que acopia hechos, adquiere también fragmentos históricos, fragmentos que sin la hilación cronológica y la investigación concienzuda de su mutua dependencia, carecen de valor arquitectónico, como carecen de significación integral los materiales sin clasificar, que esperan la mano del artífice para constituir un monumento.

Siendo, pues, forzosa la erudición de buen género para todo médico científico, debiendo la Medicina inapreciables favores á los eruditos y siendo un oprobio, por otra parte, el no rendir continuado homenaje á nuestros antepasados ilustres, yo no veo la razón de la indiferencia por la historia médica de la mayoría de nuestros comprofesores, cuando es sabido que las ciencias rejuvenecen, los observadores adquieren nuevo ardor, los genios inspiraciones útiles, con la lectura del pasado, de la mis-

ma suerte que los pueblos adquieren virilidad y se acrecienta su patriotismo, con el recuerdo de las hazañas llevadas á término por sus abuelos.

Tal vez obedezca el descuido de que venimos hablando, de que los españoles se cuidaron siempre más de realizar grandes hechos que de narrarlos; pero como esta condición viene exagerándose y con la exageración llueven sobre nuestra ciencia perjuicios de gran trascendencia y bulto, como quiera que, cuando llega la ocasión, todos nos apresuramos á cantar las excelencias de la Medicina española en el pasado, diciendo que ella y sus hombres llenan con su fama el mundo, hora es ya de compulsar con rigorosa crítica la verdadera significación de los españoles en el progreso de la ciencia, que no basta decirlo, sino probarlo, y esta deficiencia es la que nos vienen echando en cara los extranjeros, y esta es la deuda que debemos pagar al difunto Morejón, orgullo de nuestra clase, que, al bajar al sepulcro, llevaba, como último pensamiento, la esperanza de nuevos descubrimientos que él no pudo alcanzar.

Diligencia, fortuna y sólida erudición, acompañadas de la constancia y del dinero, son indispensables elementos para el estudio de la Medicina española á través de las edades, si se quiere encontrar algo útil y nuevo en el campo de su bibliografía y biografía.

Como en nuestro suelo existen profesores adornados de aquellas circunstancias, ellos son los llamados á completar los trabajos nunca bastante alabados de Morejón y Chinchilla. Mas en tanto que alguno de los obligados acomete la empresa laudable que le está reservada, yo, que dediqué algún tiempo á esta especialidad, procuraré allanar el camino, con algunas indicaciones cuya adquisición podría ser fatigosa. Bien quisiera presentar aquí larga lista de notas bio-bibliográficas que enriquecieran nuestros anales médicos; pero fuerza es resignarse á los escasos recursos y exiguas dotes del que esto escribe, que hoy no lleva más objeto que el de animar con el ejemplo á todos cuantos son los destinados, por su instrucción y medios, á llevar á feliz logro una empresa tan útil y gloriosa como es la historia crítica de la Medicina española, relacionándola con la historia general de nuestro arte.

Yo expondré á continuación algunas de las noticias que pude adquirir referentes á libros y personajes médicos, poco ó nada estudiados por nuestros historiadores, ora en forma de datos extensos, ora como referencias, según su importancia, para que sirvan como hitos á los venideros escritores, y en estas noticias procuraré escribir lo más saliente y con suma brevedad, obedeciendo á la índole de estos trabajos, que ocasión proporcionará el tiempo de ensanchar estos modestos apuntes. Antes, sin embargo, he de decir algunas palabras respecto á las tan conocidas obras de Morejón y Chinchilla, es-

perando leer trabajos más completos sobre el mismo asunto.

No pocos afanes llevo consagrados á la compulsación y crítica de muchos de los datos expuestos por nuestros historiadores y rivales D. Anastasio Chinchilla y Hernández Morejón, y á medida que los días trascurren y más leo aquellas obras y redoblo mi actividad compulsando escritos, rebuscando datos en infolios y pergaminos y estudiando asuntos de historia de la Medicina, nacionales y extranjeros, más me convenzo de que los volúmenes debidos á nuestros dos distinguidos médicos castrenses, forman como vasto y bello edificio que, aunque muy lejano de la terminación, delatan grandes alientos y abnegación por el ímprobo trabajo allí acumulado, por la diligencia y gastos que suponen y por la constancia y la ilustración de los escritores. Los tiempos venideros habrán de tener en grande aprecio estos escritos que, apesar de sus indudables y no escasos defectos, es lo primero y más completo de este género que se publicó en España, y teniendo en cuenta tal circunstancia y la dificultad de la empresa, los errores se alejan y empequeñecen empujados por las virtudes de los historiadores y los obstáculos que hubieron de salvar.

Llama poderosamente la atención, que entre las dos obras de historia de la Medicina nacional de Morejón y Chinchilla, existan íntimas conexiones respecto al método, al texto y al espíritu que informa sus deducciones. Con efecto; haciendo caso omiso del orden en que se exponen las biografías, las

pequeñas diferencias en los datos bio-bibliográficos, el apasionamiento de Chinchilla contra el ilustre autor de la *Ideología*, nótase que las dos obras tienen un mismo plan, están cortadas con un mismo patrón, las citas son iguales en ambas, las autoridades que se invocan las mismas y con análogos defectos y preocupaciones; y, cosa rara, los desconocimientos en la ciencia y las escaseces críticas son á veces idénticas en los dos autores.

Obsérvase, no obstante, que á cambio de la mayor (?) diligencia de Chinchilla, el Sr. Morejón se nos presenta más reposado y sereno, más filósofo; su erudición es más sutil y delicada, su estilo más elegante, sus juicios suelen llevar el sello de la madurez y del dominio de la materia, y sus citas y afirmaciones no acusan vanidades bibliográficas, mala fe, ni empeño de utilizar la historia en daño de alguno, cual acontece en Chinchilla; mas éste tuvo la buena cualidad de citar los autores donde tomó los datos, en lo que anduvo rehacio el Dr. Morejón. Basta leer cualquiera de los capítulos en que se trata de algunos médicos más salientes del siglo XVI y se verá la razón de estos asertos.

Siendo tan parecidas estas obras, hasta el punto de que el método es casi idéntico, iguales sus citas y tendencias y en todos ó en la mayoría de sus capítulos podemos encontrar vehementes sospechas de que uno á otro se copiaron, ¿cuál es la obra original? ¿Quién es el autor? ¿Quién el rapsodista? He aquí una cuestión.

Se dice que D. Anastasio Chinchilla fué secretario

y protegido del Sr. Hernández, y que éste tenía terminada su obra en 1820, y partiendo de estos hechos é inspirado por el encono, hubo quien trató al señor Chinchilla con harta dureza, terminando el litigio con gran desdoro del médico de Ayora; pero como aquellos tiempos de borrascosa controversia pasaron; como yo no puedo creer que en 1820 tuviera el Sr. Morejón terminada su obra, sino planteada y escrito lo principal, toda vez que en sus siete tomos existen ideas tomadas de libros posteriores á dicha fecha; como tampoco es posible creer que los cuatro voluminosos tomos de Chinchilla pudieron escribirse con furtivas copias que éste se procurara, teniendo en cuenta los numerosos datos propios que Chinchilla ofrece, el conocimiento de fuentes de erudición que revela y sus trabajos sobre la Medicina en general (todo lo cual indica actividad incansable, iniciativa poderosa, vocación á toda prueba por los estudios históricos, patentizada por su biblioteca, repleta de libros y manuscritos raros y costosos), entiendo que no se termina el pleito tachando á don Anastasio llanamente de servil y madrugón copista del Sr. Hernández; esta es una opinión muy ligera y que da triste idea de quien la expuso, que, sin duda, no se tomó el trabajo de cotejar detenidamente los once tomos que son materia de litigio, ni consultar datos anteriores á ellos.

Las meritorias obras de Nicolás Antonio, los ocho tomos del canónigo Latasa, los escritos de Casiri y de Rodríguez de Castro, la Biblioteca de Jimeno, con los escritos de Jourdán y de Sprengel, etc., forman

el armazón y los cimientos de la obra de Morejón, que en muchas partes, como en la medicina árabe, judía y gótica, apenas si añadió algún concepto. Si á estos valiosísimos elementos se añade que la epidemiología es copia literal de la de Villalba, aunque no le menciona, ó por lo menos no lo confiesa, que muchos juicios y datos pertenecen ora á Barlolocio ó á Wolfio, ora á Luzurriaga y Savigni, ora á Rodríguez y Feijoo, bien al autor de la Medicina escéptica ó á Lagasca; si se recuerda el fruto que debió recoger, estudiando los escritos de los eruditos P. Andrés y Piquer y de las obras extranjeras de historia de la Medicina (1) en lo referente á nuestros eminentes personajes, cuales son las de Freind y Leclerc, tan conocidas, como la *Biblioteca de escritores médicos*, de Mangeti; la *Biblioteca quirúrgica*, de Haller, y la *Historia cronológica de la Medicina*, de Bernier; los trabajos de Mr. Eloy y otros, y que conoció muchas obras por el relato de Villalba, tendremos con los catálogos de bibliotecas públicas, prólogos de algunas obras é historias regionales y locales españolas, el marco donde se contiene toda la historia de la Medicina española de Morejón, de todos

(1) Con ser tan meritorios los trabajos de Chinchilla y Morejón, no debieron, sin embargo, limitarse á ordenar, copiar y elegir los innumerables datos que tuvieron á la vista, y en vez de catálogos bio-bibliográficos, que tal es el carácter saliente de sus obras, debieron haber colocado más crítica y aclarar aquellas listas de escritores mediocres ó perjudiciales á la ciencia, que llenan numerosas páginas, siguiendo el ejemplo del escritor lusitano Manuel de Sá Mattos, en su *Historia de la cirugia portuguesa*, 1788.

cuyos trabajos copió ideas y páginas, ó le sirvieron para rectificar juicios y apreciaciones, y de luces para sus investigaciones. Pero como en escritos históricos las copias no son defectos en absoluto, sino, en ocasiones, necesarias y utilísimas tareas, resulta que en esta misma labor de plagio y coordinación, si es acertada, se encierra gran parte del mérito del autor, y su originalidad estriba en saber encontrar las buenas fuentes, interpretarlas, corregirlas y adicionarlas bajo un plan nuevo. Mas como es el caso que en 1806 un médico militar, hijo de Mirambel, catedrático y agregado á la Biblioteca de San Carlos, pidió permiso para imprimir (1) los dos primeros tomos de su *Historia de la Medicina española*, que no llegó á ver la luz pública; como quiera que Villalba realizó los trabajos de Morejón muchos años antes, escribiendo su voluminosa y erudita historia; como existen grandes puntos de contacto entre los escritos del médico de Alaejos y la primera historia completa de la Medicina hispana de Villalba, no sólo referentes al plan, sino al contenido de las papeletas; en vista de que los manuscritos que restan del autor de la *Epidemiología*, dejan fundamentos suficientes para creer que se trataba de una obra extensa de vasto asunto y amplia crítica, con rasgos generales y particulares que recuerdan á la de Morejón (2), da todo ello lugar

(1) Esta petición, escrita de puño y letra del Dr. Villalba, con otros papeles referentes á esta obra y á su biblioteca, etc., obran en mi poder y pronto trataremos de ellos.

(2) Nosotros dimos á conocer por vez primera estos importantes

á sospechar que el Dr. Morejón pudo tener noticias de la obra de Villalba, y siempre afirmar que no fué el autor de la *Ideología clínica* el primero en escribir la historia completa de la Medicina española (1), cuyos documentos mutilados por el tiempo ó manos intencionadas, aún existen para justificar la laboriosidad y primacía del autor, y probar las conexiones que estos escritos guardan con los de Morejón y Chinchilla. Yo no diré nunca que la obra de Villalba sea la matriz de las dos que la siguieron, porque, por desgracia, no hay bastantes datos para formar este juicio, pero la semejanza que entre las tres existe, y el presentarse en los mismos días dos trabajos semejantes entre sí y parecidos á un primero, del médico aragonés, son datos suficientes á determinar sospechas, que, por otra parte, estoy interesado en desvanecer, sea cualquiera el resultado de mis pesquisas (2).

No puede negarse de ningún modo que Chinchi-

---

manuscritos después de cerca de 80 años perdidos, en las columnas de un periódico profesional de Madrid, en 1884.

(1) Los documentos pertenecientes á D. Joaquín Villalba se encuentran en la B. N., est. T. I.

(2) También en 1821 principiaron á publicarse por cuenta de la real Academia de Ciencias de Lisboa unas *Memorias para á historia da Medicina lusitana*, cuyo autor era el médico castrense José María Soares, caballeiro de la orden de Cristo, etc. En la primera de aquellas memorias que lleva por lema *Altisimus creavit de terram Medicinam, et Virprudens non abhorrebit illam*, palabras de Eclesiastes, trata en poco espacio, cual corresponde á un resumen: 1.° Medicina lusitana antes de los romanos; 2.° Medicina portuguesa durante el dominio de éstos; 3.° Medicina después de la venida de los godos; y 4.° Medicina lusitana en tiempo de los árabes.

lla copió á Morejón; no en una, sino en centenares de páginas de sus corpulentos tomos puede demostrarse; pero también es cierto que siendo muchas ideas y párrafos pertenencia de otros autores más antiguos, y habiéndose publicado la obra de Chinchilla, en parte, antes que la de Morejón, ya no resulta tan lata la rapsodia del Dr. Chinchilla; éste, en cambio, dió noticias de muchos libros importantes, y extractó escritos que no conoció Morejón, el cual, en compensación, diónos á conocer cerca de doscientos escritores españoles más que Chinchilla, apesar de no haber incluído en su obra á los autores del siglo XIX, y esta misma circunstancia me hace suponer que los Anales de D. Anastasio no son tan sólo los manuscritos hurtados á Morejón, que si así fuera ni hubiera aquellas omisiones, ni tendríamos que aplaudir la diligencia del autor en extractar libros, recoger datos biográficos y compulsar otros, todo lo cual supone tareas, gastos, desvelos, ilustración, entusiasmo é iniciativa propios.

En suma, á nuestro humilde parecer, está fuera de duda que el Dr. Morejón aprovechó, copió ó extractó cuantos trabajos importantes sobre biografía y bibliografía médicas pudo haber á mano, tarea laudabilísima, realzada más y más con ideas propias, síntesis de gran mérito y estudio de no pocos libros y personajes poco ó nada conocidos, creando así un monumento de gloria para la Medicina española; y como es tan difícil y extenso este género de estudios que la voluntad y talento de un solo hombre son impotentes para tan gran empresa, en la cual

habrán de contribuir, no una personalidad, sino generaciones de sabios, de aquí que las copias no deberemos considerarlas defectos si son importantes y si se expone su origen.

Morejón, pues, merece la gratitud eterna de los españoles por la realización total de la empresa: la primacía de la idea no le corresponde sin embargo, disputándosela, con buen derecho y en tiempo más cercano, D. Joaquín Villalba; su estilo brillante, su serenidad de juicio, su vasta ilustración, no borran el cuidado con que ocultó muchas veces los manantiales de donde tomara ideas, datos y párrafos de importancia.

En cuanto á los *Anales* de D. Anastasio Chinchilla, es una obra idéntica en el fondo, en el plan y muchas veces en las palabras, á la de Morejón; contiene numerosas y meritorias investigaciones é importantes rectificaciones á los asertos estampados por el Sr. Morejón, y aunque materialmente se publicó antes que aquélla, es menos original, menos erudita, su lenguaje es incorrecto y muchas veces apasionado. Morejón fué la pesadilla constante, el rival, la sombra de Chinchilla, el cual no tuvo bastante discreción para ocultarlo, procurando poner de relieve los defectos literarios del médico de Alaejos, defectos que, en ocasiones, los creó tan solo la malevolencia de su adversario.

D. Anastasio, es indudable, reunió un caudal valioso de conocimientos históricos debidos á su talento y diligencia, utilizó el plan y numerosos datos recopilados por el Sr. Hernández Morejón; pero

esta misma circunstancia y el fundado temor de que se hiciera pública, le hizo redoblar sus esfuerzos obligándole á estudiar nuestra historia, poniéndole en el caso de haber descubierto elementos bibliográficos que tal vez, sin sus desvelos, hubieran permanecido ignorados.

Para un hombre del talento y de la actividad de Chinchilla, basta, para escribir una obra, con la adquisición de un método y elementos más capitales que aviven una afición y encaucen sus aptitudes por determinado camino, y esto, que no es poco, lo debió, sin duda, á su maestro el Dr. Morejón.

Tocante á particularizar las analogías y diferencias, los méritos y defectos de estas dos importantes obras, no es materia de tratarla á modo de inciso; procuraré hacerlo *in extenso* en otra ocasión.

Por hoy, muévenos, con principal impulso, llamar la atención de los médicos hacia puntos poco ó nada conocidos en la historia de la Medicina patria, como antes digimos.



II

PEDRO BAYRO; SUS OBRAS

Pocos, poquísimos son los datos que encontramos en nuestros historiadores referentes al médico y escritor Pedro Bayro: no hemos sido nosotros más felices en nuestras investigaciones biográficas acerca de dicho profesor, por más que hayamos tenido alguna más fortuna en las inquisiciones bibliográficas, como luego veremos.

Pedro Bayro, llamado por alguno (Jourdán) Pedro Barros, nació en nuestra Península; en la portada de sus obras se titula Taurineusis, ó de Turín, sitio donde ejerció la Medicina por largo tiempo, sospechándose que en aquella ciudad estudió primero y enseñó después aquella ciencia. Natural de Fondao, en el reino de Portugal, debió nacer por los años de 1468; una vez en Italia y terminada su carrera, adquirió fama de hombre experto y de acertada práctica, conquistando reputación y nombre, que duró hasta después de su muerte, acaecida á los noventa años de su edad, hacia 1558.

Teodoro Zuingger, filósofo y médico, conocido por su erudición y amor á las ciencias y por las me-

ritorias obras que editó, decía en 1560, que Pedro Bayro, varón de grande ingenio, admirable en la práctica y tan preclaro en la república de las letras, que no sólo entre los árabes, sino entre los más famosos griegos debiera colocarse su nombre, fué médico de Carlos II, Duque de Saboya.

El mismo Zuingger afirma que el médico lusitano merece aplauso porque, como filósofo y médico, intentó reconciliar en la práctica las teorías de los dogmáticos, empíricos y metodistas, antiguas sectas que dividieron la Medicina, sin que antes que Bayro se conociera mayor ni más favorable intento en tal concepto. De la misma suerte, es de aplaudir el tino con que acertó á escribir en su *Veni mecum* los remedios más experimentados en la curación de las enfermedades, el método excelente en la exposición de las dolencias y la diligencia con que se ocupó, no sólo de las enfermedades que atañen al médico, sino de las que interesan á los cirujanos, consideradas en otros tiempos como propias de espíritus incultos ó de hombres poco sabios. Pedro Bayro, según el mismo Teodoro Zuingger, entendió que la Medicina era una sola y como tal debía estudiarse, no como se hizo en otros tiempos anteriores á él, en que por negligencia, bajeza de ánimo ó avaricia fué descuartizada y entregada á varios hombres, que con su impericia lograron oscurecerla.

Tal es el juicio que Bayro mereció á sus contemporáneos, y si se medita la importancia histórica de las tendencias de este escritor ibérico, veremos suficiente motivo para estudiar sus obras, y, con

mayor razón, al considerar que sus escritos pertenecen á los primeros años del siglo XVI, período de profunda transición que tan oscuro se presenta en nuestra historia por falta de datos suficientes que ilustren la marcha progresiva de la ciencia médica en aquel lejano período.

Pedro Bayro, que, según sus palabras, tenía propensión á los dolores articulares, que en alguna ocasión le postraron inmóvil en el lecho, escribió varias obras; hoy se tienen noticias de las siguientes:

Questio nova de Peste.—Turín, 1507.

De medendi humani corporis malis.—Francfort, 1512.

De doloribus morbi gallici.—1512.

Además, el Dr. Morejón, siguiendo á otros bibliógrafos, menciona tres opúsculos·

Lexipiritæ perpetuæ questionis et anexorum solutio.

De nobilitate facultatis medicæ.

Utruum medicina et philosofia sint nobiliores, cuyos tres folletos se imprimieron en un solo volumen en folio en 1512. No los pude adquirir.

Todas las obras de Pedro Bayro alcanzaron varias ediciones, siendo hoy de difícil adquisición y sumamente raras; buena prueba de ello es que nuestro sabio Nicolás Antonio no menciona á este escritor, ni Chinchilla, ni Morejón conocieron sus obras del mismo modo que el erudito Villalba, por cuya razón debo dar un breve extracto de los escritos más importantes de nuestro Bayro, creyendo con esto prestar un servicio á nuestra literatura médica.

En un tomo en octavo, de buen papel y excelente

impresión, bien conservado, publicado en Lugduni, *apud Guglielmum Rovillium, sub scuto veneto,* 1565, se contienen las dos obras más importantes de Pedro Bayro, á saber: el *Veni mecum* y el *Tratado de peste.*

El primero, cuyo título completo es:

Petri / Bayri Tav- / rinensis medici, / De medendi humani corporis / malis Enchiridion, vulgó / Veni Mecum dictum /, comprende 24 libros y un apéndice. Este tratado, escrito en latín familiar de aquel tiempo, se resiente de falta de corrección, lo cual no había de constituir gran defecto en aquella época, antes al contrario, que la masa de sus lectores debía de pertenecer al vulgo que, según Zuingger, entendía mejor los escritos en latín bárbaro de Savonarola, que en el cultísimo de Cicerón. El autor es prolijo en el tratamiento de las enfermedades, objeto primordial de este libro, y sus ideas están basadas en las de Dioscórides Anazarbeo, Galeno, Rasis, Avenzoar, Avicena, Habas, Hipócrates y en las de otros escritores de menos crédito de la Edad Media.

En la pequeña introducción al *Metodus medendi,* dice Bayro que viendo lo difícil y laborioso que era para los médicos que practicaban en villas y ciudades adquirir y consultar libros útiles, en los conflictos de su profesión, parecióle conveniente presentar en un compendio, aquellos conocimientos más útiles, con los remedios sancionados por la experiencia y por la dilatada práctica del autor, y esta es, en pocas palabras, la idea que impulsó á Pedro Bayro á escribir su *Veni mecum.*

En el primer libro dedicado al tratamiento de las enfermedades del cuero cabelludo, que comprende 12 capítulos, se hace mención de la alopecia sifilítica, se trascriben multitud de recetas para prevenir la caída del cabello y teñirlo, que traen á la memoria los remedios que hoy andan en boca de perfumistas, mujeres y peluqueros. Para conocer la índole de la alopecia, aconseja el autor frotar el cuero con un trapo áspero; si la piel se colora pronto, la calvicie es de fácil curación. El género de coloración marcaba el humor á que obedecía la enfermedad; cuando la calvicie era por causa interna se la trataba tópicamente con pez, euforbio y azufre, ó sinapismos y eléboro, acompañados estos medios de los purgantes. Las pezuñas de cabra quemadas y disueltas en un ácido, curan la alopecia pituosa, dice terminantemente el autor. En este primer libro, mejor que en otro cualquiera de los que comprende el tratado, puede verse comprobada aquella verdad de que los ridículos conocimientos médicos del vulgo, pertenecieron á los más famosos doctores, en pasados días.

Veintitres capítulos forman el libro segundo en que se tratan las enfermedades internas de la cabeza, en ellos pueden estudiarse algunas ideas curiosas acerca del tratamiento y naturaleza de estas afecciones.

En el libro tercero estúdianse las enfermedades de los ojos en 26 capítulos; en la breve disertación que hay al principio, se trata de la higiene de la visión, y dice el autor: «El que desee vigilar la salud de sus ojos, evite los cambios de temperatura y de

aire, el fuego, el humo, el viento, los excesos en la Venus, el excesivo trabajo, el llanto superfluo, la embriaguez, el sueño durante el día, las comidas abundantes y las prolongadas vigilias. Asimismo debe abstenerse de comer salsas picantes, ajos puerros y sustancias indigestas.

Nótase en éste como en otros tratados del libro que nos ocupa, que el portugués Bayro, hizo verdaderos esfuerzos por dar mayor importancia y extensión á la terapéutica con detrimento de otros asuntos, que sin duda á principios del siglo XVI, las recetas constituían el principal y más gustoso rebusco de los médicos. En las enfermedades oculares, por ejemplo, aconseja el uso de las sangrías, del mercurio, del plomo, comprende la influencia morbosa del reumatismo y la sífilis, y sin embargo, trata estos asuntos muy de pasada, siendo de lamentar la brevedad de ciertas indicaciones que delatan, no obstante, la pericia relativa del autor; la cirugía ocular está casi olvidada en estas páginas, dando toda preeminencia á la farmacología.

Escaso interés reporta la lectura de los libros en que se estudian las enfermedades de la nariz, oídos, boca, garganta, pecho y cara, los ridículos enjuagues, los emplastos, los remedios para hacer caer los dientes ó para facilitar su erupción, huelen á charlatanismo, recuerdan los libros de los médicos monjes y de los groseros empíricos, que tenían al enfermo como consciente esquinazo en donde ensayaban el valor de sus amuletos, prácticas místicas y donde pegaban toda clase de sopas, emplastos y

cataplasmas de abigarrada ó asquerosa compostura, cuando no sangraban y purgaban con verdadero delirio, absortos ante el franco y seguro obrar de estos agentes terapéuticos.

Despues de tratar Pedro Bayro, de la curación de las enfermedades del estómago, intestino, bazo, hígado y órganos génito-urinarios masculinos, en otros tantos libros y sin discrepar de lo que nos dieron á conocer Gordonio, los árabes y primcros humanistas, tomándolo de los griegos compiladores, se ocupa en el libro XV de las enfermedades de las mujcres con alguna detcnción, dedicando á este importante asunto 27 capítulos, que distan de ofrecernos el interés y el mérito de estudios análogos, aunque más modernos, de nuestros inolvidables autores Mercado, Castro, Fontecha y otros.

El procedimiento para conocer si la mujer está embarazada, adivinar el sexo del feto, ó para facilitar el parto y la expulsión de las secundinas, está basado cn cuanto dijeron Hipócrates, Galeno y los islamitas. Para saber cuál de los cónyuges es estéril, aconseja Bayro tomar dos vasos iguales, pero marcados cada uno con un distintivo; en estos recipientes se depositaba una cantidad de cebada; luego, en cada una de las vasijas se recogían las orinas del hombrc ó de la mujer; la ccbada que no germinaba en talcs condiciones al cabo de unos días, delataba á la persona estéril...

Las ranas, escorpioncs, lagartijas, los escrementos de diversos animalcs, entraban en no pequeña parte, en la terapéutica de Bayro. Y entiéndase

que no mencionamos estos detalles por el afán de ridiculizar la antigua ciencia y las ideas de nuestro esclarecido Bayro; esto sería injusto y acusaría insigne ligereza. Todas las ciencias pasaron por períodos de infancia y de decadencia; los espíritus mas grandes de la Medicina cayeron en defectos lastimosos que se convierten en ricos manantiales de enseñanza para los que les suceden. ¡Cuántas ideas que hoy conquistan la imaginación de los contemporáneos, por su aparente magnificencia y visos de certidumbre, serán travesuras y disparates para las futuras generaciones!

El tratamiento de las mordeduras de animales venenosos se tratan en el libro XVII; en el siguiente se ocupa el autor de las enfermedades de las articulaciones y de los músculos, aconsejando en la página 518 el cocimiento de guayaco y el mercurio en píldoras contra el *morbo gállico*, y dice que este último remedio fué importado á Italia desde Turquía, por los años de 1537, asegurando que los islamitas conocieron antes que los cristianos el uso de la *plata viva*, y aquí se me ocurren algunas palabras referentes á la fecha arriba expuesta. Diciendo Pedro Bayro que en 1537 se introdujo en Italia el uso de aquellas píldoras, es evidente que el libro que nos ocupa se escribió después de aquella fecha y, por tanto, que no existe edición anterior completa, como supuso algún bibliófilo; de consiguiente la obra de Leonardo de Lege, de la que luego hablaremos, pudo ser el molde de la de Pedro Bayro; tocante á la introducción del mercurio en la

terapéutica, mis lectores, demasiado instruídos, saben que en España, muchos años antes de 1537, se usaba este medicamento, y es de extrañar el defecto de erudición en que incurrió Bayro en asunto tan importante y conocido.

El libro, dedicado á las fiebres, ofrece poco importante: en el libro vigésimo se trata de los apostemas y heridas; el autor se ocupa de la curación del escirro y del cáncer, así como de los bubones pestilenciales; la cura de estos últimos estriba en la aplicación de ventosas, emisiones sanguíneas locales, etc.

Al tratar de las heridas, aconseja, entre muchos y raros hemostáticos, la presión digital sobre el vaso que da sangre, y preconiza también multitud de remedios como la tela de araña, el excremento de asno, las cenizas de rana y otros *ejusdem farinæ*. El modo de extraer los cuerpos extraños del fondo de las heridas es tan peregrino como ridículo. En la página 572 se ocupa Pedro Bayro, con brevedad, en exponer algunos pronósticos empíricos inspirados en los escritos de Alberto Magno, que tanto sirvieron, siglos después, para las ideas curiosas del valenciano Cortés, conocido, sin duda, de mis lectores. Veamos alguno de estos célebres pronósticos.

Teniendo el médico en la mano un ramito de verbena, pregunte al enfermo cómo se encuentra; si contesta que bien, se salvará; si dijere que mal, perecerá. Póngase artemisa sobre la cabeza del paciente; si éste duerme, se salva; si no, perece. El comportamiento de una calandria colocada en el

pecho de un enfermo es también elemento valioso para formar este género de vaticinios de la infantil Medicina de la Edad Media, que aún duraba á principios del siglo de oro, y este detalle hace más meritorio el progreso rápido de la ciencia en dicha centuria.

El libro en que se trata de las dislocaciones y fracturas, es el menos fantástico, y, aunque conciso, compréndese su gran utilidad en aquel tiempo.

Después de hablar de las úlceras, de las enfermedades de la piel y de las extremidades, ocúpase el autor de la *higiene del caminante y del navegante*, cuyas ideas, por más que se desarrollan con imperfección, son plausibles; finalmente y como término de su *Veni mecum*, Pedro Bayro escribe unos corolarios médicos en los que trata de las propiedades del vino y del agua y de la utilidad de la tisana de cebada, como sustancias preservativas y curativas de ciertas enfermedades.

Tal es, en resumen, el principal contenido del libro de nuestro Pedro Bayro, que viene á ser una especie de formulario con indicaciones sobre patología é higiene, poco seductor en estos días, pero muy adecuado para formarnos una idea del estado verdadero de la Medicina á últimos del siglo XV y principios del XVI y de la tenacidad con que persistían las ideas de los árabes españoles en los conocimientos médicos de entonces.

Antes de ocuparnos del libro de peste, de Pedro Bayro, digamos algo de otro no menos peregrino y desconocido que los del escritor lusitano; nos refe-

rimos al de Leonardo de Lege, que guarda muchos puntos de contacto con el *Veni mecum* que acabamos de estudiar.

La influencia avasalladora de Galeno y la de los médicos árabes en el siglo XV y siguiente, inspiró multitud de obras y folletos, en su mayoría imitaciones de aquellos médicos de la antigüedad, y cuyo mérito principal es el trabajo de recolección que suponen y el orden en que se presentan los asuntos. De esta índole es el libro que vamos á examinar y que, ora sirviera de pauta al de Pedro Bayro, ora fuera contemporáneo á éste, es menos independiente que el del médico lusitano, pero de superlativo mérito bibliográfico, toda vez que es acaso el primero de los diccionarios completos de materia médica que se imprimieron (1).

(1) En el último tercio del siglo XVI floreció en Italia un sabio médico natural de Mesina, catedrático, profesor de gran nota y cuyo nombre llegó hasta nosotros merced á una obra que escribió y que alcanzó gran copia de ediciones. Este libro, del cual tenemos un ejemplar á la vista, titúlase *Lexicón medicum greco-latinum*; su autor, Bartolomé Castelli. Dicho *Lexicón* es, acaso, el primer diccionario completo de Medicina que se escribió; consta de dos abultados tomos, en los que se tratan las materias por orden alfabético; el texto es latino y ofrece, apesar de sus defectos, copiosos datos y las principales ideas médicas de aquellos días.

Contemporáneo y paisano del autor del *Lexicón* era Pedro Castelli, médico sapientísimo, también natural de Mesina, autor de obras numerosas y celebradas, y que murió en 1657.

El libro de que hablamos data del año 1519; está escrito en latín, impreso con caracteres góticos y cuajado de abreviaturas que hacen su lectura tan fatigosa, que en ocasiones se parece á una difícil interpretación. En 4.° y en folio.

El permiso y privilegio de impresión y venta, dado por Francisco I, Rey de Francia, está en términos laudatorios para el autor *Leonardus Legius.*

Por el Rey y su Consejo, firma Franciscus Castillionus y R. Panigarolla. El título completo de este libro, es como sigue:

LEONARDI LEGII. COMPLURIUM
EX ANTIQUIS MEDICIS MEDI/
CINARUM AD VARIAS EGRI
TUDINES COMPENDIA/
RIA SUMA PERUTILIS
AD ORDINEM AL
PHABETI RE/
DACTA.
✠
CUM GRATIA: ET PRIVILEGIO
REGIO.

En la parte superior de la portada hay un cuadrito ó estampa de Santa Catalina, toscamente grabada.

Está dedicado á Rocho Curtio y Francisco de Sachetis, senadores.

El libro en cuestión contiene tres tratados diferentes; el primero se titula: *Perutilis nomia suma medici-*

narum. Es una lista alfabética de estados morbosos con indicación de sus medicamentos más adecuados, todo ello de fatigosa concisión y numerosas repeticiones. Comparando las sustancias que aconseja en cada enfermedad Leonardo de Lege, se ve que son en su mayoría, las preconizadas por Pedro Bayro, si bien este último se detiene más en consideraciones nosológicas y farmacológicas; el primero acaso sea más fecundo en la cantidad de remedios que indica para cada lesión; éstos se exponen sin orden alguno, sin plan determinado, pero citando el autor que le recomienda y la obra y el capítulo en que de él se habla; nótase que la inmensa mayoría de medicamentos tienen cabida en las más distintas lesiones, y es que la terapéutica de entonces era empírica en primer término y los atributos sustanciales de los medicamentos, convencionales. Con ser la terapéutica de Pedro Bayro tan incompleta, es más útil, más ordenada y sobre todo, alcanza medicaciones más nuevas que Lege; ejemplo: los dolores articulares, el morbo gállico, la alopecia, la *passio colérica*, las enfermedades del riñón y vejiga, etc.

Veinte y tres folios comprende esta primera lista alfabética de afecciones, con sus remedios, que constituye la primera parte de la primera monografía de Legius.

A continuación principia otra lista alfabética de las sustancias medicamentosas antes citadas, exponiendo la preparación farmacéutica de que forman parte; comprende cinco folios. Finalmente, en la tercera lista se hallan colocados los medicamentos

según su complexión: primero, los simples de complexión cálida; segundo, los refrigerantes; tercero, los simples de naturaleza húmeda, y cuarto, los de complexión seca, con lo cual da fin el primero de los tres libros que forman este raro volumen del maestro Leonardo.

En el folio XXXI da principio el libro de Galeno, titulado: *De facili aquisibilibus*, en que, de una manera excesivamente breve, se dan á conocer los remedios de las enfermedades más comunes, principiando por la cabeza, y, finalmente, el último libro es *el de los secretos*, también de Galeno.

Poco interés contienen estos dos últimos tratados si no es para conocer que fueron manantial de escritos sobre materia médica durante la Edad Media y gran parte de la moderna.

El volumen de Leonardo de Lege, de cuya vida tenemos muy pocas noticias, es, en resumen, un compendio de Terapéutica y Materia médica de aquel tiempo, adecuado para estudiantes, memento para profesores y, bajo este punto de vista, utilísimo en aquellos días.

El Dr. D. Joaquín Villalba en 1802, en la página 131 del tomo primero de su *Epidemiología española*, y el Dr. Chinchilla treinta y nueve años después, nos dan noticia del *Tratado de la peste,*

del portugués Pedro Bayro, libro de gran valor bibliográfico y de suma rareza desde tiempo antiguo, toda vez que el diligente Nicolás Antonio, como el erudito Morejón, no le conocieron y hasta creo que Chinchilla y Villalba tampoco tuvieron ocasión de leerlo, á juzgar por la breve é incompleta noticia que de él nos dieron, equivocando el título de este librito, como si sus referencias fueran de segunda mano.

Sea de esto lo que fuere y puesto que nadie hasta hoy nos dió el más ligero extracto, ofrecemos algunas noticias de este género de monografía, escrita en 1507 é impresa por vez primera en dicho año.

El título completo de la obrita, es como sigue:

«Petri de Bay/ro Medici Tauri/nensis theoricæ le-/ctoris ordinarii, in Aca-/demia Taurinensi, quœstio noua de Pe-/ste, cum cura ejusdem per utrumque/ regimen, prœseruatiuum scili-/cet et curatiuum, Anno/ 1507. Taurini/ edita.»

Tiene 188 páginas; principia el capítulo primero: «¿Utrum sit conveniens, exhibere bolum armenicum in febre pestilentiali?» Termina el libro con estas palabras: «Omnium sit laus conditore óptimo.»

En las primeras páginas trata el autor de responder á la pregunta arriba copiada; luego, invocado el auxilio divino, estudia la peste y la pestilencia, la epidemia, endemia y la fiebre pestilencial, exponiendo sus mutuas analogías y diferencias, expresando á continuación las causas diversas de la pes-

tilencia (peste bubónica especialmente); no poco espacio consagra el médico portugués á probar la utilidad del bolo armenio como uno de los asuntos principales del libro; tal cuestión la trata en forma de polémica y usando silogismos con la constancia y el rigor del más furibundo ergotista; en esta parte notamos que rectifica ó explica á su modo los dichos de las autoridades médicas, semi-indiscutibles en tiempo de Bayro.

Discurre el autor acerca del régimen preservativo y curativo de la peste, de los carbunclos, bubones, sarampión y viruela.

Nótase en el libro á que aludimos que las opiniones de Avenzoar, Avicena, Ali-Habas, Galeno, Rasis y Mesué son, como en el *Veni mecum*, las preferidas por el autor.

En la imposibilidad de traducir literalmente todo el tratado, labor poco útil al médico práctico de nuestros días, apuntaremos algunas de las ideas más salientes y curiosas.

Ya dijimos que la mayor parte del libro está consagrada á discutir la utilidad del bolo arménico en la peste, teniendo por tal circunstancia este tratado bastantes resabios de escrito polémico, de que tan abundante cosecha nos muestra la historia de la bibliografía médica.

En la página 732, ó sea 91 del *Tratado de la Peste*, (recuérdese que en el volumen donde se encuentran las obras de Bayro, la numeración de las páginas es continua, apesar de la diversidad de asuntos que en ellas se trata), al combatir el autor lusitano el afo

rismo *sanitas et ægritudo sunt contraria*, dice que «la salud y la enfermedad pueden considerarse como contrarios inmediatos ó mediatos, según como se entiendan aquellos estados; si notamos, añade, que la salud es la igualdad, el equilibrio, el orden, y la enfermedad equivale al desequilibrio, se verá que son ambos estados contrarios inmediatos entre sí, toda vez que, entre el orden y el trastorno, no cabe término medio, y así lo comprendieron los filósofos; mas si la salud se concibe, continúa Bayro, como disposición excelente, en virtud de la cual las funciones se realizan con normalidad, y se entiende por enfermedad una disposición preternatural, por la que el funcionalismo orgánico está alterado con daño sensible ó apreciable, es evidente que entre los dos estados, ya cabe un estado medio, que es la lesión, el daño *insensible*, como intermediario entre la integridad funcional y su alteración *apreciable.*» Esta noción, cuyos fundamentos arrancan de la antigüedad, es importante y aún no ha claudicado entre nosotros.

Mis lectores habrán sorprendido la fraternidad entre los conceptos expuestos por Pedro Bayro y las ideas que, como nuevas, publicó un conocido escritor contemporáneo, de allende los Pirineos.

Al ocuparse nuestro compatriota Bayro del régimen preservativo y curativo de la peste, aconseja vigilar la atmósfera, el agua, los alimentos, el sueño, el ejercicio, el estado de ánimo del individuo, etc., con buen sentido, y dando algunas reglas juiciosas tocante á la higiene.

Después de recordar el clásico consejo *cito, longé et tardè,* respecto á toda epidemia, indica la conveniencia de no ir de punto sano á otro infecto; de la misma suerte recomienda no tocar ropas de lino y lana procedentes de puntos epidemiados, elegir habitaciones en sitios elevados y saludables, con ventanas al septentrión, debiendo ventilar la casa abriendo las ventanas para que entre el aire Norte, que con ser el más fresco y puro, resiste más el contagio; asimismo recomienda fumigar el ambiente doméstico, quemando sustancias olorosas (1) ó esparciendo violetas, rosas, nenúfar, etc.; las personas deberán llevar un pomo odorífero en tiempo de peste; si ésta acomete en invierno, como en tal estación puede ser peligroso inundar de vez en cuando las habitaciones con el aire frío, y puesto que el viento del meridión es el menos favorable en días de contagio, convendrá encender lumbre, que el fuego purifica toda atmósfera infecta, según enseñó Hipócrates á los atenienses, por cuyo consejo viéronse éstos libres de asoladora epidemia, encendiendo hogueras dentro y fuera de la ciudad.

Finalmente, Pedro Bayro describe con brevedad y exactitud los pródromos de la viruela y del sarampión, indicando en muchas ocasiones sus cualidades de médico observador; como los antiguos, es-

(1) Esta práctica, tan en boga desde los escritos del español Abdel-Malek-Ben-Zahr, es la madre empírica de los desinfectantes de hoy, algunos de estos menos eficaces que los asquerosos ingredientes de antaño.

pecialmente los árabes, cayó en el defecto de considerar á los síntomas como fenómenos aislados, aconsejando remedios especiales para cada uno de ellos.



III

LUIS DE LEMUS

La justa fama de Luis de Lemus y lo peregrino y excesivamente raro de sus escritos, oblíganme á tratar del sabio médico y de sus codiciados libros, ya que la suerte y mi diligencia me pusieron en posesión de los últimos.

Es común costumbre de los comentaristas, traductores y expositores de libros, ensalzar con frase ampulosa los escritos y los hechos del autor ó autores de su predilección, suponiendo que con esta ficticia ó exagerada aureola, crece la importancia del traductor, que supone de buena fe que los aplausos que él tributa al autor preferido, han de reflejarse en sí propio. Convencidos nosotros de la fatal trascendencia histórica de tan infantil proceder, procuramos apartarnos de este camino, desviándonos también de la opinión de aquellos contemporáneos que reciben con desdén cuanto á lo pasado se refiere. A bien que el primer defecto que señalamos, apenas si tiene cabida tratándose de Luis de Lemus, varón instruído, de gran acierto en la práctica, erudito, de correcta y metódica exposición, que

perteneció, por su talento y actividad, al número de los fecundos y bienhechores humanistas del siglo de oro que, no contentos con resucitar la Medicina tradicional, purgándola de errores, la enriquecieron con valiosas ideas y meritorios y originales trabajos.

El judío lisbonense, el sabio Isac Cardoso, de cuyos principales escritos y hechos nos ocuparemos en ocasión oportuna por ser poco conocidos, nos dice que Luis de Lemus nació en Fronteira (Portugal).

Parece cosa cierta que nuestro médico estudió Filosofía y Medicina en la Universidad de Salamanca, de cuyo claustro fué, con el tiempo, catedrático de Filosofía y de Medicina; estuvo de titular en Llerena; fué médico de D. Pedro Portocarrero, acabando sus días como médico de cámara del Rey de Portugal (1). Tales son las noticias que, con visos de

(1) El último día de enero de 1581 fallecía, á la misma hora y en el mismo cuarto que nació, el Cardenal D. Enrique, último Rey de Portugal, en el siglo XVI, y que sucedió á D. Sebastián, muerto en la célebre batalla de Arcazarquibir en 1578.

Si, como se dice, Luis de Lemus murió ejerciendo el cargo de médico de cámara en Portugal, es evidente que, sin poder citar el Monarca á quien sirvió, debió fallecer el ilustre médico lusitano antes de 1581, si son ciertas las fechas que señalan á sus dos primeros escritos, y por tanto, las ediciones que se citan de sus obras posteriores á esta fecha no deben ser las primeras, á no ser que las dejara manuscritas á su muerte lo que no es probable. No creemos que Lemus fuera médico de cámara en el efímero y tumultuario reinado de D. Antonio, elegido por algunos durante la conquista de Portugal por las tropas de Felipe II.

Por otra parte, sabemos que Luis de Lemus escribió la biografía del

verdad, podemos presentar, ciertamente bien escasas, tratándose de uno de los médicos más celebrados y maestro y filósofo eminente.

Escribió Luis de Lemus:

1.º «Paradoxorum, seu de erratis dialecticorum libri duo. Salamanca 1558.»

2.º «In librum Aristoteles interpretatione. Salamanca 1558.»

3.º «Comentarios al Metodus medendi de Galeno, 1581.»

4.º «Commentaria in Galenum de facultatibus naturalibus, 1580.»

5.º «Phisicæ de re medica diputaciones, 1581.»

6.º Dejó manuscritos unos comentarios: «In librus posteriorum analiticorum Aristoteles.»

7.º «Juditium operum magni Hipocratis, 1584.»

8.º «De optima prædicendi ratione, libri sex, 1585.»

---

ilustre renegado portugués Zacuto, fallecido en 1641, y como en esta fecha principia otra vez la Independencia de Portugal con sus propios Reyes, es casi seguro que Lemus viviera en ésta, y si murió siendo médico de cámara, lo fuera del Rey D. Juan.

Suponiendo ser verdaderas todas las fechas y datos que nos suministran los biógrafos, concediendo la edad de veinte años, cuando menos, á Luis de Lemus cuando escribió sus primeras obras en 1558, resulta que debió nacer en 1538, alcanzando, por tanto, la edad de ciento y tres años á la muerte de su biografiado Zacuto, y algunos más si verdaderamente murió Lemus al servicio del Rey de Portugal.

En suma, la biografía de este autor portugués está de lo más enmarañada, y yo supongo que la fecha que se atribuye á sus primeras obras no es exacta, debiendo nacer el médico de Fronteira por los años de 1550 para que se compaginen bien algunos hechos de su vida.

El título de sus obras adelanta la idea de la ilustración y variados conocimientos del Dr. Lemos ó Lemus.

Expondremos rápidamente el contenido de los libros pertinentes á nuestra ciencia, deteniéndonos en los dos últimos, por los que daremos principio en esta especie de estudio relámpago.

La legitimidad de las obras de Hipócrates viene siendo, aun en los tiempos modernos, cuestión difícil é interesante, para cuya resolución requiérense vastos conocimientos, suma paciencia y sutil penetración para separar las escritcs apócrifos de los verdaderos, debidos al ilustre anciano de Cos. Nuestro Luis de Lemus acometió y llevó á feliz término tan laudable empresa, en un libro sumamente curioso y de extremada rareza, titulado:

«Juditium / Operum Magni / Hippocratis, / Ludovico Lemosio / Auctore. / Salamantiæ 1584.»

Este libro, en 4.° y en folio, contiene 50 páginas, sin contar el índice; principia: «Quinquaginta fere sunt volumina, quœ nomine Hippocratis circunferunt... etc.,» y termina el texto: «...breuem hanc submonitionem prosecutum fuisse.»

La rareza de esta obra, no sólo en estos, sino en pasados días, se desprende claramente de las palabras del historiador Sprengel, que aseguraba que tal obra era tan rara, que ninguno de los literatos célebres tuvo ocasión de verla; y lo mismo confiesa Grugner; de nuestros historiadores, ni Villalba, ni G. Samano, ni Hernández Morejón la conocieron, ó cuando menos, nada dicen que indique haberla leído.

El erudito D. Andrés Piquer asegura que Luis de Lemus, médico de Llerena, hombre de los más doctos de su época, fué el primero en examinar la legitimidad de las obras hipocráticas, y por consiguiente, antes que Mercurial, siendo de advertir, que los modernos que trataron del mismo asunto toman lo principal de sus escritos, del médico lusitano y del citado Mercurial.

El mismo Luis de Lemus dice en el primer capítulo, que, aunque Galeno se propuso tratar esta cuestión, poniendo en claro tan importante asunto, sea porque este famoso médico no pudo, ó porque le cogió la muerte, ello es que no realizó el propósito, y nada hay escrito del particular. (*Verum cum is liber* (Galeni), *vel quia non composuit, vel quia periit, non extet, etc.*)»

Puesto que tenemos á la vista un curioso ejemplar del «Juicio de las obras del gran Hipócrates,» del médico portugués, daremos algunos detalles, completando lo dicho por el autor de los «Anales:»

Capítulo I. «Cuantum sit necesse libros veterum incorruptus habere.» En él se expone la antigüedad del pensamiento de descubrir las obras que verdaderamente pertenecieron á Hipócrates. Se proclama la observación y la experiencia, como únicos factores del progreso médico, y la conveniencia de estudiar los libros antiguos. El lenguaje y la alteza de pensamientos, son, según el autor, datos para averiguar la legitimidad de los libros; cuenta Lemus la tan conocida historia del comercio y falsificación de obras en tiempo de los Ptolomeos y de Atalo, que

pagaban con esplendidez los libros y traducciones, incitando lacodicia de los hombres.

Cap. II. «De more veterum scribendi in tabulis, et de origine artis impresoriæ.» Apoyándose en los escritos de Hipócrates, Galeno, Homero, Virgilio, Marcial y algún otro, indica Lemus la costumbre de escribir los antiguos sobre cortezas de árbol, hojas, pieles, pergamino y tablas, contribuyendo todo ello, y no poco, á la depravación de los genuinos textos. Dice que desde la invención de la imprenta, *á Joanne Gutembergio* en 1440, se corrigió grandemente aquel defecto.

Cap. III. «De magno Hippocrate, patre, et avo, filiis et nepotibus.» Resucitando la célebre epístola que Petus escribió al Rey Artaxerges, nos da á conocer el origen de Hipócrates, habla de sus ascendientes y descendientes, así como también del gran concepto que de Hipócrates tuvieron en aquellos remotos tiempos, y las alabanzas que le prodigaron por sus conocimientos en Medicina, y sus humanitarios servicios en tiempo de epidemia (1).

Cap. IV. «De causis corruptorum operum magni Hippocratis.» Muchas son las causas, dice, que influyeron en el oscurecimiento y adulteración de las obras del padre de la Medicina, no siendo la menor el que los hijos de este grande hombre, sus parientes, otros médicos homónimos, no solo escri-

(1) Sería conveniente que algunos compañeros que niegan, con tanta frescura como falta de datos serios, la existencia de Hipócrates, leyeran este capítulo.

bieron con aquella firma, sino que intercalaron sus teorías en las de Hipócrates, alteraron el texto de sus libros y modificaron sus ideas y estilo. Estas circunstancias, con los destrozos del tiempo, la torpeza de los copistas, y el incentivo del lucro, explican las contradicciones, estilo heterogéneo y la confusión de la colección hipocrática.

Cap. V. «De libris editis à magno Hippocrate.» En este capítulo trata Lemus de los libros que verdaderamente pertenecen al sabio de Cos. Apoyándose el médico lusitano en sus propios conocimientos y en ideas del médico de Pérgamo, dice que de los siete libros de *morbis vulgaribus*, sólo le pertenecen totalmente á Hipócrates, el primero y el tercero, «solos vero ex septem iis libris primum et tertium magnis esse Hippocratis;» opina también que le pertenecieron el segundo, el cuarto y el sexto en parte. Son también de tal autor los aforismos, según el sentir de Rufo, Sorano, Galeno, Donnus, Attalio y otros. Como trata de estos asuntos Lemus con algún detenimiento, acierto y sagacidad, tiene espacio para decirnos que aforismo vale tanto, casi, como sentencia selecta (folio XV vuelto), señalando las opiniones y los escritos que fundadamente deben atribuirse al sabio de Cos, opinión de muchos y muy autorizados maestros.

Este capítulo, que comprende ocho páginas dobles nutridas de erudición, es acaso el más importante de este curioso tratado é indica á las claras el detenido estudio que el médico de Fronteira hizo, no sólo de los libros de Hipócrates, sino de las

obras de los compiladores, traductores y comentaristas que precedieron á Luis de Lemus.

Cap. VI. «De libris Polybi passim nomine Hipocratis, citatis.» En este capítulo dice Lemus que, además de Dracon y Tesalo, hijos de Hipócrates el grande, tuvo éste una hija con la que casó Polybo, discípulo y sucesor en el magisterio del sabio anciano. Al yerno de Hipócrates pertenece el libro segundo *De natura humana,* según pensaron Galeno y algunos otros; también le corresponden el libro que trata *De salubri diœta* y el *De ossium natura.*

Cap. VII. «De libris, qui Hippocrati Draconis filio, tribuntur.»

Siguiendo la opinión del médico de Pérgamo, atribuye á Dracón, hijo de Hipócrates, el libro quinto de las epidemias y el de *morbo sacro.*

Fundándose en la creencia de Dioscórides, Galeno, Stobeo y en sus propias deducciones, afirma Lemus que el *librum de morbis,* el de *genitura* y el de los *medicamentos purgantes,* pertenecen á Tesalo.

Que el *juicio de las prenociones coacas* y el *libro de los prorréticos* están escritos por los hijos de Hipócrates, siguiendo la opinión de Galeno, es el contenido del capítulo IX.

En los capítulos X y XI, últimos de este libro, se ocupa Luis de Lemus en probar que ninguno de los tratados que se atribuyen al gran Hipócrates le pertenecen, á excepción de los citados en el capítulo V. No son, pues, del anciano de Cos el libro *De Dieta*, el de las glándulas, el *De Carnibus,* el *De Veteri-medicina,* el *De Flatibus, De Medico, De decenti*

ornatu, De preceptionibus, De corporum resectione, De corde, De exectione fœtus, De virginum morbi, De dentitione, De insomniis, De natura muliebri, De fistulis, De hemorroidibus, De visu, De Sterilibus, etc. (1), que se atribuyeron al padre de la Medicina. No podemos entrar en disquisiciones impropias de este lugar, para averiguar la exactitud de las afirmaciones de Luis de Lemus; nuestro único objeto es llamar la atención hacia escritos antiguos y meritorios; la ilustración de nuestros lectores sorprenderá al punto las analogías y diferencias entre las opiniones de Lemus y las de Mercurial, Foés, Grunner, Sprengel y los modernos de Litré, acerca de la legitimidad de las obras hipocráticas.

Termina el libro del médico lusitano, con palabras que revelan su buen criterio y su independencia científica, condiciones no muy frecuentes en la época del autor. Dice éste, que no por ser apócrifos algunos libros de los citados, deben desdeñarse, que muchos de ellos por sus sentencias y consejos provechosos, demuestran pertenecer á varones sabios y prudentes. Las autoridades en medicina no deben tomarse en cuenta como única norma de nuestros juicios, que los remedios en último caso, son los que sanan, no los autores; la verdad en donde quiera esté, sea cualquiera el punto de donde viniere, de-

(1) El lector recordará que el libro del *Juramento*, atribuído al anciano de Cos, es considerado como apócrifo toda vez que allí se habla de la litotricia, y parece averiguado que Amonio, muy posterior á Hipócrates, fué el primero que practicó aquel proceder quirúrgico

bemos aceptarla y anteponerla á todas las cosas.

Tal es, en reducido espacio, el conjunto de ideas más salientes que hemos hallado en el «Juicio de las obras de Hipócrates» que escribió el catedrático de Salamanca, libro que, aparte de su mérito bibliográfico é histórico, de su estilo agradable y no vulgar erudición, patentiza que los españoles anduvieron diligentes en estudiar y acrisolar la antigua medicina, paso fundamental y necesario en aquellos días, para ingresar definitivamente en el progreso de nuestra ciencia.

De optimè prædicendi ratione; Ludovico Lemosio auctore.

Tal es el título de la obra médica más importante del catedrático salmanticense.

Y en verdad que me encuentro cohibido al principiar el examen de este libro interesante, que siendo todo él digno de meditado estudio, conteniendo numerosas y trascendentales ideas, y mereciendo una traducción completa, más bien que una noticia bibliográfica, no encuentro el modo de satisfacer por igual el mérito de este tratado, y el deseo de los amantes de nuestra literatura médica, en los reducidos límites de estos modestos articulitos.

El ejemplar que poseo es una edición de 1592, impreso en Venecia, á expensas de Roberto Meieto, el cual la dedicó al médico y filósofo Eustaquio Rudio.

Al principio de esta edición se lee una composición poética de Francisco Sánchez, el Brocense, en extremo honrosa para Luis de Lemus, á quien apellida Machaon, por su grande ingenio. El ejemplar que poseo, en 4.º y en folio, comprende, sólo el texto más de 500 páginas, y está dividido en seis libros.

Principia el libro primero: «Subiectum huius operis, homo est: finis, sanitas: ratio formalis curatio; modus curationis, prœcognitio morbi, quam prognosticon Greci vocant.» Termina el tratado con estas palabras: «... et permutent in melius.»

Muchos y sólidos conocimientos, recto criterio, alteza de miras, valentía en la exposición de sus ideas, independencia científica, erudición vasta y de buen género, exposición metódica y aceptable estilo, son las condiciones que el lector sorprende en la obra de Lemus, que no deja de tener lunares como toda obra humana, no sólo los consiguientes al gusto de la época en que se escribió, sino otros propios del autor, defectos que se aminoran notablemente ante los acertados juicios y originales descripciones que en el libro se hallan; yo aconsejo á mis lectores procuren leer estos escritos, con la seguridad de que tendrán por bien empleado el tiempo que en tal labor invirtieran.

En el arte del pronóstico, que tal puede considerarse el tratado que nos ocupa, quiso Lemus, con buen acierto, apoyarse en la experiencia de los más reputados escritores de la antigüedad, al mismo tiempo que en su larga y provechosa práctica. En el Libro primero (para mayor brevedad, sólo traduci-

remos el título de los capítulos) trata Lemus de la importancia del pronóstico en Medicina; de los elementos pronósticos que presta el conocimiento del enfermo y de la enfermedad; de la necesidad de estudiar las obras del gran Hipócrates, sin rival en el arte del pronóstico; de lo conveniente que es al médico conocer el modo de comportarse la naturaleza, que ella es la que cura la enfermedad, y el médico, su ministro (fol. 13) tomándolo de Galeno. Más adelante, y en este mismo libro, dice Lemus, conviene advertir los engaños y rebeldías del enfermo y de los asistentes, los cuales suelen comprometer el éxito y la reputación del profesor; conocer bien la dolencia, es indispensable para curar, y por tanto, curará más el que mejor pronostique; preceptos y reglas para formar el pronóstico, el médico, dice, no debe observar al enfermo con poca luz, ni colocarse junto á la cabecera, sino á los pies, «presagiturus medicus neque in tenebris, neque á capite œgri residere debet;» alaba al médico instruído, enciclopedista, y denosta al charlatán que con su verbosidad y entrometimiento, hace de la Medicina objeto de lucro y fin de su avaricia; aconseja á los prudentes huyan de estos pseudomédicos, cuya ciencia estriba en mirar con énfasis las orinas, precipitando la muerte, ó llamándola extemporáneamente; expone (cap. 8, fol. 24 y sig.) lo que debe tener presente el profesor para pronosticar, á saber: las constituciones, las enfermedades reinantes, su índole... según expuso Hipócrates en sus libros *De morb. vulg.*, sectio 3.ª, y en el de *Diebus decretoriis.*

Por fin, los tres últimos capítulos de este primer libro inviértelos el autor en particularidades sobre las constituciones, con relación á la enfermedad y, como en toda ocasión, puede admirarse lo versado que era Lemus en la medicina tradicional.

El libro 2.º está consagrado á tratar de los signos pronósticos, quc se desprenden del examen de los esputos, deyecciones, orinas (el estudio de éstas comprende 12 cap. y 28 fol.), sudor y pus. En los dos primeros capítulos de este libro, define el autor el signo, y habla de sus distintas clases; también expone los signos pronósticos que nacen de la cocción.

El libro 3.º cs una bizarra muestra de la circunspección, de la sagacidad, del talento práctico y de la copiosa crudición del médico lusitano, el cual, á juzgar por esta obra, debía conocer perfcctamente todos los libros clásicos de la antigua ciencia. Estudia Lemus cn la tercera sección los signos faustos y mortales, las gradacioncs que cn ellos cxisten, su significación en el pronóstico, signos que suministran el pulso y la rcspiración (dcspués de haber consignado los datos pronósticos dc las diversas partes dcl cucrpo, rostro, lengua, vejiga y riñones, órganos gcnitales, etc.); datos que se desprendcn del funcionalismo de aquellos órganos, hipo, bostezo, pandiculación, delirio, estornudo, sueño, cnsueños, agitación, decúbito, gesticulación de manos, etc. Al tratar de los ojos durante el sueño, como signos de prejuicio, trascribe unos versos de Lucrecio, que principian:

In somnis eadem plerosque videmus obire, etc. (folio 132.)

Ocúpase en el cap. V., fol. 170 y siguientes, de los signos que anuncian las erupciones cutáneas, y allí se encuentra la famosa descripción del tabardete, tabardillo, pintas ó fiebre punticular, que todos estos nombres tenía aquella dolencia, descrita exactamente por los españoles, siendo de los primeros que de ella trataron, nuestro Luis de Lemus. Como este asunto, bajo el punto de vista de la nosología en la historia, encierra grande importancia, nos ha de permitir el lector breves palabras.

Allá por los años de 1557, y después de la guerra de los moriscos en Granada, presentóse en España una enfermedad, á la que llamó *tabardete* ó *pintas* el vulgo, con tal gravedad acometía, que morían la mayor parte de los atacados, y tan general era su contagio, que cundió por varias regiones, despoblando algunas villas y lugares. Dejando á un lado la cuestión de si era enfermedad completamente nueva, según sentir de Luis de Toro, ó antigua, según López de Corella, ó si recrudecimiento y agravación de alguna fiebre conocida de los griegos, según Luis Mercado, ó si fué enfermedad rara en tiempos antiguos, convirtiéndose en epidemia frecuente después de la insurrección de los moriscos, como supone Luis de Lemus; omitiendo también el averiguar si las historias clínicas referentes á la enfermedad de Simón, Pherecides, Sileno, consignadas en los libros de Epidem. de Hipócrates, recuerdan el tabardillo, así como las dudosas alusiones de Aectio y

Actuario, haremos notar que en 1574 aparecieron tres obras, en que se habla con acierto, extensión y elegancia de esta singular dolencia, pertenecientes á los tres españoles arriba citados; de allí á poco, escribió acerca del asunto Luis de Lemus, quizá antes que Juan Carmona, Pedro Vaez, Martínez de Leiva, y sin duda alguna, antes que Bocangelino.

La descripción del tabardillo, por Lemus, es apreciable, teniendo en cuenta que la consignó como cuestión accidental, dentro de su libro del pronóstico, pero seguramente más incompleta que las que nos legaron otros médicos del siglo XVI.

Con motivo de estudiar el tema *De signis antecedentibus omnia papillarum genera*, describe la historia del tabardillo con las diversas modalidades patológicas que solía adoptar tan grave calentura, dícenos que el pulso en los enfermos de tal dolencia, solía ser vario, pero casi siempre frecuente, pequeño, débil, haciéndose formicante ó intercadente al acercarse la erupción ó al presentarse las manchas primeras. Fétida y fría era la respiración, alguna vez difícil, con palpitaciones y angustia cardiaca; muchas veces, con un pulso levantado, sobrevenía gran malestar é inquietud, hasta el punto de no poder tolerar ninguna postura y molestando al enfermo las ropas del lecho. Acusaban los pacientes dolor vivo en el estómago, laxitud general, postración, insomnio, delirio seguido de estupor sed abrasadora, fetidez del aliento y excrementos. Las orinas, que al principio eran normales, alguna vez se enturbiaban; casi siempre eran tenues y cru-

das, frecuentemente crasas y turbias, hasta presentar sedimento revuelto y rojo; en alguna ocasión la orina era negra, apesar de lo cual dice Lemus vió salvarse al enfermo. Las náuseas, los vómitos, el temblor de manos y de lengua, eran síntomas que solían observarse en el tabardillo; pero aparte de esto, tenía otros síntomas propios el mal: la aparición de unas manchas redondas por todo el cuerpo, engendradas por el vapor de la sangre, pestilente y pútrido; en ocasiones, especialmente en los niños, sobrevenía la erupción sin fiebre y no era grave. La malignidad de esta afección estaba subordinada á la intensidad de la calentura y de los fenómenos generales, á la irregularidad de la erupción; las manchas del tabardillo sólo en la cara ó las de color verde azulado, lívido y negro, eran las más peligrosas; no así las pálidas y rojas. La intensidad en la erupción aumentaba el peligro; en cambio lo disminuían los flujos de sangre por la nariz, no siendo exagerados.

En los libros quinto y sexto se estudian la teoría de los días decretorios y las causas de las crisis, en los cuales se encuentran preocupaciones de época, raciocinios curiosos, pero que no interesan gran cosa en estos días, y menos á quien haya leído con alguna detención á los expositores y comentaristas de nuestros maestros de Asia Menor.

Para terminar diremos, que el tratado de «Optima prœdicendi rationis,» de Luis de Lemus, no sólo debe considerarse como lo que el título indica, sino como un compendio de patología general, por la

multitud de conceptos generales que abarca, y como recuerdo muy aceptable, de los mejores escritos de los antiguos griegos y romanos.

En esta obra se encuentra un resumen histórico de médicos y filósofos antiguos muy curioso; hizo mención de este escrito el diligente autor de los «Anales.» Trazó, asimismo, la biografía de Zacuto Lusitano, digna de leerse, y que se encuentra en el tomo I de las obras de Zacuth, edic. de 1638.

Luis de Lemus, escribió unos comentarios á los doce libros de Galeno: «*De morbis medendi,*» publicados por primera vez, en Salamanca en 1581.

Y aquí vuelve á resucitarse la escasez de positivos datos acerca de la vida de Lemus, que requiere nuevos estudios é investigaciones.

IV

AMATO LUSITANO

Muy pobres y discutibles son las noticias que nuestros historiadores ofrecen tocante á la vida y escritos de un médico tan eminente, como el judío lusitano Rodrigo de Castelbranco. Mis lectores juzgarán dentro de poco, la razón que me asiste al ocuparme de este turbulento profesor, tan sabio como desdichado, con alguna detención (1).

Este escritor sin ventura, uno de los más eminentes que tuvo la Europa en el siglo XVI, vióse condenado, la mayor parte de su vida, á caminar errante por el mundo, perseguido por la intolerancia religiosa de aquellos tiempos, tan fatal para las ciencias, influyendo también y no poco, su carácter díscolo y el sello de renegado que sobre su nombre puso, con escritos y actos simpáticos á los judaizantes.

Nació Juan Rodrigo en Castelbranco ó Castelo-

(1) Como de costumbre, los historiadores Morejón y Chinchilla copiaron literalmente de Rodríguez de Castro (T. II, pág. 396) cuanto dicen de este médico portugués, callando el origen de sus referencias.

Branco, población del vecino reino de Portugal, según él mismo confiesa en la pág. 61 de su Centuria III. Con efecto, en la curación décimocuarta de dicha Centuria, al describir el clima y topografía médica de muchas poblaciones de distintos reinos, dice: *...nam Castellum album mihi propia patria...* etc. La fecha de su nacimiento resulta indiscutible después de estas frases consignadas al fin de la última curación de la Centuria IV: «Nunc verò quartæ huic centuriæ colophonem imponemus. Anconæ 17 Cal. Septembris millesimi quingentesimi quinquagesimi tertii: quo tempore bellum intestimun inter Carolum quintum Imperatorem, et Henrricum Galliarum Regem..., et œtatis autore anno quadragesimo secundo;» de las que se deduce que si en 1553 tenía el autor cuarenta y dos años, nació indudablemente, en 1511. Por su educación científica, pertenece Juan Rodrigo á Castilla y especialmente á Salamanca, en donde hizo sus estudios médicos, siendo discípulo del famoso Alderete y contemporáneo ó amigo de Laguna, Porcell, Vesalio, Luis Vives y otras eminencias científicas del siglo décimosexto. Nada podemos adelantar acerca de la fecha del fallecimiento de este médico, pero sí diremos que su muerte debió acaecer después de 1561, toda vez que en tal año, escribió una carta (que hemos leído), desde Tesalónica, al sabio varón Guedelia Jahía (1).

(1) Debe ser éste, aquel eminente israelita, natural de Imola, en Italia, de que habla Rodriguez de Castro en su Bib., T. II, pág. 376.

La precoz inteligencia y rara aplicación de nuestro médico lusitano, quedan fuera de toda duda al recordar que á los diez y ocho años de edad (1), ejercía la Medicina y Cirugía en tierras de Salamanca y luego en su patria, trasladándose más tarde á Lisboa. A partir de estos hechos, sin que podamos asignarles fechas exactas, vemos que el resto de la vida de nuestro biografiado truécase en una serie no interrumpida de excursiones, de fugas, viajes precipitados, sembrada, unas veces, de triunfos médicos, y otras de pérdidas materiales y no pocos disgustos y sinsabores, motivando tan costosas peregrinaciones, sus creencias religiosas. Profesó, al parecer, la fe de Cristo en sus primeros tiempos, empero debió arrepentirse más tarde de sus creencias, despertando vivas sospechas de judaizante, circunstancias que le pusieron en el trance de abandonar España, trasladándose á Italia. En 1549 dicen que estaba en Roma, donde permaneció, cuando menos, hasta dos años después; en 1552 y siguiente le encontramos en Ancona; en 1559 y en 1561 le hallamos en Tesalónica, en donde se dice falleció (2). Es, además, indudable que el comentador de Dioscóri-

(1) En el folio xxxi de la traducción del valenciano Virués, al Diálogo *Vulneribus capitis* incluído en la Cirugía de C. Montemayor, dice Amato que, «no teniendo aún diez y ocho años, sus maestros Pontano y Olivares le confiaron los hospitales de Santa Cruz y Santa Blanca en Salamanca, llenos de muchos enfermos. Como luego marchó á su patria, continúa Amato, no se curó mucho de la Cirugía.»

(2) Para la consignación de fechas nos apoyamos en documentos pertenecientes al autor como prólogos, cartas, etc. Véase más adelante en donde no quedan bien paradas estas referencias.

des anduvo errante por algunas ciudades italianas, ejerciendo su profesión con gran crédito en Ferrara, donde tuvo cátedra, en Pisa, en Ragusa, Venecia, Pésaro, no siendo improbable que visitara Francia, Alemania y alguna otra nación. La subida al Pontificado de Paulo IV le encontró en Roma, y temeroso de que se descubriera su apostasía, abandonó la Ciudad Eterna; abjuró, por fin, del cristianismo en una Sinagoga de Ancona, adoptando desde aquel momento el nombre de Amato Lusitano, nombre con el que es más conocido en la Historia de la Medicina, que con el de Juan Rodrigo de Castelbranco.

Durante sus excursiones perdió manuscritos valiosos, bienes de fortuna y no poca tranquilidad, todo lo cual vió compensado conquistándose el aprecio de los hombres doctos, extensa y productiva clientela, estimación y renombre. Rasgo singular, digno de recuerdo y de ser imitado; en donde quiera que podía disponer Amato de algún espacio, escribía una de sus Centurias famosas, ó el célebre Diálogo sobre las heridas de cabeza, ó comentaba á Avicena ó á Galeno, ó á Dioscórides, ó traducía al castellano la historia de Roma escrita por Eutropio. Juan Rodrigo tuvo la satisfacción de ver solicitados sus conocimientos por el Rey de Polonia.

Tocante al carácter personal de nuestro renegado, diremos que era amable, cariñoso, nada avaro, y solícito en asistir lo mismo al indigente que al más encumbrado mortal; así al menos, se desprende de una elegante epístola, en lengua latina, de Ambrosio Nicander, fechada en Ancona y dirigida á Antonio

Barberino, y del solemne juramento de Amato, documento que tenemos á la vista, y de que hablaremos más adelante. En medio de sus viajes y múltiples ocupaciones, notamos que Amato Lusitano dedica tiernos recuerdos á su perdida España, tratando con singular detención cuanto hace referencia á su país natal; no fué, pues, un ingrato expatriado, y buena prueba de ello es la tristeza con que, al final de la quinta Centuria, recuerda las frases del poeta latino, que se pueden aplicar á su destierro, lamentándose de que sus huesos no descansarían en su tierra natal...

Amato Lusitano estaba adornado de una poderosa retentiva, de sano criterio é independencia en sus juicios; sus críticas son mesuradas, y corteses sus palabras; su práctica era extensa, su lectura mucha, su erudición vasta y escogida; era metódico en la exposición, su estilo agradable, y poseía variedad de idiomas, que tanto brillo dieron á sus escritos. Finalmente, precedió á Laguna en sus comentarios al Dioscórides, y algún historiador atribuyóle descubrimientos tan valiosos, como el de las válvulas en la vena azygos (1).

Este hombre, honra de la Medicina nacional, y que tanto contribuyó con sus laudables escritos y curiosas observaciones al renacimiento de las ciencias médicas, impulsado á caminar errante la ma-

(1) Vid. D. Joaquín Villalba en sus manuscritos para la *Historia de la Medicina Española*. Más adelante trataremos de estos documentos y de su autor.

yor parte de su existencia, no pudo trabajar con aquella tranquilidad que sus aptitudes requerían, que si su inteligencia alumbró á Europa, lo hizo con la fugacidad y las intermitencias del relámpago, no con la serenidad, con la constancia que prestan la tranquilidad del espíritu y el patrio ambiente.

El examen de las obras de Amato, aun solamente de aquellas que poseemos, nos obligaría á ocupar mucho tiempo, por más que bien lo merecen tales libros, en los que se encuentra doctrina nada escasa, y erudición que en ocasiones, suspende y maravilla; nuestro objeto se reduce á dar conocer las Centurias médicas y el diálogo que escribió en Ragusa.



En 1536 se publicó en Amberes un tomo en 4.º, con los comentarios á los dos primeros libros de Dioscórides; su autor, Juan Rodrigo de Castelbranco;

—En 1553 se imprimieron en Venecia las Enarrationes ó comentarios á la materia médica, de Dioscórides Anazarbeo, en que explicó Amato los simples en griego, latín, italiano, español, alemán y francés, de cuyos trabajos aprovechó bastante Andrés Laguna;

—Tradujo del hebreo al latín, el cuarto *Fen* (capítulo) del libro primero de Avicena, según el texto de R. Mantenú;

—En la 7.ª Centuria confiesa haber traducido al castellano la historia de Roma, escrita por Eutropio,

de lo que se hicieron eco Jorge Abraham, Merc-Klin, Volfio, Bartolocio, Nicolás Antonio y otros;

—Finalmente, escribió Amato en el espacio de doce años próximamente, sus siete Centurias médicas, cuya colección completa forma un conjunto apreciable de historias clínicas (700), y con sus eruditos colorarios, uno de los primeros y más completos tratados de clínica que se imprimieron.

Apesar del respetable número de ediciones que alcanzaron en poco tiempo los escritos de Amato, son hoy tan excesivamente raros y difíciles de hallar, que creo conveniente dar una idea de sus Centurias.

Apenas si hay biblioteca que las tenga todas ellas, y en cuanto á los historiadores, ó nada dicen de tales escritos, ó se ve que lo poco que expusieron, son referencias tomadas de los incompletos datos de bibliógrafos antiguos.

En un solo volumen de magnífica impresión, en 8.º y en pergamino, poseo las dos primeras y más importantes Centurias; la portada dice así: «Amati / Lusitani / Medici Phisici / prœstantis. Cu- / rationum medi- / cinalium / ,Centuriæ II priores, / Quibus prœmititur Comentatio de introitu / medici ad œgrotantem, de Crisi, et diebus Decretoriis, / Cum *Indice* rerum memorabilium / copiosissimo. / Lugduni, Apud Gulielmum Rovilium, sub scuto Veneto 1567.»

Comprenden las primeras cien curaciones, ó Centuria primera, 410 páginas; al principio hay una dedicatoria de Amato á Cosme de Médicis, ofreciéndole estas primeras curaciones, «no por juzgarlas dig-

nas del ingenio de tal príncipe, sino por admiración y gratitud á su persona.»

El texto principia con el «Introitus medici adægrotantem...» y comienza el capítulo: «Tria in universum sunt in Arte medica...»; termina esta Centuria con la fecha en que Amato concluyó este primer libro: «Anconæ Anno MDXLIX. Kalen. Decembris, Romana Sede Pastore vacante, et Carolo Quinto Cæsare imperante.»

La segunda Centuria comienza en la pág. 411 y finaliza en la 685; está dedicada al Ilmo. y Reverendísimo Cardenal de Ferrara, Hipólito Stensi; termina esta Centuria con esta fecha: «Romæ (1) Julio tertio Pont. Max. vigente, prima Aprilis, MDLI,» que es la misma de la carta al Cardenal.

Cada curación, de las ciento que comprende cada libro, se compone de la exposición de un caso clínico, con el nombre, edad y profesión del enfermo, sitio de residencia muchas veces, género de enfermedad, síntomas y marcha de la afección, y después, con el título de *Scholia*, reflexiones pertinentes á la enfermedad descrita; el lenguaje latino que emplea Amato es correcto, su erudición notable, la lectura, por fin, de estos libros, es amena é instructiva.

En la introducción al médico, bellísimo capítulo que mereciera ser traducido, expone el autor una

(1) Esta fecha y la anterior desautorizan en parte el itinerario descrito por R. de Castro, copiado por los demás historiadores.

serie de consejos encaminados al modo de comportarse el profesor ante los pacientes.

«Tres cosas principales, dice Amato, hay que tener presente, en el Arte médica, *en las cuales y por las que* se consigue la curación: el médico, el enfermo y la enfermedad misma. Ante todo, conviene que el médico sea instruído, diligente, amable y serio; sus palabras, figura, trage, la barba y cabello, las uñas y perfume usual, deben ser del agrado del enfermo, según aconsejó Hip., lib. VI Epid.» También dice Amato, apoyándose en los más selectos testimonios, «que la misión del médico es curar con rapidez, administrando medicamentos apropiados que ayuden y no dañen, administrados con gran prontitud, que en Medicina las dilaciones suelen poner en peligro la vida, aparte de que es una crueldad prolongar el estado del paciente, cuando podía sanar en pocos días» (1).

«El médico que pretenda ejercer con provecho, ha de tener presente los diez preceptos señalados por Galeno (el autor los trascribe en versos latinos), que son diez, referentes á la edad y naturaleza del enfermo, á los síntomas de la enfermedad, intensidad y tiempo de la dolencia, etc.»

Entra luego en consideraciones respecto á cada uno de ellos, al uso de los purgantes y de las emisiones sanguíneas, al curso de las afecciones, sig-

(1) Los españoles mostraron siempre predilección por los escritos de moral médica; así es que son frecuentes en nuestra bibliografía los tratados de la misma índole que el *Introito* de Amato.

nos pronósticos y crisis; habla de las excelencias de los números impares; recuerda la frase de Maro: «Numerus Deus impare gaudet,» y copia los versos del antiguo poeta Linus en alabanza del 7, terminando este discurso primero, con un estudio detenido de las crisis y de los días decretorios, cada uno de ellos en particular, hasta el veintiuno, ocupándose en general de otros días pôsteriores y de menos importancia en el curso de las dolencias.

En este discurso encontrará el lector generalidades de medicina práctica, si no todas importantes en estos días, de relevante mérito para los tiempos en que fueren escritas.

La primera curación de la Centuria primera, ocurrió en Portugal.

Era una niña de trece años que, caminando descalza por el campo, fué mordida en el pie derecho, por una víbora. A fin de que el lector se forme idea de la nturalidad y elegancia de estilo del autor, copiaré las primeras líneas de esta curación, asegurando no ser este el más brillante ejemplo que podríamos presentar. Dice así: «Puella rústica nata annos tredecim, cum una cum matre in agrum descalciata absque, calopodiis exiret, et messoribus, vigente æstate cibum defferret, incauta in medio itineris á vípera in pede dextro morsa fuit. Mater vero puellam sic punctam et afflictan animadvertens, in oppidum quam citissime fieri potuit, retraere se accelerat;...»

En no pocas ocasiones el autor menciona aquellas circunstancias que ilustran el diagnóstico y com-

pletan la historia; véase una muestra: «Uxor Gasparis Centurionis Genuensis, Belga, œtate florente, temperatura sanguínea, obesa carnosaque, in delitiis agens, optimo semper assueta victui, et multu vini potu, in cholicos dolores incidit: febricitabat, parum egerebat, non dormiebat, dolor erat intenssisimus á iecoris regione incipiens...»

Con ser la exposición de los casos clínicos documentos muy curiosos é instructivos, por lo general. las reflexiones ó *Scholia* que siguen á aquellos, son mucho más meritorias y delatan la inmensa lectura del escritor renegado. En la imposibilidad de traducir estas curaciones, ni aun siquiera de copiar el índice de las dos Centurias, diremos algo de los puntos capitales que encierran.

Todo género de enfermedades prestaron contingente al autor, para la formación de estas Centurias: las fiebres, la pleuresía, el cólera morbo, el morbo gálico, las dislocaciones de las vértebras, las fracturas, lepra, imperforaciones del balano, epilepsia, procidencia de ano, enfermedades cutáneas, manía, modorrilla, heridas, coxalgia, tumores, hernias, enfermedades de niños y mujeres, (1) todas están representadas en estos libros, acompañadas de reflexiones acerca de su historia, ó de las opiniones de los antiguos, con lo cual podrán los lectores formar

(1) Es muy sensible que siendo la bibliografía médica española opulenta en tratados de enfermedades de niños y mujeres. no hayan merecido de los especialistas ni historiadores el ser catalogadas, extractadas, ó traducidas.

idea de la importancia de estos libros, compuestos de casos clínicos recogidos por el autor, en diversas localidades de apartadas naciones.

En tres ocasiones trata Amato del morbo gálico; de los tres casos clínicos incluídos en la primera Centuria, como de lo que dice en las restantes, despréndese, que el autor lusitano tuvo á esta enfermedad como nueva y contagiosa por el coito, conoció perfectamente sus manifestaciones generales y cutáneas, empleando contra ella el mercurio en unciones y los leños de Indias; asimismo refiere el caso de una niña, que nació con un exantema sifilítico, del que murió á poco; el padre de la niña había tenido gálico quince años antes y parecía sano.

En la curación del sabio y elocuentísimo varón Ambrosio Cratander (Cent. 1.ª, pág. 404), trata de la podagra y chiragra, y en las reflexiones subsiguientes, cuenta Amato que el famoso Luis Vives padecía de tofos en las manos, que le producían dolores, impidiéndole escribir; estas durezas parecían depender de la naturaleza ó temperamento bilioso del ilustre valenciano, que curó con el cocimiento de guayaco.

En la curación 32.ª de la Centuria segunda, dice que «Gaspar de Roberti, de noble linaje, aficionado á los placeres de la mesa, fué atacado una noche de verano de *chólera morbo.*» De la descripción que de la enfermedad trazó el autor, como de sus comentarios á Hipócrates, Galeno y los árabes, sus ideas terapéuticas, etc., se desprende que el concepto de cólera morbo no fué para Juan Rodrigo lo mismo que

en la actualidad; con efecto, para Amato no era enfermedad epidémica mortífera, ni de grave convalecencia, sino una indigestión ó cólico frecuente en verano, y ocasionado por la alimentación indigesta y abundante.

En la curación 39.ª de la segunda Centuria «in qua agitur de puella quadam in virum versa,» dice Amato Lusitano, que «en la ciudad de Esgueira, noble entre los portugueses, á nueve leguas de Coimbra, una niña de noble cuna, llamada (si no recuerda mal) María Pacheco, en la cual, llegada á la edad en que las mujeres suelen tener la primera menstruación, apareció el miembro viril, hasta entonces oculto, y así la hembra se convirtió en varón que, rebautizado, se llamó Manuel, y se hizo célebre por sus actos, llegando á contraer matrimonio, por más que siempre fué imberbe.»

Al comentar este curioso hecho en el *Scholia*, dice que no es increíble, citando otros análogos, de los libros antiguos.

En la pág. 512 del libro que estudiamos, en que principia la curación 31.ª de la segunda Centuria, habla detenidamente el autor de la raíz de China, su descubrimiento, utilidad, método de administración y enfermedades en que conviene su uso.

En la pág. 267 se trata de los cuernos cutáneos que padeció un niño en la frente, y su curación: al tratar de la Elefantiasis en la pág. 538 y siguientes, dice que ésta y la enfermedad de San Lázaro, es lo mismo, asegurando que esta dolencia fué desconocida en Europa antes de Pompeyo el Grande,

aduciendo el conocido texto de Plinio sobre el particular.

Con lo poco que dejamos indicado, creo haber dado las señas principales de las dos primeras Centurias del médico de Castelbranco, que á juzgar por la jerarquía de muchos personajes que dieron motivo á sus historias clínicas, debió tener nutrida y valiosa clientela.

Las restantes Centurias, hasta la sétima inclusive, contienen precioso material de conocimientos teóricos y prácticos, y no poca erudición; el estilo, el contenido, el método y las ideas que campean en estas Centurias, recuerdan á las dos primeras que sirvieron de molde: sin embargo, el lector encontrará en ellas nociones curiosas, instructivas y agradables, pudiendo, con poco trabajo, formarse exacta idea del estado de la Medicina á mediados del siglo XVI.

En 1554 dedicó Amato Lusitano su tercera Centuria al Comendador de Portugal, D. Alfonso Alencastre, según consta en una carta fechada en Ancona, en abril de dicho año. Esta Centuria y la cuarta están comprendidas en un solo volumen, semejante al que contiene las dos primeras, y su impresión es de Lugduni 1565; no pertenecen, por tanto, á una misma edición, aunque sí á la misma casa editorial.

La tercera Centuria finaliza con estas frases: «Nam nos huic tertiæ Centuriæ finem imponimus Sexto Non. Julii more Romano anno 1552.»

La primeria curación de esta tercera Centuria, se consiguió contra una fiebre héctica, principia:

«Romanus iuvenis, temperatura biliosus... (1), etc.;» la última trata de la curación de un tumor (*meliceris* de los latinos, *nodos* según Avicena, *felaas* según Alihabas) que padecía un Reverendo Padre Tomás, de la Orden de predicadores. En el *Scholia* que sigue á la curación obtenida en un fámulo del supradicho Comendador, es donde confiesa Amato ser su patria Castelbranco, cuya constitución climatológica, dice, es parecida á la de Salamanca y Ulisipona; en este mismo lugar es donde el autor trata de la topografía médica de muchas capitales de Europa y analiza la resistencia de la organización á los más opuestos climas, tratando también brevemente, de la vida en la isla portuguesa de Santo Tomé. La curación 88.ª de la misma Centuria se refiere al *cholera morbo* que padeció una mujer de Apulia, y en verdad que no le preocupa al autor la gravedad é importancia del mal, antes bien se ocupa exclusivamente de discutir la oportunidad de las evacuaciones sanguíneas en los dolores de cabeza, con motivo de un síntoma de esta índole que aquejó á la enferma.

La cuarta Centuria lleva al frente la erudita y extensa epístola, laudatoria para Amato, suscrita por Ambrosio Nicander Toletanus, de que arriba hice mención. La primera curación de este IV libro, hace referencia á un niño de doce años, hijo del doctor Beroso.

(1) La curación 4.ª trata de unas úlceras sifilíticas curadas con ungüento mercurial.

También en un solo volumen, impreso en Lugduni 1564 (1) y que tenemos delante, se encuentran la quinta y sexta Centurias, por cierto bastante maltratadas por los frecuentes expurgos del Santo Oficio. La dedicatoria á D. Narciso Hebreo, fué tachada y luego rasgada; en las últimas líneas se ve con dificultad, que está fechada en Tesalónica en el año 5320 de la creación del mundo. Estas dos Centurias parece fueron las únicas que examinó el Dr. Chinchilla, el cual dice que en la dedicatoria de este volumen cuenta Amato la persecución que sufrió en Ancona en tiempo de Paulo IV, teniendo que huir precipitadamente y perdiendo alhajas y manuscritos importantes de los que sólo pudo recuperar la quinta y sexta Centurias. La primera Centuria de este volumen, comienza con un capítulo en que el autor hace la presentación de algunos médicos de aquel tiempo; á continuación nos da una breve descripción de Ragusa, y en la última curación es donde el autor suspira por su patria, como queda dicho. En la sexta Centuria observamos que la clínica venérea es más nutrida que en libros anteriores, siendo muchas y diversas las curaciones que de morbo gállico presenta el autor. Otras curaciones se refieren á la esterilidad, al furor uterino, á monjas que concibieron ó

(1) Hemos tenido ocasión de consultar una edición curiosa de las cuatro primeras Centurias en un volumen, en folio, impreso en Basilea en 1556, no mencionada por los bibliógrafos: 406 páginas sin contar los índices; asimismo tenemos á la vista un volumen en folio, de 1.407 páginas de texto, formado por las siete Centurias, impreso en Barcelona en 1628.

sufrieron del aparato génito urinario; las fiebres, mal de piedra y otras enfermedades más comunes, constituyen el contenido de esta Centuria. La última curación de este libro es sumamente interesante y hasta cierto punto independiente de la obra, y de ella trataremos por separado.

La séptima y última Centuria ocupa un solo tomito; contiene casos clínicos recogidos en Tesalónica y está dedicada á Guedelia Jachía, y la dedicatoria es de fecha 1561. Este volumen está expurgado por el delegado Dr. Bustamante, en 1641, é impreso en Lugduni en 1570. La primera curación de este libro principia: «Domina Belida uxor Salomonis, mulier procera, carnosa, temperatura sanguínea, etc.» Desde la página 80 á la 93, trata el autor de la peste de los años 1527 al 30; las historias de esta Centuria presentan poco notable y está calcada en el molde de las que hemos dado á conocer, pudiéndose admirar en ella, como en las que preceden, la misma erudición, el propio estilo, idéntico método y semejanza en las ideas fundamentales. Termina el libro con el juramento del autor ó profesión de fe en su conducta profesional, que por cierto es un documento que honra al escritor portugués; he aquí algunas de sus frases: Juro á Dios inmortal que en mis escritos procuré siempre no mentir, ni inventar; que serví lo mismo al pobre que al rico, que no usé de abortivos ni de venenos, ejerciendo la profesión con dignidad y nobleza de miras, «nihil á me comissum quod á preclaro et egregio medico alienum haberi posset,» ase-

gurando que procuró siempre imitar á los príncipes de la Medicina, especialmente á Hipócrates y Galeno.

Este juramento está fechado en «Tesalonica, anno mundi 5319.»

Vamos á tratar del diálogo sobre las heridas de cabeza con el casco descubierto, ó *de Vulneribus capitis*, que escribió Amato en Ragusa, antes de la séptima Centuria, y que puso como remate á la sexta. Es una monografía bastante extensa y muy recomendable, no conocida de nuestros historiadores.

Es un escrito peregrino que, figurando una consulta entre dos cirujanos y Amato, ofrece á éste oportunidad de lucir su ingenio, ilustración y conocimientos en la práctica quirúrgica. Estúdianse las heridas de la cabeza, bajo el punto de vista anatómico y clínico, aduciéndose multitud de datos relativos á la conducta de los antiguos en semejantes casos.

El valenciano Jerónimo Virués, tan excelente escritor, como afamado médico, tradujo este pequeño tratado á últimos del siglo XVI, y en verdad que la traducción corresponde á la reputación del escritor valentino. Aparte del original latino, hemos tenido á la vista la traducción, que forma parte de la obra de Cristóbal de Montemayor, que trata también del mismo asunto, y además la que existe en una colección de papeles varios que pertenecieron al Licen-

ciado Canal, y que hoy existen en la Biblioteca de San Carlos.

Esta traducción, no fué conocida tampoco del autor de los «Anales.»

Intervienen en la consulta, Gradi, caballero de Ragusa; Celetano, de Nápoles, y Vanucio, florentino, cirujanos, y Amato lusitano, médico.

Con motivo de tener Gradi, herido en la cabeza al patrón de una nave de su pertenencia, corre en busca de sus cirujanos y de Amato, que á la sazón se encontraba en una botica de Ragusa; una vez en presencia del enfermo, reconocen en su cabeza tres heridas, una en la frente, otra en la mollera, y la tercera en el colodrillo; se rapan los cabellos al paciente, se preparan las esponjas y lechinos con clara de huevo, y otras con agua, se le pone un clyster al enfermo, se le practica una sangría de seis onzas, y tomadas algunas precauciones para templar la estancia, cerradas las ventanas para que no haya ruido, á punto los instrumentos que pudieran servir, y hecho el examen de las lesiones, principia la discusión, en la que Amato es el juez más perito, y desde este momento principia el verdadero interés de este escrito, que simula una junta.

Demuestra el médico renegado la importancia que todo autor dió á las heridas de la cabeza, y asegura que el libro en que se trata de este asunto, atribuído á Hipócrates, es auténtica obra del médico de Cos; define toda herida como «solución de continuidad fresca y sin materia,» las llagas, dice, son heridas antiguas con materia, por más que en

esencia, son una misma cosa, esto es: «soluciones de continuidad manifiesta, siendo sus diferencias de poca monta, que lo que urge es saber curarlas.»

Discútense en este entretenido é instructivo Diálogo, los peligros de estas heridas, según el clima y las poblaciones, forma del cráneo, sitio de la cabeza en que recaen, é influencia de las comisuras en su curación y complicaciones. Háblase de las fracturas del cráneo en sitio distinto de donde sobrevino el traumatismo, exponiendo las opiniones contradictorias de los antiguos sobre este punto; al tratar de la estructura de los huesos del cráneo, dice Juan Rodrigo ser la misma que la de las costillas, á saber: dos capas de tejido compacto, separadas por otra de esponjoso; y con tal motivo, recuerda que Hipócrates perforaba las costillas en el puotórax. Tras de ocuparse los doctores en consulta, de la variable resistencia de los puntos cranianos, diverso grosor, forma de las comisuras, complicaciones de las heridas, como tétanos, parálisis, etc., recomiendan la necesidad de examinar minuciosamente este género de lesiones, averiguando si existen en ellas cuerpos extraños, de qué forma es la fractura, si existe, si hay magullamientos, si los fragmentos están hundidos, si el enfermo tuvo vómitos, pérdida del sentido, etc.

Danse luego reglas para la trepanación, examinando las ideas de Vidio florentino, aconsejando huir de las suturas, porque debajo de ellas hay vasos y membranas de fácil rotura, y porque las suturas «son como chimeneas de los humos cerebrales;» descríbese la trepanación y los distintos procederes

é instrumentos para llevarla á cabo; aconseja la tinta, para conocer la profundidad de las cisuras óseas, en el cráneo, y finalmente, dedica largo espacio á estudiar los medicamentos empleados en estos casos, ora como hemostáticos, ora contra la inflamación que se espera, bien para combatir las carnosidades de las heridas, contando maravillas del aceite rosado, y de la sangre del ala de palomino vivo, como eficaces en las lesiones sobre la dura máter, cuando ésta asoma por la herida.

En suma, este libro, que en la obra de Montemayor tiene 136 páginas solamente, es ameno, y nos proporciona ocasión de conocer, con escasa labor, el estado de la cirugía en aquel tiempo, relativa á las heridas del cráneo; es también digno de estudio, porque Amato es uno de los españoles que trataron de la trepanación acaso antes que el celebérrimo Andrés Alcázar y Cuervecuercu (1), por más de que su escrito no es, ni con mucho, tan meritorio como el de aquellos varones, y otros cirujanos que trataron de tan importante asunto, pero no debemos olvidar que la monografía de Amato es un paréntesis en medio de sus centurias.

(1) Además de los tratados generales de cirugía conocidos, como los de Daza Chacón, Hidalgo de Agüero, Fragoso, Valverde, Vaca do Alfaro, Martín Martínez, Robledo, etc., etc., en que se trata, con más ó menos extensión, del asunto *Vulneribus capitis*, no podemos menos de citar tres escritos sumamente raros: *La Reforma del Método de Curación de las Heridas de la Cabeza*, de Juan Roda y Bayas, natural de Moella, impresa en 1723, un manuscrito que perteneció á Villalba, del licenciado P. Casimiro Buil, y que hemos visto extractado entre los papeles de aquel erudito, y el libro de José Escamilla.

V

MANUSCRITOS MÉDICOS

La casualidad y nuestra diligencia hicieron que obren en poder nuestro, y entre varios documentos raros y curiosos pertinentes á la Medicina, unos manuscritos que pertenecieron al ilustre cirujano español Andrés de León, médico de Reyes, y uno de los que se disputan el descubrimiento de la circulación de la sangre, según pretenden nuestros historiado res; la importancia de tal personaje justifica nuestra diligencia en dar á conocer cuanto nuevo é importante á él se refiera.

Consta el legajo á que nos referimos de 64 páginas, no todas escritas, y de antigüedad indudable, á juzgar por la clase y colorido del papel, la forma de los caracteres, abreviaturas, lenguaje, decoloración particular de la tinta, y por el minucioso cotejo que, con otros manuscritos de aquella época y de reconocida autenticidad, hemos llevado á cabo.

También parece fuera de duda que tales manuscritos pertenecieron al Dr. León, toda vez que á él se refieren dichos documentos; á él sólo interesan; los testimonios legalizados que allí existen, por él

fueron pedidos: la ejecutoria de nobleza perteneció al mismo: los permisos autógrafos y originales del Rey que se registran, es indudable que hubieron de estar en manos del ilustre cirujano, y por fin, las notas y recuerdos firmados de puño y letra de Andrés de León, y que se ven en las márgenes y dorsos de los pliegos, claramente indican que fueron pertenencia del famoso médico español.

Todos los escritos, algunos de fatigosa interpretación, bastante bien conservados apesar de las injurias del tiempo, pertenecen al siglo XVI y XVII, siendo muy sensible se hayan extraviado algunos papeles, como el pasaporte y algun otro, que pudieran poner en claro datos relativos a la vida y hechos del citado León.

La circunstancia de que Chinchilla diga en su historia de la Medicina española al hablar de Andres de León: «Inutil es buscar en los bibliógrafos noticias biográficas de este autor; nadie hasta ahora ha expuesto su historia;» el considerar que tanto este historiador como el Sr. Hernandez Morejón sólo dan algunos datos sacados de los libros de Leon, no estando claros, ni conformes, ni verídicos en algunos de ellos, son motivos que justifican el que publiquemos estos manuscritos, por ver si con ellos puede hacerse una biografía de aquel profesor.

En la foja 3.ª del legajo de nuestra pertenencia hay un documento firmado por D. Luis Carrillo, Conde de Caracena, Capitan general de Galicia en 1604, en cuyo documento se demuestra que después de la derrota de Corcubión, el médico-cirujano de

El Rey

Mis Veedor General y Contador dela armada del mar Oceano, yo os Mando feneScais las q̃tas. del doctor Andrés de Leon medico y ciruJano que fue én la dhá armada del tiempo que me huuiere seruido én élla, y delo que Justamte. constare que se le ha quedado a deuer de su sueldo seruido, deis certificaçion á el o aquien su poder huuiere, para que la presente donde bien visto le fuere, que tal Es mi voluntad. Dada én Vallid. - A quatro. de abril de Mill y Seyscientos y cinco años.

Yo el Rey

El doctor andres de leon

Auto en confirmación de la nobleza del doctor

El doctor Andres de Leon medico de la armada del mar oceano y exercito del Rey nuestro señor vezino y Regidor de la villa de Ferrol digo que yo soy hijo dalgo notorio y descendiente de tales y estoy en tal derecho y posesion e exencion e libertad y como a tal ansi en la ciudad de Ubeda de donde soy originario y natural como en las villas de Torre Ximena y Man[cha] Real y Granada y Jaen donde he residido me a sido guardada la dicha libertad de honbre noble e hijo dalgo y dado sobre ello sentencia y librado carta executoria litigada con el procurador fiscal e sindico de los hijos dalgo de las dichas ciudades y villas y mandado por las dichas sentencia y carta executoria que sobre ella dicha libertad y exencion no sea molestado ni perturbado y en causas ceviles y deudas y cosas que no proceden de delito no sea executada ni arrestada mi persona ni mis bienes......................

El licenciado Valencia

El doctor Leon

El Rey

Por quanto por parte de vos el doctor Leon medico nos a sido fecha relacion que vos haviades compuesto un libro intitulado Recopilaciones y examen general de la anotomia del cuerpo humano diferencias y birtudes del alma distinciones de mediana y otras cosas muy provechosas y curiosas de filosofia y astrologia en lo qual aviades puesto mucho trabaxo y ocupacion de tiempo suplicandonos os mandasemos dar licencia para lo poder inprimir y privilegio por veinte años o como la nuestra merced fuese lo qual visto por los del nuestro consejo porquanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la prematica por nos sobre ello fecha dispone fue acordado que deviamos mandar dar esta nuestra cedula para vos en la dicha razon e yo tubelo por bien y por la presente por os hacer bien y merced vos damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes que corren y se quentan desde el dia de la data della en adelante vos o la persona que vuestro poder oviere podais hacer ynprimir y vender el dicho libro que de suso se haze mincion y damos licencia y facultad a qualquier inpresor destos nuestros reinos que vos nombraredes para que por esta vez le pueda inprimir con que despues de inpreso antes que se venda lo traigais ante los del nuestro consejo juntamente con el original que en el se vio que va rubricado y firmado al cavo de Miguel de Ondarca Cavala nuestro escrivano de camara de los que en el nuestro consejo residen para que se vea si la dicha inpresion esta conforme al original o traigais fee en publica forma en como por corretor nombrado por nuestro mandado se vio y corrigio la dicha inpresion con el original y se inprimio conforme a el y que quedan ansimismo inpresas las erratas por el apuntadas para cada un libro de los que ansi fueren inpresos y se os tase el precio que oviere des de aver por cada bolumen y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda ynprimir ni vender so pena que el que lo hiciere aya perdido y pierda todos y qualesquier libros y moldes que del tuviere y mas incurra en pena de cinquenta mill maravedis por cada vez que lo contrario hiciere la qual dicha pena sea la tercia parte para el denunciador y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para la nuestra camara y mandamos a los del nuestro consejo presidentes y oidores de las nuestras audiencias alcaldes alguaciles de la nuestra casa y corte y chancillerias y a otros juezes y justicias qualesquier de todas las ciudades villas y lugares de los nuestros reinos y señorios ansi a los que agora son como a los que seran de aqui adelante que vos guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta nuestra cedula y merced que ansi vos hacemos y contra su tenor y forma no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar en manera alguna so pena de la nuestra merced y de diez mill maravedis para la nuestra camara dada en Madrid a veynte y tres dias del mes de febrero de mill y quinientos y noventa y nueve años —

Yo el Rey

la Armada española, Andrés de León, quedó solo en el Ferrol asistiendo á gran copia de heridos y enfermos, por cuyo rudo y continuado trabajo, dice textualmente el cirujano de la Armada: «Me dió una enfermedad mi grabe y muy peligrosa que me tubo encama mucho tiempo a punto de muerte.» Al principio de este documento se lee: «El Doctor Andrés de león mediCo y surujano de su maGestad parcsco Ante vssª en la bía y forma que mejor aga Lugar y digo que en satisf^{n} de Los Serbicios de mis Predecesores y mios que hice ansí en la jornada de purtuGal sirbiendo con ambas facultadcs con la asistencia de la Corte y ansimismo abcrme oCupado en su rreal serbicio en la compusision de cuatro libros de medicina que hestan impresos con prebilegio rreal fue su mag^{d} servido acerme merced de me elegir y nombrar por mediCo y surujano mayor de su rreal armada del mar Occéano como consta de su rreal titulo hestando La corte en Toledo con ochenta hescudos al mes cuarenta por cada facultad.......................................
....»

En la foja 8.ª se lee una licencia firmada por el Rey Felipe II, en 23 de febrero de 1589, autorizando al Dr. León para imprimir un libro, y que dice á la letra:

«Por quanto por parte de Vos El dotor leon médico Nos a sido hecha R^{on} que Vos auiadades compuesto un Libro intitulado rrecopilaciones y examen general de la anoctomia del cuerpo humano diferencias y birtudes del alma y otras cosas muy prove-

chosas y curiosas de filosofía y astrología en lo cual auiades puesto nuevo trauajo y ocupazion de tiempo, suplicandonos Os mandasemos dar licencia para lo poder imprimir y preuilegio por veinte años ó como la mía merced fuese, lo cual visto por los del mio consejo.................................
.................................»

Esta real cédula á favor de León, termina dándole licencia para la impresión y privilegio de diez años, durante los cuales, nadie sino él pudiera vender é imprimir dicho libro, advirtiéndole presentara el original manuscrito y rubricado al Consejo, para que antes de la venta se cotejara con el impreso, etc.

En la foja 9.ª existe otro documento análogo al anterior, con firma auténtica del Rey, fechado en Valladolid á 29 de enero de 1605, concediendo licencio al Dr. León para la impresión de otro libro, cuya real cédula principia así:

«Por quanto por parte de Vos El dottor andres de leon, Médico y cirujano nuestro y protomedico de nuestra Real armada del maroceano, nos hasido hecha rrelacion que vos habiades compuesto un libro intitulado *práctico morbo gálico*, el qual Hera muy Hutil y Provechoso para el Vien comun de la rrepública.................................
.................................»

Se le otorga el permiso y se le concede privilegio por diez años para dicho libro (1).

---

(1) El lector podrá consultar el facsímile de alguno de los documentos pertenecientes al Dr. León, que intercalamos en el texto.

En la foja 10 se lee el siguiente manuscrito:

«El Rey.=Mi Veedor General y Contador de la armada del mar Oceano, yo os Mando fenescais las quentas del doctor Andrés de Leon medico cirujano que fué en la dicha armada del tiempo que me hubiere seruido en ella; y de lo que justamente constare que se le ha quedado á deuer de su sueldo seruido, deis certificacion á él ó aquien su poder hubiere, para que la presente donde bien visto le fuere, que tal es mi voluntad

Dada en Valli^d A quatro de Abril de mill y seyscientos cinco años.

Yo el Rey

Por mandato del Rey mi señor.

Esteuan de ybarra.»

En la foja 11 el escribano público Francisco Varxa, libra certificación de haber recusado el Dr. Leon al tribunal que había de entender con motivo de «cierta riña y pendencia entre el Dr. Leon médico del Rey nuestro Señor y martino da beiga zapatero y vecino del Ferrol subcedida en seis del presente mayo.....»

«En la Villa de ferrol á treinta días de octubre de mil é quinientos é noventa y ocho años el doctor Leon, medico del Rey mio señor é vecino de dicha Villa dixo é pidió á mí el Procurador le diese por fee y testimonio signado y firmado y en manera que hiciese fee. En como seyendo como es hijodalgo y descendiente de tales.....................

....

por lo qual no estaua obligado á reciuir gente de

guerra en su casa por bia de alojamiento.......»

En este documento se queja el Dr. León del olvido en que el Ayuntamiento tuvo sus particulares fueros y el daño que en su domicilio causó la gente de guerra ante su justa oposición á no admitirla en alojamiento. Dicho testimonio va firmado por el mismo funcionario que otorgó el anterior.

En el año mil quinientos noventa y nueve, y en el día catorce de octubre, un escribano público del Ferrol expidió un testimonio legalizado en que se declara que el Dr. León quedó exento de toda carga en los padrones de dicha villa «por guardarle sus libertades como hijodalgo, según ha mostrado y presentado á la república la carta executoria de su hidalguía, y yo doy fe.......................
....»

En la foja 24 del legajo que venimos analizando existe un documento fechado en mil quinientos noventa y siete, y largamente autorizado por varias rúbricas de curiales y con firma del mismo doctor León, en que se prueba y confirma la nobleza del cirujano León, en cuyo escrito se dice de una manera terminante la patria (1), hasta hoy desconocida, de nuestro médico. Con efecto, el documento á que nos referimos dice á la letra:

«El doctor Andrés de leon, Medico de la harmada del mar océano y exército del Rey nuestro señor. Vesino al presente de la Villa de ferrol digo que yo

(1) Al menos de una manera indiscutible.

soy hijodalgo notorio y descendiente de tales y estoy en tal derecho y posesion, exencion é libertad y como á tal ansí en la ciudad de úbida y GRANADA DE DONDE SOY ORIGINARIO Y NATURAL como en las villas de torreximena y mancha de Jaen donde he residido me aseido guardada la dicha libertad de hombre noble é hijodalgo........................
....»

Finalmente, las últimas fojas del manuscrito contienen fes y testimonio de la nobleza del Dr. León, eximiéndole de las cargas ordinarias y extraordinarias como hijodalgo y médico del Rey. En la foja cuarta se leen unas líneas escritas probablemente por el citado Leon, que literalmente dicen: «Testimonios (extraviados) de los castellanos de los fuertes de la ría? Del puerto del ferrol en como suplican á su majestad se sirva nombrar al Dr. A. de leon por su médico de los castillos,» lo que prueba indudablemente la estima en que le tuvieron por sus conocimientos médicos.

Tales son los principales datos que de los manuscritos más importantes que poseemos se desprenden y que hacen referencia á los hechos y honores de este ilustre cirujano, de los que claramente se deduce, que Andrés de León, hijo de Granada, residió en Úbeda, Ferrol, Coruña, Toledo, etc., que fué primer médico de la armada, que asistió á la campaña de Portugal, que era de noble descendencia y declarado hidalgo por sus méritos y servicios, quedando exento de gravámenes y cargas para el Erario, que fué médico del Rey, escribió varias obras, fué celo-

so de sus honores, supo sacrificarse por sus enfermos y fué personaje de valía en su tiempo, y como médico, reputado y bien quisto. Si á estos datos exactísimos se agregan otros extraídos de algunos pasajes de sus obras, como que estudió en Sevilla, practicó la Medicina bajo la dirección de Nicolás Monardes, en los hospitales del Cardenal y Desamparados, como también en los de Valencia y Zaragoza, que acompañó al Duque de Alcalá cuando trasladaron al Escorial los restos mortales de los Reyes, que asistió á la famosa expedición de Inglaterra con el Adelantado mayor de Castilla, que estuvo en la campaña de Granada como médico, con D. Juan de Austria, que practicó algunos años en Baeza, donde imprimió «las cuatro partes de sus primeras obras,» como dice en su *Práctico de morbo-gálico*, f.º 4 v.º, tendremos datos suficientes para conocer la biografía de este escritor español, por más que se ignore la fecha de su muerte.

Tocante á su bibliografía, poco debemos decir, toda vez que sus libros fueron analizados ya por los historiadores; pero esto no obsta para que nosotros, con el fin de redondear este mal pergeñado artículo, digamos algunas palabras.

Por la cédula real primera de que hicimos mención, sabemos que en 1589 tenía escritos los «Cuatro libros de anatomía, recopilaciones, etc.,» y que no se acabaron de imprimir hasta 1590 en la ciudad de Baeza, en un volumen en 4.º, dedicado al Conde de Castellar; la segunda edición, dedicada al Conde de Trastamara, es de 1605.

El primero de los cuatro libros de que consta esta obra, se ha hecho célebre por el capítulo I, en que se recuerdan unas palabras de Hermes Trimegisto, acerca de la hermosura y armonía del cuerpo humano, deduciendo de ambas la existencia de Dios; por el capítulo XXII, en que trata del corazón y sus funciones, capítulo que se aduce para demostrar que Andrés de León conoció la circulación y que, á nuestro entender, indica que este cirujano, no sólo no tuvo idea de esta función, si que también desconoció otros escritos sobre el particular, anteriores á los suyos y más perfectos, como los de Valverde, Calvo y algún otro, sin mencionar al inmortal Servet.

El libro segundo trata particularmente de las diferencias y virtudes del alma, y no sería difícil señalar la fuente de sus ideas más salientes en otros escritores como Gómez de Pereira y D.ª Oliva de Sabuco.

El libro tercero está dedicado á la cirugía, y trata de apostemas, úlceras y fístulas particularmente. El libro cuarto y último, le dedica á tratar de la utilidad y daños de la sangría y en él se ve la importancia que el autor daba á las teorías galénicas, á la influencia de los astros en el cuerpo humano, y la de la luna en la acción de las purgas. En suma, esta obra, que gozó de gran crédito, puede considerarse como un resumen de la Medicina de entonces, pero sin la trascendencia de otros escritos anteriores y de su misma época.

El *Práctico de morbo-gálico*, impreso en Valladolid en 1605, es un libro formado por observaciones pro-

pias del autor, y por la recopilación de cuanto se había dicho hasta entonces. Algún bibliógrafo acusa al Dr. León de haber copiado en esta obra á Ruiz de Isla en su *Mal serpentino.* Nosotros no opinamos de un modo tan radical; encontramos muchas y muy notables diferencias que no es del caso citar aquí, aparte de que el autor León confiesa la naturaleza compiladora de su libro.

De todos modos, este libro gozó de gran reputación en aquel tiempo, á juzgar por los sonetos que se le dedicaron al autor; en este escrito pueden verse datos curiosos, entre los cuales recordaremos lo que dice de la gravedad del venéreo en aquellos tiempos, que quitaba la vida á muchos, y que esta misma perniciosidad motivó que, estando el ejército en Setuval, cuando la jornada de Portugal, y en la época de 1579 á 1580, «se cortaron al pie de cinco mil miembros entre todos los de la facultad, é yo la mayor parte,» según dice A. de León.

Por este libro se infiere la extensión que este mal había adquirido en todas las clases sociales y el tratamiento más en boga por aquel tiempo; todo lo cual, entre otras muchas razones, hace que sea este escrito muy útil y curioso entre los varios de este celebrado escritor.



Con visible desdén trata el autor de los *Anales* a D. Joaquín Villalba, olvidando los servicios que el escritor aragonés prestó á la Medicina nacional. Sa-

Señor Juez de Imprentas

D. J. de Villalba, Profesor de Cirugia-medica, con el devido respeto à V. S. suplica se sirva mandar pasar à la Censura los dos primeros tomos de la Biblioteca Medico chirurgico-Española, que presento, y (si la obtuvieren) concederle las licencias necesarias para su impresion, en que recibira merced.

Dios guarde á V. S. m.s a.s

Madrid de Febrero de 1806

Joaquin de Villalba

bíase por la Epidemiología española que su autor Villalba había pedido permiso para imprimir los dos primeros tomos de una Historia de la Medicina que tenía terminada, y el erudito Sr. Peset y Vidal, en su excelente libro sobre la «Medicina Valenciana,» lamentábase de la desaparición de la obra de Villalba, suponiendo que, dada su pericia, había de ilustrar gran número de problemas históricos.

Con efecto, nada dicen de este libro Chinchilla y Morejón, y nada absolutamente se sabe de tal obra, que Villalba ofreció en los primeros días de este siglo.

Como se han pasado ochenta años y la promesa de Villalba no se realizó, había motivos para pensar que la *Primera historia completa de la Medicina española*, anunciada por el médico aragonés en su Epidemiología, no había pasado de un deseo ó que se había perdido para siempre. Nosotros hemos tenido el gusto de encontrarla y examinarla, y creemos hacer un servicio á la literatura patria llamando la atención hacia este libro y su autor, en pocas líneas.

En mayo de 1883, un librero de viejo vendió á la Biblioteca Nacional un abultado fardo de manuscritos que sin catalogar, ni analizar, yacen almacenados en la sección de manuscritos de dicha Biblioteca. Estos papeles pertenecieron á D. Joaquín Villalba, estuvieron mucho tiempo en la calle de Toledo núm. 120, y nada sabemos de su historia anterior, aunque lo más probable es que pasaran de unos á otros herederos de D. Joaquín, según se des-

prende de un escrito de la colección, en que el firmante se declara biznieto de Villalba, perdiéndose durante esta peregrinación de setenta y tantos años buena copia de documentos.

De los varios escritos que contiene el legajo se deduce que Villalba era aragonés, de Mirambel (1), y que nació á mediados del siglo pasado, pues que en 1774 era practicante del Hospital de Nuestra Señora de Gracia en Zaragoza; si se tiene en cuenta que su esposa nació en 1756 y que el ilustre Villalba era estudiante en 1774, veremos que no es improbable que naciera á mediados del siglo anterior. Desde muy temprano mostró su afición al trabajo, coleccionando un recetario que existe manuscrito entre sus papeles. Más tarde fué cirujano en el regimiento del Infante y luego catedrático en Madrid y agregado á la Biblioteca de San Carlos. En 1799 escribió un libro de *Fisiología del caballo*; en 1802 publicó su conocida obra en dos tomos *Epidemiología española*, y en 1806 pidió permiso (2) al juez de imprenta para imprimir los dos primeros tomos de la *Historia* y *Biblioteca médico-quirúrgica española*; escribió además, según los manuscri-

(1) Esto se desprende de la lectura de la pág. 79, tomo II de la *Epidemiología Española*.

(2) Esta petición de puño y letra de D. Joaquín, el índice de su Biblioteca con la tasación de sus libros, algunas cartas, papeletas y notas de importancia, vinieron á mi poder por conducto del mismo librero que vendió los manuscritos. Damos el facsímile del primer documento para testificar la primacía de Villalba, como historiador médico.

tos y borradores que le pertenecen, la traducción con notas extensas del *Poema de la sífilis,* de Fracastor; *Jatralipta* ó *Medicina ungüentaria*; un *Diccionario de higiene y economía rural*; un *Tratado de gimnástica civil y militar de los antiguos españoles, Extracto de un curso de Craneoscopia*; un *Tratado de zoología*; escribió además de materia médica y multitud de discursos y polémicas, y la *Historia de su esposa,* obras que aunque no se hubieran impreso acreditan los conocimientos y actividad de Villalba, dándole la última opinión de padre y esposo ejemplar.

Por fin, entre sus manuscritos, que distan mucho de estar completos, lo cual es muy sensible, se encuentran cartas de Gimbernat y Masdevall, el manuscrito del Vademecum, traducido por don B. Gutiérrez, y un discurso en que se analizan «Las causas que en España atrasan el uso de la más verdadera Medicina,» y borradores para un estudio extenso sobre los baños y fuentes minerales, lo que me parece también ser obra del Dr. Villalba.

Nosotros sólo queremos ocuparnos de su historia de la Medicina. El Sr. Villalba la llamó *Historia y Biblioteca de la Cirugía médica-española*, y á juzgar por los manuscritos, debió quedar terminada, ó, al menos, en su mayor parte.

En el prefacio de este libro dice que la historia de Masdeu le serviría de norte y guía en su extensa obra, que había de llevar láminas. En el pliego 3.º de dicho prefacio hay una nota en que Villalba asegura haber encontrado «UNA EXACTA DESCRIPCIÓN

DE LA CIRCULACIÓN DE LA SANGRE EN UN MÉDICO ESPAÑOL ANTERIOR Á SERVET, FRANCISCO DE LA REINA Y OTROS CITADOS POR FEIJÓO.»

Nosotros no hemos encontrado en el texto incompleto de la obra, el autor á que se refiere, y en verdad que es sensible, porque tal hallazgo sería de importancia suma (1). Termina el prefacio asegurando que la Cirugía es anterior á la Medicina, fundándose en la carta de Séneca, citada por Haller, y finaliza quejándose de tener pocos libros y con unas palabras del poeta Marcial.

En la *Introducción* habla de la utilidad de la historia y de la injusticia con que nos tratan los extranjeros; enaltece á la Medicina nacional, y dice que los Reyes Católicos fueron los primeros que se preocuparon de la bibliografía española, y que Carlos III mandó escribir la bibliografía médica á los bibliotecarios de Cádiz y Barcelona; asegura que su obra sería la primera completa en el mundo. Dice que su historia será biográfica y bibliográfica, comprendiendo la época moderna tres tomos.

He aquí el plan de la obra, que á todas luces indica ser muy vasta, y por las notas y recuerdos, estar hecha con gran copia de datos: 1.º Medicina fa-

---

(1) Acaso aludió Villalba á las frases del discípulo de Avenzoar, el cordobés Averroes, estampadas en su inmortal libro titulado *Colliget*. Con efecto, decía este médico en el siglo XII: *arteriæ quæ portant sanguinem a corde et ramificate sunt per totum corpus ad ferendum rem ipsam...*; palabras dignas de atención por lo que pueden ilustrar la historia de la medicina árabe y el descubrimiento de la circulación de la sangre.

bulosa; ídem primitiva; 2.º Medicina desde la venida de los fenicios hasta el nacimiento del Mesías; 3.º Medicina romana y goda; 4.º Medicina árabe; 5.º Medicina cristiana hasta 1501. La segunda parte comprendía la época moderna dividida en tres secciones, estudiando los siglos XVI, XVII y XVIII, destinando un tomo para cada uno de ellos. La primera parte está formada por discursos con biografías á continuación; el primer discurso, que comprende hasta 254 páginas de manuscrito y gran tamaño, es una gallarda muestra de erudición acerca de los antiguos tiempos, clima, costumbres, baños, medicamentos, diversiones, geografía, productos, alimentos, bebidas, etc., de los primitivos españoles, describiendo la cerveza y el cumís como bebidas de los vetustos iberos.

Los manuscritos correspondientes á la Medicina goda, romana y árabe, han desaparecido, pero existen notas por las cuales se deduce que trató Villalba estas secciones, con tanta detención como la primera, y buena prueba de ello es el profundo estudio que parece hizo de las inscripciones, medallas y monumentos antiguos relacionados con la ciencia de curar.

Los legajos de biografías médicas son muy ricos y numerosos, por más que el tiempo ó manos intencionadas hayan hecho desaparecer datos importantes y numerosos referentes á muchos autores.

El catálogo de escritores rabinos, judíos y hebreos nos proporciona una muestra de la índole

de esta obra; allí nos da á conocer Villalba treinta y seis escritores más que el erudito Morejón, y si bien deja de hablar de ocho médicos hebraicos citados por el Sr. H. Morejón, es porque muchos de ellos nada dejaron escrito referente á la Medicina, como son: Selomoh Ben-Virga, Aben-Zarsal y sus hijos, Ichag, Abarbanel, y algún otro olvidado en el índice de Villalba.

Parece ser que este erudito escritor médico, al trazar la cronología de los escritores hebreo-hispanos, tuvo en cuenta el año de su nacimiento, otras veces la época de su muerte, como la que señala á Ben-Maüemón, Jahacob Mantenu, Elías Montalto, Zacuto Lusitano, etc.; la publicación de alguna obra, como en Amato Lusitano, Izchag Cardoso, Ben-Huziel, Jehudad Mosca, etc.; la fecha del cambio de religión, como en Abner, ú otro hecho extraordinario, resultando una serie de cifras heterogéneas que hay que reformar, si ya no lo hizo así Villalba al poner en limpio sus borradores.

En escritores del siglo XVI es muy rico el índice biográfico y habla de autores poco conocidos.

La extensión con que habla de Amato Lusitano, á quien atribuye el descubrimiento de las válvulas sigmóideas, de Melchor de Villena, la bibliografía de Matías Alvarez, las dudas que expone tocante al famoso libro acerca de los baños de Salam-bir, traducido por Pizzi y atribuído á un médico árabe; la inmensa riqueza de escritores médicos valencianos y aragoneses pertenecientes á los últimos tres siglos, coleccionados por orden alfabético y los detalles que

se leen en aquel *mare magnum* de notas y apuntes, son bastantes para elevar el nombre del Sr. Villalba á una altura mayor que la que le concedió el apasionado Chinchilla.

Creo que es suficiente lo expuesto para que mis lectores deduzcan que *la primera* obra de historia general de la Medicina española pertenece á D. Joaquín Villalba, y que, á juzgar por lo que de ella queda, debió ser de tanto ó más vuelo que las dos que poseemos debidas á Morejón y Chinchilla.

Y aquí vienen de molde estas preguntas: ¿Cómo es que mientras estuvo perdida la obra de Villalba, primera en su género, aparecieron dos de la misma índole, muy parecidas entre sí y semejantes á la antigua? ¿Conocieron Chinchilla ó Morejón los manuscritos de Villalba?

Yo no sé contestar á estas preguntas, por más que haya podido sorprender semejanzas descriptivas entre las tres historias de la Medicina á que aludo, y que pudieran explicarse, tal vez, por haber utilizado todos ellos las mismas fuentes en los más importantes datos.

VI

ENSAYO DE INOCULACIÓN

Voy á tratar de un libro y de un autor que, aunque de época no muy remota, yacen ambos en el más completo é injusto olvido, hasta de los médicos encargados de trasmitir á las venideras generaciones las noticias referentes á los hombres sabios y humanitarios y á sus meritorios escritos.

La verdad es, que no me explico cómo los historiadores de nuestra ciencia pudieron pasar por alto la personalidad respetable y simpática de O'Scanlan y sus obras, que tanto contribuyeron á ilustrar la opinión de los españoles tocante á la inoculación de las viruelas, disminuyendo considerablemente con su propaganda, el número de fallecimientos y cegueras que aquella terrible enfermedad venía produciendo desde tiempo inmemorial.

Muy poco sabemos de la vida de D. Timoteo O'Scanlan, originario de Inglaterra aunque nacido, tal vez, en la Península. Mas, aunque así no fuera, por su larga estancia, por sus servicios, por sus honores, por su reputación, pertenece á España, en donde supo conquistarse alto renombre y gran consideración de parte de este pueblo. Y si es cierto

que el hombre es hijo de sus hechos y de la patria en que éstos se realizaron, indudable es también, que el Dr. O'Scanlan nos pertenece, pudiendo figurar, por tanto, junto á los más preclaros médicos hispanos.

Floreció este personaje en el último tercio del siglo XVIII; en 1792 ostentaba títulos tan honrosos como el de académico de número de la Real de Medicina de Madrid, de la de Sevilla y de la Médico-práctica de Barcelona. El mismo O'Scanlan nos dice que había sido médico consultor de los reales ejércitos y proto-médico del departamento marítimo del Ferrol.

Escribió algunas obras, de las cuales sólo citaremos *Práctica moderna de la inoculación*, primer tratado de esta índole que se publicó en España, pues aun cuando los doctores Salvá, Spallarosa y Rubín de Celis escribieron sobre dicho asunto, parece que no se ocuparon de los procedimientos operatorios con la extensión que el autor que nos ocupa y de quien tomamos esta noticia.

Escribió también el Dr. O'Scanlan un libro titulado *La inoculación vindicada*, para desvanecer los errores y preocupaciones que en el público infundieron escritos como los de D. Vicente Ferrer y otros; finalmente, en 1792 dió á la estampa el «Último fruto de sus experiencias y observaciones,» que de tal calificó su *Ensayo apologético de la inoculación*, que es la obra de que vamos á ocuparnos; obra, en verdad, curiosa, escrita con método y claridad, y cuyo extracto verán con gusto mis lectores, no sólo

por el valor bibliográfico é histórico que encierra, sino porque sus ideas y apreciaciones parecen escritas para nuestros días, poniendo una vez más de relieve aquella verdad de que los procedimientos de los hombres son siempre los mismos ante los grandes descubrimientos, variando tan sólo por razón cronológica detalles secundarios, según el objeto de litigio.

Si en noviembre de 1791 confesaba O'Scanlan, que hacía más de treinta y ocho años que venía consagrándose al estudio y propaganda de la inoculación, y aún no estaba ésta generalizada en España, dedúcese de tal dato, primero: que el autor podría haber nacido en el primer tercio, cuando menos, del siglo XVIII y que la inoculación encontró en España no poca frialdad de parte del público y considerable apatía ú oposición en los profesores; oposición que vemos confirmada al considerar que muchos años después que en Europa, Asia y Africa se combatía el terrible azote de la viruela con la inoculación, en nuestro país apenas si se practicaba este proceder por algún profesor entusiasta y caritativo, que se exponía á las iras de sus compañeros ó de las autoridades.

Examinemos el ensayo apologético, que con ser tan curioso, podría pasar como obra de actualidad cambiándole tan sólo fechas y algunos nombres.

Este libro, impreso en Madrid en el año 1792, está en cuarto y contiene 391 páginas, sin contar 98 más, en donde se encuentran la dedicatoria, el prólogo, el compendio histórico de la inoculación, etc.

El ejemplar que poseo tiene en la anteportada un grabado que representa una medalla en honor de la inoculación, acuñada en Gothemburg, con el nombre de la Condesa de Geer, que fué la primera que admitió el proceder para sus hijos; el nombre de la citada Condesa aparece dentro de una corona y por fuera se lee esta incripción: *Ob infantes civium felici ausu servatos*. En el anverso se ve una culebrita apoyada sobre una especie de pedestal, debajo estas frases: *Sublato jure nocendi*.

El lema que el autor adoptó al presentar al público este *Ensayo*, está tomado de Cicerón, y lo constituyen estas intencionadas palabras: *Multorum improbitate depressa veritas, emergit.*

Dedicó O'Scanlan su libro al Obispo de Barbastro, á quien alaba por haber aceptado como buena la inoculación, haberla recomendado á sus paisanos, salvando así con sus consejos millares de vidas y evitando terribles accidentes, creyéndole merecedor de ceñir miles de veces la corona cívica con que los romanos premiaban á todo el que hubiese conservado la vida de algún ciudadano.

Hasta 1802, después de la inoculación de la vacuna á los hijos de los Condes de Bornos, no se conocieron en España, prácticamente, las ventajas del descubrimiento de Jenner.

Ante el informe de los doctores D. Antonio Soldevilla y D. Ignacio María Ruiz de Luzuriaga, la Real Academia de Medicina de Madrid declaró por unanimidad que la obra que nos ocupa, era muy útil y digna de la luz pública.

En la introducción, escrita, como el resto de la obra, con gran claridad y castizo lenguaje, quéjase el autor del poderoso influjo que, hasta en los hombres de ciencia, ejerció siempre la opinión de la multitud, apegada á rutinarias preocupaciones, á vetustas costumbres, con gran daño de nuevos y útiles descubrimientos, y con no menor perjuicio de la riqueza y de la salud de un pueblo. Calcula el Dr. O'Scanlan, que teniendo la nación más 33.000 ciegos por las viruelas, otros tantos seres inútiles para el fomento de industrias y artes, y arrebatando aquella enfermedad la sétima y á veces la cuarta parte de sus habitantes en sus terribles epidemias, debiera el Gobierno y la nación en masa adoptar la inoculación, toda vez que estaba demostrado por serias y numerosas estadísticas, formadas por médicos prácticos, que tal proceder era el más eficaz y benéfico, el de mayores ventajas de cuantos hasta entonces se habían descubierto, «por más—dice—que el tiempo y la experiencia irán perfeccionando la inoculación de tal modo, que los beneficios sean mayores y pueda practicarse sin riesgo alguno.» Confiando también en que la ojeriza y la preocupación de gran parte se desvanecerá andando el tiempo.

Consta el libro que nos ocupa de cinco partes; en la primera, se trata de la historia de la inoculación en Europa y en particular en España; en la segunda, de las ventajas que reporta al particular y al Estado, con un paralelo clínico entre las viruelas naturales y las artificiales; en la tercera, se presentan las once objeciones que se hacían á la inocu-

lación, con sus respectivas respuestas; expónese en la cuarta el dictamen de varias corporaciones científicas, nacionales y extranjeras, y en la quinta y última parte, se extracta un capítulo de Bucham, para dar á conocer la boga que la inoculación alcanzó, por aquel tiempo, en Inglaterra, terminando el libro con estadísticas muy curiosas.

Poco nuevo y que no sea conocido de mis lectores pudiera copiar del resumen histórico que de la inoculación escribió O'Scanlan. La ternura y el cariño de los padres no podía avenirse á entregar la cuarta parte de los hijos á la terrible y asquerosa plaga de las viruelas, que si no mataba, acarreaba serios y duraderos accidentes, ó cuando menos deformaba el rostro de los pequeñuelos. El positivo y fundado temor de perder parte de la progenie, obligó á los padres á observar que la enfermedad rara vez se sufría en más de una ocasión, durante la vida; así es que desde tiempo inmemorial se puso en práctica el proceder de contagiar de viruelas benignas á los pequeños, ora introduciéndolos en el lecho de los apestados, ora frotando las costras contra su epidermis, bien obligándoles á usar camisas de los enfermos, etc., etc., hasta que más tarde se descubrió el proceder de la inoculación, que no se propagó y metodizó hasta la llegada de Lady Wartley Montaigne á Inglaterra, procedente de Constantinopla, como es tan sabido.

Bastó que aquella distinguida dama publicara la utilidad de la inoculación, hiciera saber que dos hijos suyos habían sido inoculados, así como tres

hijos del Embajador de Francia en Constantinopla; fué suficiente la inoculación de siete reos condenados á muerte y de cinco niños de la parroquia de Santiago en Londres, para que un Príncipe y dos Princesas que componían entonces la familia real de la Gran Bretaña, se sometieran al procedimiento y en seguida los nobles, los médicos más famosos como Freind, Mead, Fuller, Harris, etc., generalizándose al punto en Irlanda y luego en las posesiones inglesas de América la práctica de aquel procedimiento, mucho más útil que el alcanfor, el agua de brea, el etiope marcial, el mercurio, el antimonio y otra porción de medicamentos tenidos como específicos contra la plaga variolosa.

Doce experimentos fueron suficientes para entronizar la inoculación entre el pueblo inglés, que siempre tuvo fama de caminar con calma por el camino de las reformas (1). Cierto es que en 1722 principió á decaer el entusiasmo de los ingleses por aquel proceder; pero en 1738, ante los excelentes resultados que había producido en Boston, según las estadísticas, no sólo conquistó el antiguo aprecio, sino que aumentó considerablemente. Claro está que tal apogeo no vino sin sus contrariedades; no faltaron enemigos de todas condiciones, que se levantaran iracundos contra la inoculación, y hasta en las iglesias se predicó contra esta práctica, lla-

(1) Unas 40.000 inoculaciones, según el sistema Ferrán, sin ningún contratiempo y favorable resultado, según estadísticas serias, se han practicado en España en 1885.

mándola «obra de Lucifer é invención infernal.» Sin embargo, y á despecho de sus impugnadores, en 1755 la Sociedad Médica de Londres declaró unánimemente que la inoculacion era utilísima y que se debía admitir y practicar, declarando la licitud de esta práctica cuatro prelados ingleses, y desde esta fecha fué admitida casi universalmente en aquel país. Pues bien; en nuestra España, treinta y seis años después de aquel notable dictamen, se prohibía la inoculación por algunos Ayuntamientos, y eran perseguidos hasta con pleitos, los que practicaban la inoculación *aun en sus propios hijos!*...

O'Scanlan describe concisamente las vicisitudes de la inoculación en las distintas naciones en que fué introducida.

Al hablar de la inoculación en España, consigna el autor la lentitud con que se iba aclimatando aquel procedimiento, dejando entrever la oposición del vulgo y de los médicos hasta el punto de notarse que cada inoculación era una conquista tan fatigosa como el tomar una ciudadela, y esto era tanto más de extrañar, cuanto que desde muchos años atrás, venía practicándose la inoculación en el pueblo de Jadraque, según documentos que indudablemente conocerán los lectores; el autor consigna los nombres de aquellos profesores que antes y con más entusiasmo propagaron la ingerción de las viruelas en esta nación (1).

(1) Uno de los argumentos que con frecuencia se esgrimió en aquel tiempo contra los partidarios de la inoculación de las viruelas

Al demostrar el autor, que la inoculación es útil para el particular, contestando al chubasco de dudas é impugnaciones más ó menos apasionadas de los contrarios de aquel proceder, principia, con muy buen acuerdo, por comparar la sintomatología y positivos peligros de las viruelas naturales y las inoculadas, diciendo, al efecto, que las últimas son casi siempre discretas, no se complican con petequias ó pintas negras, ni con la fiebre pútrida, de la que suelen morir los variolosos. Dice que en las viruelas inoculadas, las postillas en el rostro son rarísima vez confluentes, cuyo fenómeno es natural que así ocurra, toda vez que á la cara le corresponden la quinta parte de las pústulas esparcidas por el cuerpo, y sabemos que las no naturales suelen ser discretas, y como según Sydenham y Boerhaave, la gravedad del pronóstico en esta clase de erupción depende *in principio,* no tanto del número total de viruelas, como de la mayor cantidad que aparecen en la cara, O'Scanlan deduce de este detalle, una circunstancia

fué el del dinero. Y en verdad que es muy sensible que ciertos espíritus (como veu todos los problemas, hasta los científicos, á través de su baja ambición) no teman manchar con sus palabras elevadas empresas; sólo que los encargados de tales acusaciones no suelen ser de los que deben *arrojar la primera piedra.* De embaucador y avaro se tachó á Harwey; censurósele al español Juan de Vega que vendiera la quina salvadora á *cinco duros* libra; los enemigos de Galeno, de Amonio, de Vesalio, Balmis, el Magallanes de la vacuna, etc., no vieron en los dichos y hechos de estos varones otra cosa que la idea del lucro; acusación que está al alcance de todo patán suspicaz y mal intencionado, y será, por tanto, argumento de resultado en el vulgo, que se pondrá en planta para combatir toda innovación.

favorable para la inoculación, y asegura que en ésta pocas veces las viruelas llegan á un millar, en tanto que en las viruelas naturales pueden aparecer hasta cien mil.

Dependiendo la hinchazón de la cara, párpados, manos, pies y garganta, así como la tos, la fiebre de reabsorción, los abcesos, la tisis consecutiva y la ceguera de la mayor cantidad de postillas variolosas, claro es que las viruelas inoculadas no producirán, sino excepcionalmente, aquellos funestos accidentes. Respecto de la ceguera, dice el autor que no sabe ni un solo caso en que un inoculado haya perdido la vista, en tanto que en las calles y en los establecimientos benéficos, se encuentran centenares de aquellos desgraciados, que deben su estado á las viruelas naturales. Tampoco las viruelas inoculadas dejan en el rostro indelebles señales que, llevándose la hermosura del cuerpo, suelen llevarse también la felicidad ó la fortuna de las mujeres.

Además de las excelencias expresadas, la inoculación tiene la de tranquilizar el ánimo de la persona, pues inoculándose se libra de un terror que le acompañaría toda su vida. Busca también el autor las ventajas de la ingerción variolosa, en que por este método el contagio siempre es por la piel, eligiendo los puntos menos delicados, en tanto que en la viruela natural, el contagio puede penetrar por la ingestión de alimentos y por la respiración, pudiendo la erupción causar profundos estragos en vísceras importantes.

El poder elegir el tiempo, el día, la hora en que

más convenga sufrir la viruela inoculada, rodeándose el enfermo y el médico de todas aquellas circunstancias que faciliten el mejor resultado, es otra ventaja señalada por D. Timoteo O'Scanlan, en el libro que nos viene ocupando, así como el afirmar que la inoculación suele mejorar la constitución, curar crónicas dolencias en los que se someten á tal procedimiento, y por fin, cortar de raíz, ó cuando menos disminuir notablemente la intensidad de las epidemias variólicas, librando así á los pueblos de tan terrible azote.

Después de referir las principales ventajas de la inoculación, apoyándose en ellas y en las estadísticas de médicos que la practicaron, demuestra O'Scanlan la utilidad de tal proceder para los Estados, toda vez que por él se evitan defunciones, se aumenta la población, y por ende la riqueza de los pueblos, y, dice, que comprendiéndolo así el Rey de Francia, concedió título de nobleza en 1783 á Mr. Girad, por haber inoculado á multitud de personas con feliz éxito. Entra en seguida el autor á contestar á las objeciones de los enemigos de la inoculación; pretendían éstos desecharla fundándose: primero, en la variedad é incertidumbre de los inoculadores, respecto á la edad del sujeto, estación del año en que convenía la operación, preparativos, método operatorio y otras condiciones preliminares para la ingerción de las viruelas; segundo, en que la inoculación propaga el contagio de la enfermedad; tercero, en que la inoculación no preserva de las viruelas naturales; cuarto, en que suponían que el aire fresco era

nocivo para las viruelas; quinto, que el individuo no debe exponerse á peligro alguno; sexto, que la inoculación repugna al derecho natural, siendo un mal moral é ilícito, por consiguiente; sétimo, en que la inoculación es inútil, pues fácilmente se curan las viruelas con medios más suaves; octavo, por la inoculación puede introducirse otro virus; noveno, practicar la inoculación es tentar á Dios; tales eran las principales objeciones que en aquel tiempo se presentaron contra la inoculación, aparte de todas aquellas observaciones de menor cuantía, pero no menos dañosas, nacidas de miras particulares y odios personales entre los dos bandos. Y en verdad que cualquiera de mis lectores que conozca á fondo la suerte que ha corrido la inoculación del Dr. Ferrán, no podrá menos de notar la paridad de razonamientos expuestos por los anti-inoculadores del siglo pasado, y los de tiempos presentes. Entonces, como ahora, acontecía que los más rabiosos adversarios solían hablar de memoria, y lanzaban furibundas catilinarias antes de visitar enfermos, ni de emplear por sí mismos los procedimientos (1) que con singulares bríos atacaban, llevándose de la pasión, hasta ofender reputaciones científicas, y aun algo más, lo cual

(1) Recuerdo que uno de los más fogosos é ilustrados oradores contrarios á la inoculación Ferrán, atacaba rudamente en un discurso los inconvenientes funestos que debían sobrevenir á los inoculados, por defectos graves que observaba en la técnica y en los preliminares operatorios de las inyecciones profilácticas. Y, á renglon seguido de tan terribles acusaciones, confesaba el orador no haber presenciado ninguna inoculación, no haber visto casos de cólera, y ¡ni siquiera

es altamente deplorable, tratándose de personas ilustradas y compañeros de profesión. En estas discusiones laten, no siempre muy ocultas, rivalidades, odios, celos, afán de significarse, todo lo cual convierte el sereno análisis en violento pugilato, trocándose en los dos bandos la insignia del progreso médico, única que debiera guiarlos en sus discursos, por el rojo pendón de una rivalidad eterna é insensata.

O'Scanlan pone buen cuidado en rebatir las objeciones de sus antagonistas, y lo consigue por cierto, mesurada y fundadamente, contestando á todos los reparos y resolviendo el mayor número de dudas, valiéndose para todo ello, de escritos y estadísticas de profesores respetables españoles y extranjeros. Esta parte del libro es acaso la más importante y extensa, señalando los ejemplos en que los pueblos, alejados de las discusiones científicas y de las rencillas profesionales, ateniéndose tan sólo á los felices resultados que por sí mismos observaban en la inoculación, depositaban toda su confianza en tal proceder, hasta el punto de que á la vista del peligro de una epidemia variolosa y convencidos por experiencia de la verdad del método, las viejas y las madres inocularon á cuantos estaban en peligro de

---

conocía la forma de los matraces de cultivo, ni el modo y manera de usarlos!...

También era muy corriente asegurar con aplomo, que los inoculados por Ferrán, morirían de septicemia al mes de la inoculación, fecha que se fué prolongando, á medida que se iba viendo que los *incautos* gozaban de excelente salud, y sin que ninguno experimentara contratiempo serio.

contraer la enfermedad, con agujas y alfileres, sin preparación ni régimen de ninguna índole, como sucedió en 1785 en Rivadeo, dando los mejores resultados. De todas las observaciones que expone el Dr. O'Scanlan, fácilmente se desprende, que las ventajas de la inoculación de las viruelas eran inmensas relativamente á los medios conocidos hasta entonces, y que con tal proceder y una exquisita policía sanitaria, observando, por ejemplo, los preceptos que consignó el cirujano del Escorial Sr. Gil, en una disertación, se hubieran podido combatir las fatales consecuencias de las epidemias variolosas, si por fortuna de la humanidad toda, no se hubiera descubierto y generalizado la vacunación de Jenner, que representa la perfección en el procedimiento de la ingerción profiláctica.

Combatidas por O'Scanlan las objeciones de los anti-inoculadores, procede á extractar de un escrito del Dr. Buchan, las ventajas que puede reportar la inoculación.

Principia el autor lamentándose de la lenta acogida que tuvo este método, y supone, con buen ingenio, que si la inoculación no se hubiera introducido en España como un descubrimiento médico, y sí como una moda, hubiera sido adoptada por la generalidad con más entusiasmo. Si en este país, asegura el autor, la practicaran personas ajenas á la profesión, como aconteció en otros pueblos, la inoculación sería un procedimiento generalizado; pero entregada tan sólo á manos de los médicos, éstos se encargaron de retardar su aplicación con sus temores, sus

celos, preocupaciones y encontrados intereses, que son y serán obstáculos invencibles para el progreso de cualquier descubrimiento saludable. (Pág. 272.)

No deja de ser significativa la inclusión, entre los obstruccionistas, que hace el autor de algunos defensores de la inoculación, aquellos que, adheridos con repugnante constancia á su particular conveniencia, á su medro moral ó material, ávidos de acaparar negocios más bien que de ser desintercsadamente útiles á la humanidad (1), fingían ser los únicos depositarios de preceptos quc aseguraban el feliz éxito de la operación, cuando es sabido que ésta puede llevarse á cabo sin grandes conocimientos y aun sin neccsidad de estudios.

Termina el extracto de las ideas de Buchan, exponiendo la conveniencia y los medios de generalizar la inoculación de las viruelas y contestando á observaciones y errores de algunos contrarios del procedimiento.

El Dr. O'Scanlan, en el libro de que venimos dando concisas noticias, inserta una lista de personas reales inoculadas; otra de las fallecidas de viruelas naturalcs en el siglo XVIII; principian estos curiosos catálogos en la página 303, y son documentos valiosos para una clínica de Reyes y Príncipes, dándonos exacto concepto de los estragos que produ-

(1) El más santo de entre los físicos (médicos), es aquel que en el ejercicio de la profesión, tan sólo busca el galardón de los siglos venideros; lo dijo Barzuyeh en siglo VI, en su famoso libro de *Calila y Dimna*. (Véase más adelante.)

cían las viruelas y de las ventajas de la inoculación.

Dedúcese de tan curiosos informes, recogidos por O'Scanlan, que en el siglo pasado fallecieron de viruelas naturales 24 personas pertenecientes á las dinastías reinantes de las diversas naciones de Europa, siendo las más castigadas las familias del Gran Sultán y de los Reyes de España.

Fueron inoculados en el mismo siglo unos 52 individuos pertenecientes á estirpe regia, siendo las familias reinantes de Francia é Inglaterra las que mayor número de inoculados contenían; los operados no sufrieron ninguna consecuencia sensible.

A continuación encontramos en el libro que nos ocupa el nombre de los Príncipes fallecidos á consecuencia del sarampión, y termina la obra con dos catálogos dignos de nuestra atención.

Uno y otro son dos estadísticas de gran valor histórico, en lo que se refiere á la introducción de esta práctica en España, y documentos apreciables por los datos que encierran y por los nombres respetables que se consignan, eternizando la memoria de profesores humanitarios inspirados por el noble afán de perfeccionar la ciencia de curar.

Consígnanse en el primer catálogo muchos de los inoculados en nuestro país desde el año 1770, en que O'Scanlan empezó á practicar esta operación hasta fines de agosto de 1792, según datos extraídos de las *Gacetas* de Madrid y otros documentos fidedignos.

Por dichas estadísticas sabemos hoy que, en Caracas, en 1776, cortó el Marqués del Socorro una cruel epidemia de viruelas, inoculando á 5.000 per-

sonas, de las cuales sólo se desgraciaron dos, en tanto que morían de viruelas naturales el 36 por 100.

En la provincia de Caracas, desde 1783 á 1788, fueron inoculadas más de 5.000 personas de toda raza y sexo, sin ningún accidente.

D. Ignacio Ruiz de Luzurriaga practicó esta operación en las Provincias Vascongadas, en 1.284 individuos, con la muerte de un solo niño, en tanto que, y al mismo tiempo, murieron de viruelas malignas cuantos fueron atacados.

En Vigo se inocularon sin desgracia alguna, 550 individuos.

En 1776 inoculó O'Scanlan, en la villa del Ferrol, 188, y entre ellos, á dos de sus hijos.

Y sigue el autor acumulando datos y números, hasta formar un total de 31.005 inoculados, de los cuales sólo murieron 15, que corresponde á una defunción por cada 2.067 inoculados; estadística sumamente halagüeña y que pone fuera de duda las ventajas de la inoculación como medio profiláctico.

Ante estas cifras, la respetabilidad de personas que las reunieron y los documentos de donde se toman, no cabe dudar, no es posible atribuir el éxito á casualidad, ni menos tratar de vulgares embusteros á cuantos personajes intervinieron en la formación de aquellos números, á menos de no poder presentar documentos formales en que se demuestre la superchería. En aquel tiempo, y sin curarse de tan elemental cuidado, se desmintieron estos y otros datos análogos, y sin presentar estadísticas en contrario, se acriminó á los inoculados

é inoculadores, maltratándoles hasta en lo más sagrado, en la honra privada. Hoy la historia execra á aquella moderna generación de Primiroses y Parisanos, y aquilatando el mayor ó menor valor del procedimiento, alaba á sus propagadores, teniendo en cuenta el noble impulso que los moviera (1).

Por fin, en el segundo catálogo, que es el último capítulo del libro, se expresan el número de víctimas producidas por diferentes epidemias en distintos países, ascendiendo el de muertos á la cifras de 279.289; no dejan de ser curiosas las noticias que presenta el autor, muy útiles para la historia de las epidemias variolosas. Apoyándose O'Scanlan en los resultados de la inoculación, que sólo da una defunción por cada 2.000 de los inoculados,

(1) El autor del presente libro, convencido de sus humildes conocimientos, no encontrándose en el caso de juzgar de primera intención, operación tan sólo reservada á los genios, el valor profiláctico de la inoculación Ferrán que tanto preocupó á las imaginaciones en todos los países, durante el año próximo pasado, procuró estudiar sobre el terreno el método del doctor tortosino contra el cólera morbo. Con tal motivo, con quebranto de sus intereses y peligro de la salud, hizo tres viajes desde Madrid á las poblaciones más castigadas por la epidemia: visitó Valencia, Alcira, Aranjuez, las riberas del Júcar, presenció millares de inoculaciones, practicando no pocas por sí mismo, recayendo muchas en personas de su familia y amigos. Las primeras inoculaciones, según el método Ferrán, que se practicaron en Madrid las hizo el que esto escribe en julio de 1885, la primera persona que se sometió á la operación, la esposa del sabio catedrático de esta Universidad, D. José de Letamendi.

Tres conclusiones, indiscutibles, evidentes, á mi modo de ver, pueden establecerse respecto á la inoculación Ferrán:

1.ª Que de las 10.000 inoculaciones practicadas, según las pres-

deduce que hubieran podido salvarse 279.234 de aquellos infelices si se les hubiera sometido á la ingerción, y aun cuando el cálculo peque de optimista, no puede desecharse como totalmente falso, habiendo en cuenta los datos que abonaban el procedimiento precursor de la vacuna de Jenner.

Hemos dado á conocer muy ligeramente uno de los libros del Dr. O'Scanlan, más olvidado de lo que seguramente merecía; con lo poco que hemos extractado, mis lectores podrán formarse aproximada idea del contenido de esta obra, recordándoles al mismo tiempo, la semejanza que guardan las discusiones de los médicos en todo siglo, con motivo de reformas ó descubrimientos importantes.

---

cripciones de su autor, en distintas poblaciones de España, ninguna produjo accidente grave y sí sólo algún flegmón superficial.

2.ª Que las estadísticas formadas por médicos, é intervenidas por las autoridades civiles y eclesiásticas, todas son favorables á la inoculación, incluso la presentada por la comisión del Cuerpo Geográfico-estadístico, sin que se haya levantado, hasta hoy, protesta alguna ni colectiva ni individual, en contra del procedimiento, suscrita por personas que lo experimentaron.

Y 3.ª Que las ventajas del método están garantidas en el terreno clínico, con la gratitud de los pueblos, la opinión de centenares de médicos inteligentes y honrados, y el crédito de autoridades, notarios, sacerdotes, etc., que sancionan con sus firmas aquellos datos, sin que por esto pueda creerse que el método de D. Jaime Ferrán llena el *desideratum* de la profilaxis: raro es lo que sale *absolutamente* perfecto de las manos de un hombre; la mayor perfección de un proceder lo realizan las venideras generaciones con su trabajo, no con frases más ó menos intencionadas, para anular el nuevo procedimiento, que debe ser base de nuevos y más completos estudios, con los cuales se eleve el crédito de la Medicina patria.

VII

VILLALOBOS

Pecó de injusto ó mal informado el Dr. Méndez Alvaro, en su historia del periodismo médico en España, cuando al ocuparse de *El Crisol* reservó todas sus frases laudatorias para D. Ildefonso Martínez, á quien supuso director de aquella publicación y único agente de las muchas bellezas que aquella floresta médica publicó por el año de 1855.

Nos toca tan cerca la cuestión y somos tan amantes de la justicia, que habremos de decir algunas palabras acerca de dicho periódico, toda vez que de él vamos á copiar dos noticias bibliográficas importantísimas, principal asunto de estos artículos.

Aquella floresta de corta vida, pero de brillantes resultados, no ha podido ser olvidada por cuantos profesores llegaron á conocerla. Después de los años trascurridos (treinta) desde su desaparición, aún se recuerda con gusto su lenguaje castizo, la valentía de sus artículos y la vasta y sólida erudición de sus *críticas* y *chucherías.*

Bastaba con la original biblioteca que *El Crisol* regaló á sus abonados para hacer imperecedero su nombre entre los hombres de letras.

El ser aquel periódico de anónima redacción, el haber fallecido casi todos los que intervinieron en su vida y lo excesivamente raras que se van haciendo sus colecciones completas, justifican las dudas acerca de su director y redactores, brindándome á esclarecer este punto de la historia periodística.

Podemos afirmar, en vista de documentos fehacientes, como cartas, cuentas de la imprenta, notas manuscritas, listas de suscritores, libros de administración, etc., etc., que D. Juan Bautista Comenge, profesor en esta corte y queridísimo padre de quien escribe estas líneas, fué el director-propietario y administrador de *El Crisol*, y en su casa, Lobo, 23, segundo, residía la dirección, administración y redacción de aquel periódico.

Sus relaciones de íntima amistad con D. Juan Nicasio Gallego y sus profundos conocimientos en la lengua latina, inspiráronle el gusto por la bibliografía, en la cual fué muy competente, cual puede verse en las notas bibliográficas y en muchos artículos de *El Crisol*, especialmente en sus citas y lemas.

La igualdad de gustos y aficiones hizo que el señor Comenge se uniera á D. Ildefonso Martínez, hombre erudito (1) y amigo de D. Bartolomé Gallardo, por conducto del cual adquirió no pocas noticias bio-bibliográficas en extremo curiosas. El Sr. Martínez es el autor del «Espejo del verdadero médi-

(1) Está por hacer la biografía completa de este profesor, uno de los más instruídos de su tiempo, y que falleció á consecuencia del cólera morbo, cumpliendo con su deber.

co,» adoptando por pseudónimo Isac-Maimon-Firdusi, nombres que principian con las iniciales de D. Ildefonso Martínez y Fernández. Los «Médicos perseguidos por la Inquisición española,» monografía de gran valor, fué obra de los Sres. Comenge y Martínez, aportando cada uno el fruto de sus pesquisas bio-bibliográficas.

Durante los cuatro primeros meses de la publicación de *El Crisol*, este periódico se debió exclusivamente á la pluma de los dos amigos, ambos entusiastas, ambos eruditos, aunque menos arrojado el segundo que el primero, completándose así en la obra, toda vez que mientras el uno era influído por el carácter más pacífico del otro, éste cobraba del compañero conveniente ardor, necesario en aquellos tiempos de lucha.

D. Pedro Mata, González Velasco, Terán y Noguerol colaboraron también, aunque en pequeñísima proporción, en aquella floresta crítico-médica, especialmente en sus últimos números.

Figuraba como director de *El Crisol* el Doctor Palomeque,» pseudónimo tras el que se ocultaba su verdadero director-propietario y más asiduo redactor. Mis lectores recordarán que en la obra inmortal de Cervantes existe un personaje llamado Juan Palomeque, álias el Zurdo, y teniendo en cuenta que el Sr. Comenge se llamaba Juan, y era zurdo, notaráse el discreto modo que tuvo el director de la floresta crítica de ocultar su nombre tras un velo impenetrable para los más, diáfano para sus amigos.

Al cuarto mes de existencia de *El Crisol*, separó

se de los trabajos de redacción el Dr. D. Ildefonso Martínez, viéndose privado el Sr. Comenge de los profundos conocimientos de su compañero y cariñoso amigo, que no pudo desatender imprescindibles obligaciones de su cargo oficial.

Vivió el periódico un año próximamente; se publicaba todas las semanas y la colección completa forma dos tomos en 4.º, contando las entregas de la Biblioteca; el último número que se publicó fué el 42, en ocasión en que una grave y cruel dolencia obligó al Sr. Comenge á salir apresuradamente de Madrid á buscar en lejanos climas alivio á su dolencia cardiaca, siendo este el único y justificado motivo de la desaparición de aquel periódico que mereciera atento juicio crítico.

Esta singular publicación, que durante su existencia breve, rindió culto á la bibliografía médica española, consignando en sus páginas no pocas notas, claro indicio de la erudición de sus redactores, ofrécenos multitud de curiosos datos respecto á la vida y escritos de celebrados médicos de pasadas centurias, de los que vamos á tratar, especialmente en lo que se refiere al ilustre Villalobos.

Tan conocido es de literatos y médicos la incompleta biografía de este afamado español, que nos creemos desligados de trascribir íntegras en este punto las noticias que de su vida corren por libros y folletos. Nuestro objeto tan sólo se reduce á recordar algunos olvidados detalles de su vida y ciertas publicaciones que pasaron desapercibidas á los historiadores de nuestra ciencia.

Sabido es que la patria de Villalobos está aún en litigio; mientras unos, con Capmani, le creen castellano viejo, tiénenle otros como nacido en Toledo, sin que las razones aducidas sean convincentes en este punto. Pero si en este importante dato no llegaron los autores á una conclusión cierta, no sucede por fortuna igual respecto á otros pasajes de su existencia, que, ó bien se consignan en sus cartas, de las que pronto vamos á tratar, ó esparcidos andan en otros escritos no menos curiosos y apreciables.

El historiador Chinchilla, diligente conocedor de algunas obras de Villalobos, asegura categóricamente que el Dr. Francisco López de Villalobos nació en Valladolid, en 1469; el primer extremo referente á la patria del célebre médico poeta no cuidó de probarlo; en cuanto al segundo, á la fecha del nacimiento, dice que Villalobos tenía setenta años en 1539, año en que escribió su famosa despedida (1). Pero este mismo dato le vemos ex-

(1) Dice D. Adolfo de Castro, que habiendo fallecido la Emperatriz Isabel, cayó Villalobos en gran tristeza, ó por no haber acertado con el remedio de la enfermedad, ó no haber encontrado alguno. Entonces pidió licencia al Emperador para retirarse de la corte, y hacer asiento fuera de ella. En el retiro, se dedicó á escribir varias obras médicas, y también algunas morales y burlescas; en él compuso la célebre despedida.

De ser cierto el motivo que se atribuye al voluntario destierro de Villalobos, resulta que debió principiar en 1539, toda vez que en primero de mayo de dicho año, falleció de parto en Toledo la Emperatriz Isabel, esposa de Carlos I, é hija de D. Manuel y D.ª María, Reyes de Portugal, hija esta última de los Reyes Católicos. La Emperatriz murió á poco de dar á luz un niño sin vida. Pero es el caso, que en las

puesto de distinto modo, en las notas suministradas por el erudito Gallardo á los redactores de *El Crisol*; con efecto, en este periódico hallamos que Villalobos escribió el *Sumario* ó *Tratado de las Bubas*, á los diez y nueve años de edad; sólo que no lo publicó hasta 1498, esto es, cuando el autor tenía *veinticuatro* años, y según esta noticia, debió nacer en 1474; además, Francisco de Villalobos, en una carta (la tercera de la colección) dirigida á Gonzalo de Moros, en 22 de abril de 1507, dice tener treinta y tres años, resultando que nació en la antedicha fecha de 1474. Terminó su carrera á los diez y nueve años de edad, y en su larga vida, fué médico afamado y escritor correcto y chispeante, hombre de gran ingenio y vasta ilustración; por cuyas condiciones

---

glosas que acompañan á la canción, llamando á la muerte, en donde el autor espacia el ánimo, vierte toda la amargura de su alma y pinta con detalles el estado de su envejecido cuerpo, diciendo que la muerte le tenía minados todos los cimientos del edificio, aportillada y batida la fortaleza de su vida, «porque los ojos ya cuasi no ven, ni oyen las orejas, y la barba cana está toda por el suelo, que no hay un diente para comer, aunque agora me lo diesen»..., nada dice Villalobos, y en verdad que era buena ocasión, de su gran sentimiento por la muerte de la Emperatriz; antes al contrario, quéjase hondamente de la ingratitud de quien debía premiarle, y de la ambición de cuantos aspiraban á mejorar de fortuna á costa de su daño.

En una de estas glosas, dice nuestro Villalobos: «Y como yo anduve en la corte hasta los setenta años,» de donde se deduce que habiendo nacido en 1474, según se desprende de la tercera epístola, no podía tener Villalobos setenta años en 1539, sino tan sólo sesenta y cinco, y por tanto, que su retirada no sería á raíz del fallecimiento de la Emperatriz; también parece indudable que la despedida la escribió después de 1544, y no á la edad de setenta años, según asegura algún autor.

fué estimado durante su vida, y su recuerdo y sus obras llegan á nuestros tiempos, con la aureola de lo estimable, y sus libros, como trabajos dignos de imitación en toda edad.

Ganóse Villalobos con sus conocimientos y la fama de su práctica y escritos la confianza de egregios personajes, siendo médico de cámara de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II (1), siéndolo también de eminentes personajes, entre ellos del Duque de Gandía, á quien se venera en la Iglesia con el nombre de San Francisco de Borja. Y estos personajes me recuerdan dos episodios de la vida de nuestro doctor, que marcan bien el carácter de nuestro biografiado y el estado de las costumbres de aquel tiempo.

Asistiendo Villalobos en una enfermedad al Duque de Gandía, prometióle éste una gran fuente de plata si lograba verse libre de calentura al siguiente día. Llegado éste, pulsóle Villalobos, y no hallándolo tan limpio como hubiera deseado, quedóse suspenso un buen rato. Preguntó el Duque: —«¿Qué decís, Villalobos?—Señor, respondió el mé-

(1) El Dr. Villalobos fué médico de Felipe II durante su niñez, lo que se acredita en una carta del ayo de este Príncipe á Carlos I, en que le daba cuenta del estado de Felipe y sus progresos. Dicha epístola, que se conservaba original en el archivo de Simancas, tiene un párrafo que dice así: «...Su pasatiempo (el del Príncipe), es el de ordenar justas á los niños, y las lanzas son velas encendidas, y paran los encuentros en el doctor Villalobos, donde vienen á morir, con el cual suele S. A. enojarse algunas veces porque no le quiere dar de comer todo lo que quiere...»

dico, digo que *amicus Plato, sed magis amica veritas.*» Agradó tanto al Duque la respuesta, que al punto dispuso que la fuente de plata se llevase á casa del festivo doctor.

Como en todo tiempo, no fué la sincera amistad sino la rivalidad mutua la que unía á los médicos colocados por la suerte loca ó por sus conocimientos en el más envidiable de los puestos, en la cámara de los Reyes. Eran médicos de los católicos Monarcas: el valenciano Jerónimo Torrella, Fernando Alvarez ó Alvaro de Abarca, de cuyos escritos desconocidos hablaremos en otro capítulo, y López Villalobos, entre otros; el primero y el último, por lo visto, no se llevaban bien, debido tal vez á la diferencia de caracteres ó á la natural ojeriza que entre ellos despertara la preponderancia de uno ó de otro en el ánimo ó en la confianza de los reales clientes. Ello es que, según el mismo Villalobos (al relatar una conversación que hubo de tener con el Duque de Alba), riendo mucho el Rey de un cuento que sobre damas le contara Villalobos, no lo pudo sufrir el envidioso Torrella, y dijo al Monarca: «Yo, señor, soy doctor y maestro, y como me doy á cosas de especulación, no me curo de estas gracias, que son cosas de chocarreros.» «El Rey, afrontándose mucho por amor de mí (dice Villalobos), echóme los ojos; yo volvíme á Torrella, y díjele:—«Muéstreme vuestra merced á ser necio, pues sois maestro.»—Cuya contestación produjo gran risa y Torrella salió de la cámara huyendo y corrido.

No hemos de repetir nosotros los aplausos que

eminentes literatos dedicaron á los escritos de Villalobos, modelos de gracia, de naturalidad y pureza de lenguaje; lo conocidos que de todos los médicos son los *Problemas* y el *Sumario*, nos dispensa el examinar estos escritos, como el *Tratado de los grandes* y la *Comedia de Plutón*; de todos dichos escritos nos dió noticias el autor de los *Anales* (1).

Pero es que, aparte de aquellas producciones del insigne médico trovador, bastantes por cierto á justificar el aprecio de posteriores generaciones, escribió las *Congresiones* y una *Colección de epístolas* que escaparon á la diligencia de nuestros historiadores, y son documentos de alta estima para conocer el estado de la Medicina de entonces, y completar las escasas y poco fundadas noticias que de su autor tenemos.

Por tanto, cuanto digamos casi en totalidad, lo to-

---

(1) En el tomo 36 de la *Biblioteca de autores españoles* encontrará el lector «Los Problemas,» con sus glosas correspondientes, obra tan amena como ingeniosa; el «Tractado de las tres grandes, conviene á saber: de la gran parlería, de la gran porfia y de la gran risa,» y la *Canción*, de Villalobos, glosada por él mismo, y que no es otra cosa que aquella célebre despedida del mundo, sincera lamentación de un cuerpo derrotado por los años y un espiritu amargado por sinsabores mundanos é ingratitudes de hombres á quienes más servicios prestara.

He aquí la famosa canción:

«Venga ya la dulce muerte
Con quien libertad se alcanza;
Quédese á Dios la esperanza
Del bien que se da por suerte.
Quédese á Dios la fortuna

mamos de *El Crisol*, periódico que se va haciendo cada vez más difícil de adquirir.

También se publicó un extracto de estas obras en el *Boletín de Medicina y Cirugía* en 1852, firmado por Ildefonso Martínez, aunque la adquisición y descubrimiento de tales joyas literarias debióse, al parecer, al erudito Gallardo.

El primer libro, ó sea el de las Congresiones, está dedicado al médico Fernando Alvarez é impreso á principios del siglo XVI; titulábase: «Liber duodecim principiorum quem nuper composuit Franciscus de Villalobos artium ac medicinæ doctor et medicus catholici principis Ferdinandi Hispaniorum et utriusque Siciliæ regis omnis œvi regus invictisimi feliciter incipit. Explicit liber duodecima principiorum qui etiam congresiones apellatur in oppido Madrid asistente catholico rege martii quinta decima anno Christi millesimo quingentesimo quarto

Con sus hijos y privados;
Quédense con sus cuidados
Y con su vida importuna;
  Y, pues al fin se convierte
En vanidad la pujanza,
Quédese á Dios la esperanza
Del bien que viene por suerte.»

En dicha *Biblioteca* hállase también la traducción que hizo Villalobos, por cierto muy exacta y acertada versión, en sentir de literatos, del *Anfitrión*, de Plauto, que alcanzó muchas impresiones.

López Villalobos publicó también en 1524, *Glosa in Plinii Historiæ naturalis, primum et secundum libros.*

También escribió otra obra en latín titulada: *Potentia vitali*, que no llegó á imprimirse porque los libreros españoles no querían exponer su dinero en libros escritos en aquella lengua.

decimo. Ex impresione Salmantina per honoratem virum Lauretium de Lion de Deis.»

Quejábase Villalobos en la dedicatoria de este libro al mencionado Fernando Alvarez del olvido en que los médicos de su tiempo tenían á la ciencia, pues que no procuraban sino el lucro. Preveía Villalobos que su libro de las Congresiones había de levantar polvareda y motivar discusiones que él pensaba hacer públicas con el consejo de su amigo el protomédico Alvarez, bajo cuyo amparo y el de Dios colocaba su escrito.

Este curioso tratado, de cuyo tamaño y número de páginas nada se dice, parece que obedeció á la idea de impugnar el *Conciliador* de Pedro de Abano, libro muy celebrado en aquel tiempo, que constaba de doscientos diez capítulos en los que se exponían y criticaban antiguas doctrinas médicas, especialmente las de Galeno y Avicena y que por cierto creó un partido médico llamado de los conciliadores ó partidarios de las creencias de Pedro de Abano.

Como se desprende del título de la obrita de Villalobos, consta ella de doce tratados correspondientes á otros tantos principios. He aquí un extracto de las Congresiones:

Tratado primero. De materia nutritionis. Todos los humores naturales con la sangre sirven para la nutrición de los miembros; pero la sangre sola no puede por sí misma nutrir. Esta es una proposición fundamental que luego intenta probar.

Tratado segundo. De la prioridad de los miem-

bros compuestos. Son los primeros compuestos de los miembros animales aquellos que dependen del tiempo y nobleza de los simples.

Tratado tercero. De la excelencia de los espíritus. El espíritu que reside en el corazón del hombre y se difunde por las demás partes, le creemos formalmente más perfecto y excelente que el de las demás partes.

Tratado cuarto. Del temperamento del espíritu. El mejor es el templado, reducido al medio entre las extremas cualidades primeras.

Tratado quinto. De la propiedad del músculo, que es movimiento voluntario. La fuerza voluntaria del movimiento, más reside en el músculo que en el nervio, pues que en él reside la virtud voluntaria y motiva.

Tratado sexto. De la comunidad de las soluciones de continuidad. Los miembros consímiles y orgánicos igualmente sufren las soluciones de continuidad, y así están expuestos los simples como los compuestos sin razón de prioridad.

Tratado séptimo. La constitución continente, según Galeno, es verdadera y absolutamente templapladísima.

Tratado octavo. La única causa del dolor es la solución de continuidad, pues aun la malicia de la complexión, por sí misma, no es causa del dolor.

Tratado noveno. De la úlcera de Avicena. La diferencia que admite Avicena, y pone el *Conciliador*, contradice el sentido y sostiene la verdad con modestia, pero sin razón, choca y expone su doctrina,

y sin advertirlo, expone las doctrinas de Galeno.

Tratado décimo. Es menos daño poner la humedad en los elementos de los cuerpos, siendo mayor que la sequedad de los mismos.

Tratado undécimo. De la graduación de la humedad.

Tratado duodécimo. De la eficacia de Avicena contra Galeno en el capítulo de la fiebre de sangre.

Tales son los doce principios que se discuten en este libro curioso, pudiendo notarse tan sólo en el título de los capítulos, las ideas humorales del autor y la poca importancia científica que pudiera reportar la extensa lectura de las Congresiones; pero tienen valor histórico, y no poco, y sirven también para resellar la aplicación, actividad y amor á la ciencia de nuestro Villalobos. En el libro que nos ocupa hállase una teoría de la nutrición sumamente curiosa: «Hecha la digestión en el estómago, dice Villalobos, el quilo va á las meseraicas, y llega á la vena porta, y se distribuye por el hígado, y se hace sangre en unión con los cuatro humores naturales, dando origen á sangre, flema, cólera y melancolía, y así resulta que la sangre se cambia: primero, en una sustancia que no tiene nombre; segundo, en ros; tercero, en cambium, y cuarto, en gluten, y he aquí la razón por qué en el primer principio se dice que no basta sola la sangre para la nutrición.»

Salieron ciertas las presunciones de Villalobos, y su libro de las congresiones fué impugnado por algunos de sus contemporáneos, y especialmente por el Dr. Juan Rodríguez, que escribió con tal motivo un libro completamente desconocido de nuestros cronistas de la Medicina.

El título completo de la peregrina obra en que se combaten algunas conclusiones de Villalobos es como sigue: «Escelentissimi Joanis Roderici Sacræ Cesaræ imperatricis medici peritisimi tractatus contra sex conclusiones ex XII Principiorum Francisci de Villalobos Sacraæ Cesaræ Majestatis Medici una cum aliis conclusionibus novarum fantasiarum nunc ab codem Joanis Roderico in lucen editis.—Impresum Taurinis per Magistrum Petrum Paulum de Porris. Anno domini MDXXVI.»

Ignoramos quién sea este Dr. Juan Rodríguez y si fué el autor de un libro «De secanda vena in pleuritide, 1550;» lo cierto es, según se desprende de su libro, que era primer médico de Isabel, hija del Rey Manuel I de Portugal, Emperatriz del Sagrado Romano Imperio, y que dedicó su obra al Dr. Diego López, de quien dice era uno de los más doctos médicos de Saboya y protomédico del poderoso Don Juan III de Portugal. La dedicatoria está firmada en la villa de Zafra á 27 de setiembre de 1525.

En el texto de esta obra de controversia, procede el autor á impugnar seis de las conclusiones ó principios de nuestro Villalobos. En la primera conclusión prueba que ningún miembro vive por sí antes que sus partes simples, no pudiéndolo hacer el

corazón ni ningún instrumento según dijo Villalobos.

Siendo formado cada órgano de elementos anatómicos dispuestos para determinadas funciones, no es el espíritu el que hace que sean más ó menos perfectas estas funciones, sino la anatómica disposición de las partes; porque no pudiéndose separar las propiedades de los cuerpos, necesariamente han de coexistir en su acción y existencia. Tal es el objeto de la segunda impugnación.

En la cuarta conclusión prueba Rodríguez que es el músculo el órgano principal del movimiento; «no es el músculo el que mueve, sino el nervio, pues alterado ó cortado éste, cesa el movimiento en aquél.»

Asegura Juan Rodríguez contra Villalobos, que el frío, el calor, la humedad excesiva, la malicia de complexión, las causas ulcerantes y humores pecantes, son causas de dolor tanto como la solución de continuidad. En la sexta conclusión impugna Rodríguez el principio décimo de las Congresiones. Por las breves frases que acabamos de trascribir, notará el lector que la obra de Juan Rodríguez es importantísima, trascendental en aquellos días, estando ampliamente cimentada en la experimentación y en la independencia científica, siendo más aceptable que la de Villalobos.

El Dr. D. Ildefonso Martínez tuvo ocasión de tener en sus manos otra obra del supradicho Juan Rodríguez, que pertenecía á D. Bartolomé Gallardo. El citado libro contenía otras conclusiones en

son de controversia, impresas en el mismo año que las que dedicara á Villalobos, y á coutinuación de ellas. Confesó el Dr. Martínez que á causa de las muchas y complicadas abreviaturas y de su enmarañada ortografía, apenas pudo descifrar las doctrinas de su autor.

Sin embargo, por las breves palabras que copió dedúcese que Joanes Rodericus trató en tal libro de la utilidad de la sangría, sitio y hora del día, según las lesiones; de la clase de sangre que nutre al pulmón y de la curación de inflamaciones de órganos por los repercusivos ó resolutivos, etc., apoyándose en opiniones de Galeno y de los árabes.

Constituyen las cartas de Villalobos uu hallazgo importantísimo, no sólo por su mérito literario, siuo por las noticias que en ellas encoutramos referentes á nuestro doctor, como á las personas á las que dirigió sus epístolas.

Por conducto de D. Bartolomé J. Gallardo tuvieron los redactores de *El Crisol* conocimiento de estas cartas, escritas en correcto latín y coleccionadas al final del libro de las Congresiones, impresas en Salamanca en 1514.

Nosotros trascribimos un resumen de cada una de las epístolas, á fin de que los bibliófilos teugan en cuenta dichos documentos, harto olvidados apesar de su importancia en la historia de la Medicina patria.

La primera carta de la colección es contestación á una de su padre (también médico), en que éste le da algunos consejos: 1.º Que no pida con desvergüenza los honorarios y mire más bien la voluntad que el precio, pues esto le acreditará de benévolo, á lo que contesta Villalobos diciendo que percibe poco y esto sin pedirlo. 2.º Que sea casto, evitando las ocasiones de liviandad que se le presentarán á menudo en la práctica visitando á señoras hermosas, á lo que replica el hijo que teniendo una esposa joven, hermosa y algún tanto exigente, no le dejaba ocasión ni fuerzas de distraer el humor radical. 3.º Que no siga á los indoctos, que estudie con detención las enfermedades y sea cauto en el pronóstico; contesta que procura seguir esta conducta, por acertada. 4.º Que se reuna con estudiosos y procure ensanchar el círculo de sus conocimientos; contesta Villalobos afirmando la incertidumbre y dificultad de la Medicina. 5.º Que guarde los secretos que se le confíen. Y 6.º Que siga en Medicina á los árabes. La fecha de esta primera carta, en Zamora, 16 agosto 1509.

La segunda epístola, escrita en 20 de junio de 1501, que dedica á Gonzalo de Moros, habla de los comentarios de la obra de Plinio, que escribió Villalobos, del trabajo que le costó y de los defectos que tienen; contesta también á unas preguntas que le había hecho Gonzalo.

La tercera misiva, dedicada al mismo médico Gonzalo de Moros, firmada en 22 de abril de 1507, es muy variada y bella. Después de hablar de su sa-

lud, se ocupa de algunas opiniones médicas de los árabes, alaba el talento de Moros, y pinta eon vivos eolores la vida del médieo, sus tribulaeiones y peligros que en sí lleva y lo mal recompensado que es de la sociedad.

En esta earta, al hablar de la influencia de los astros en los actos de los hombres, en la que no cree por más que en él se verificó, eonfiesa que no hubiera sido médieo si su padre no le engendrara treinta y tres años atrás.

La euarta la dirigió á su padre (25 de setiembre de 1507), y en ella, entre otras cosas, diee que los médieos por dar la salud á los enfermos, deseuidan la propia, muriendo al fin abandonados después de misérrima existeneia.

La quinta es una leeeión de respeto filial al primogénito del Duque de Alba, á quien afea su comportamiento eon su padre, toda vez que, mientras éste le pone por las nubes, el hijo pone al padre en los abismos. Díeele además Villalobos que en vez de agradeeerle sus servieios asistiendo á su progenitor, los desprecia, por el deseo que tenía de que se muriera su padre, de quien se eonfiesa tan fiel amigo eomo enemigo era el hijo. (15 de abril de 1508).

Al famoso Dr. Bernardino de la Parra (1) dirigió Villalobos la sexta misiva de la eoleeeión. En dicho eserito recuerda nuestro Villalobos el banquete que le dió su amigo y la tereiana que eon tal motivo le sobrevino. (Julio 29 de 1508.)

(1) Véase el cap. IX.

La sétima va dedicada á D. Fadrique de Toledo, dándole noticia de la enfermedad que padecía Doña Beatriz, que era una terciana, del régimen que más la convenía, advirtiéndole además: «Sed cum veneris incleti Dux licebit ei humanæ carne poteri...» que un médico tradujo: «tenga con ella humanidad y no abuse de la Venus, pues aún está delicada.»

La epístola octava escrita á D. Cosme de Toledo, Obispo de Plasencia, es curiosísima; en ella se pintan las costumbres de aquel tiempo, lo dados que eran los hombres de toda edad y condición á la Venus, produciéndose por tales abusos enfermedades horribles, citando al mismo Obispo y á su hermano atacados de dicho mal, entre cuyos síntomas señala la calvicie, la caída de los dientes, ojos contraídos y legañosos ó húmedos, tofos en las articulaciones, miembros escuálidos y trémulos, encorvado el cuerpo y la piel pegada á los huesos con la flacura.. (Marzo 1509.)

En la novena, dirigida al mismo Obispo, se queja Villalobos de lo cansada que le va siendo la vida de ciudad con sus farsas y diversiones y el deseo que tiene de gozar la vida campestre.

Por fin, la décima y última carta de la colección, dirigida á D. Cosme de Toledo, es la más interesante, mereciendo por tanto un examen más atento y detenido.

La redacción de esta epístola es del año 1510, en octubre; en ella encontramos datos interesantes respecto á la vida del autor.

Principia la carta: «Expetis me generosissime prestantissimus fortunæ mæ narratorem explicitam; ego vero in primis interrogationis elementa nego nec non fortunam habeo...»

Esta misiva, escrita correctamente en idioma latino con naturalidad y elegancia, se lee con gusto y tiene el mérito de ser la explosión sincera de un espíritu contristado por los desengaños.

Confiesa no tener fortuna alguna, ni de la cual, aun cuando la tuviera, haría grande aprecio, toda vez que entiende ser la suerte más preciada la que se cimenta en una vida sobria y honrada con la esperanza de poseer la bienaventuranza más tarde.

Dice que muerto su padre y libre de la patria potestad, se estableció, no en una ciudad cualquiera, sino en la corte, al servicio de los Reyes Católicos, como médico de número de la real casa y con ejercicio. Allí trabajó con todas sus fuerzas, dedicando todos sus desvelos á la ciencia y al cuidado de sus egregios clientes, sin prestar atención á las presunciones de su espíritu, que de vez en cuando ponía ante su razón el cúmulo de contrariedades, disgustos, envidias, enemistades y vejámenes que había de sufrir persistiendo en aquel alto puesto; él, sin embargo, desoyó aquellos íntimos y fundados consejos, descuidó aquilatar con tiempo la pesadumbre inmensa del mentir, del engaño, de la simulación y de las humillaciones cortesanas en su carácter franco y sin doblez; no quiso medir en sus primeros desvanecimientos de la fortuna la intensidad y amargura de los disgustos que habían de producir-

le la falsía de mentidos amigos, las intrigas y asechanzas de la turba de médicos que vivían en Palacio, las calumnias del vulgo, los cuidados y responsabilidades de un cargo penosísimo, y así con el tiempo vióse tachado de *mago* y *encantador*: «esta sospecha—dice Villalobos—llegó á oídos de los inquisidores, y por su mandato fuí preso y muy custodiado en las cárceles, *non sine magne mærore dilecté uxoris et amicorum conmiseratione*, no sin gran dolor de mi querida esposa y compasión de los amigos;» y exclama: «*ecce nunc gloria mea in pulverem reducta et in oprobium versa...*» Con este suceso, afirma el ilustre médico, las opiniones del vulgo eran diversas; quién le creía un demonio, quién adivinó que presagiaba el porvenir y predecía los oráculos milagrosos y aun los escribía; otros opinaban que el recluso tenía poder de maleficio mediante pacto con seres infernales, cuya idea sedujo á personas benévolas; otros creyeron que Villalobos tenía poder de atraerse á las mujeres y llevarlas consigo durante la noche; estas y otras especies corrían por la corte, y el familiar de la Inquisición fundaba la esperanza de formarle proceso en un anillo que usaba Villalobos, y entretanto nuestro médico permaneció en los calabozos inquisitoriales ochenta días, de donde salió por fin, merced á la bondad de Dios y á su inocencia, libre y honrado. Termina la carta ofreciendo no pasar cuidado por nada desde allí en adelante y pasar incólume por este valle de lágrimas hasta que llegue la hora de presentarse ante la justicia divina. Finalmente, promete explicar en otra carta

el nuevo método de vida que piensa adoptar. La epístola lleva esta fecha: 10 de octubre de 1510.

No debió retirarse Villalobos de la corte ni de la real casa después de su encarcelamiento, cuando le vemos siendo médico del Infante y después Rey Felipe II, según puede notarse en una de las notas del presente capítulo.

Parécenos que la retirada del Dr. Francisco López Villalobos á la vida privada, aparte de los disgustos que la persecución y la envidia le atrajeron, acibarando su existencia, no se debió ni á la Inquisición, ni á la muerte de la Emperatriz Isabel (1), fué resultado de una de esas ingratitudes del mundo, que por su frecuencia no tienen ya nada de extraordinarias. Villalobos, anciano y achacoso, no pudo sostener con propia ventaja, como en otros tiempos, la lucha social, tanto más encarnizada, cuanto más elevada es la esfera en que tiene lugar, y, minado en su físico por los años, y en su predicamento por otros médicos más jóvenes y audaces, tal vez más sabios, dimitió, ó se le jubiló, con harto disgusto de su parte, que siempre es pronto y sensible renunciar á una preponderancia añeja, de que tanto se paga el hombre, apesar de los sinsabores que acompañan á todo destino envidiado por lo honroso.

(1) Ya dijimos el día y la causa de su muerte acaecida en Toledo: la descomposición cadavérica de aquella mujer, antes tan hermosa, produjo la célebre conversión del Marqués de Lombay y Duque de Gandía (hoy San Francisco de Borja).

VIII

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS.—CLÍNICA REGIA. MÁS NOTICIAS.—LA RABIA

Después de haber dado á conocer en anteriores capítulos, libros y manuscritos muy olvidados, ó completamente desconocidos, apesar de su importancia en la historia de nuestro arte, y quedándome aún copioso caudal de noticias peregrinas, y ancho y fecundo campo donde seguir recogiendo materiales para la mayor perfección de la crónica médica española, quiero presentar en reducido espacio algunos elementos históricos elegidos entre los más curiosos de mis papeletas, que á modo de jalones, señalen al futuro historiador á quien le esté reservada la empresa de escribir la historia completa de la Medicina española, aquellos pasajes, aquellos documentos y aquellos libros, poco ó nada conocidos, hacia los cuales debe encaminar su actividad é inteligencia.

En esta sección ofreceré datos escuetos, propios y ajenos, pero siempre curiosos, indicando lo infructuoso de mis pesquisas para aumentarlos con el silencio, y callando también, por brevedad, observa-

ciones que pudieran delatar la fortuna de mis modestas investigaciones, toda vez que estos artículos, si algo tuvieron de aceptables, acaso lo perdieron con su extensión.

Que la historia de la Medicina patria ofrece claros y lagunas, es una verdad que salta á los ojos de quien haya leído los libros que tratan de aquel asunto; la falta de crítica, como la ignorancia de documentos y médicos eminentes, son defectos que urge subsanar. Bien se me alcanza que el medio más conveniente para llegar al ideal histórico, es precisamente el más amplio, y consiste en escribir la historia de cada una de las especialidades por separado, poseer la historia de las epidemias, concebida bajo un punto de vista más extenso, más serio y verídico que el que informa á las obras de Villalba, Gastaldi, etc., acumular documentos relativos á la enseñanza y ejercicio de la profesión médica, así como el desenterrar, traducir y estudiar los datos referentes á los israelitas y árabes españoles y á la medicina de los godos... que sólo así, interviniendo en la obra común variedad de aptitudes é inteligencias, es como podremos algún día conocer nuestro pasado glorioso, y extraer de él incentivo y emulación para el trabajo, y luces que nos guíen en el camino que debemos recorrer.

En tanto se aprestan mis compañeros y compatricios á escribir las diversas partes de que ha de constar la historia de la Medicina hispana, no estará de más que nosotros emprendamos la tarea modesta, pero útil, de rellenar los huecos del camino

que habrán de recorrer los historiadores, con datos aislados, móvil principal de este como de pasados capítulos.

¿Quién era el Dr. Parra? Nada dicen nuestras historias médicas, y es evidente que este nombre yacería sepultado en el más profundo olvido, como tantos otros esclarecidos varones de nuestra Medicina patria, si no vinieran á resucitar su fama hombres doctos, eruditos personajes, extraños muchas veces al arte de curar.

El Dr. Parra ejercía por los años de 1506, y debía gozar de no pequeña reputación, cuando en la enfermedad última de D. Felipe I de España se le llamó en consulta. Este profesor escribió una carta al Rey Católico D. Fernando, dándole noticia de la enfermedad y muerte de D. Felipe, acaecida en 25 de setiembre de 1506; la carta no tiene fecha; se supone que es de 11 de octubre de dicho año; existe original entre los manuscritos de la Academia de la Historia y se encuentra en el tomo VIII de la colección de Documentos inéditos.

El Dr. Parra descuidó el consignar el nombre de los médicos de cabecera, y especialmente el de aquel profesor de quien mejores referencias hace.

Como esta epístola tiene interés histórico, y al mismo tiempo en poco trecho nos da idea del estado de la Medicina de entonces, copiaremos algunos párrafos de ella:

«El Rey D. Felipe, que haya gloria, había jugado muy reciamente á la pelota en lugar frío dos ó tres horas antes que enfermase, y dejóse resfriar sin cubrirse.

»El jueves, 17 de setiembre, se levantó el Rey mal dispuesto; créese que con calentura, y ésta nunca se le quitó hasta que murió.

»Ni en este, ni en el siguiente día, dió parte de su estado á los médicos; el sábado por la tarde le acometió al Rey un frío tan recio, que ya no pudo ocultar su estado á los médicos; después del frío vínole al regio enfermo fuerte calentura.

»El domingo de mañana estábase con la calentura y con sentimiento en el costado, y escupía sangre. Sangráronle de la parte contraria (al costado doliente), y luego se le fué aliviando el dolor hasta quedar esa tarde sin él del todo, y con su calentura algo floja hasta las dos de la tarde que le tornó el frío y sobre él arreció la calentura.

»Presentósele el lunes (quinto día de enfermedad), tan hinchada y relajada la campanilla y paladares, que el paciente no podía tragar la saliva y esto le molestaba mucho, y no pedía se le remediase otra cosa. Este día vínole frío y tenían los físicos concertado de le purgar otro día martes, de lo que no hubo necesidad porque aparecieron cámaras.»

»El miércoles, que estaba ó había de entrar en el seteno día de su pasión, y viendo se agravaba, llamaron al Dr. Parra «y llamaron para presto un físico de allí de Burgos y otro del Arzobispado de Toledo, para que *sin ver al Rey votasen por la*

urina y relación de sus físicos; y todos se encontraron en sangrarle; y se le sangró, saliéndole la sangre recia y mala.» «E este mismo día le vino frío más intenso, un sudor copioso general y caliente, turbación de sentidos, lengua y habla; y siempre estuvo alienado y con subet ó sueño que con mucha pena le despertaban, y nunca bien despierto.»

En tal disposición siguió el enfermo en el día y noche del jueves en que le visitó el Dr. Parra, que viéndole tan decaído y tan mal, sólo dice: «*agucié* en que le diesen la extrema unción.» Falleció el Rey el 24 de setiembre.

Afirma el doctor que en lo dicho se inspira en lo que dijeron los médicos de cabecera; asegura que al enfermo «quedóle, de aquel sudor, por todo el cuerpo unas manchitas pequeñas, entre coloradas y negras, á que llaman nuestros doctores *blata*.» El enfermo apenas si enflaqueció en la enfermedad, y dice que no vió señales de que le dieran hierbas, ni sus físicos sospecharon tal cosa, como algunos propalaron.

Se escribió desde Valladolid dicha epístola.

¿Quién era el maestro Gerónimo Grillo? Nuestros historiadores médicos no le mencionan, apesar de la importancia de tal personaje y de la época en que floreció, nada opulenta en datos biográficos. Según los escritos del diligente canónigo Sr. Latasa, resulta que fué peritísimo médico y cirujano alaba-

do por su estudio y por su práctica, allá por los años de 1490 en Zaragoza.

Dicho Gerónimo Grillo escribió una traducción de las obras de Galeno; de estos trabajos se hace mención en el prefacio de una obra titulada de *Vulneribus capitis*, que escribió Cristóbal de Montemayor, cirujano de Felipe II y Felipe III; el prólogo de dicho libro pertenece á Sebastián de Gallego y se imprimió en 1651 (1).

El maestro Grillo fué, por tanto, uno de nuestros primeros humanistas médicos, y no debe confundirse con el Dr. Gerónimo Murillo (2).

También el maestro Fuert, desconocido de los biógrafos médicos, sabemos que fué un medico que floreció en el siglo XIII; era vecino de Zaragoza, donde gozaba de gran prestigio, y empleó los ahorros que adquiriera en el ejercicio de su profesión, fundando en 1305 un hospital con doce camas para peregrinos, y en su defecto para pobres, siendo este uno de los primeros nosocomios de España.

---

(1) Al tratar de la bibliografía de Amato Lusitano, hicimos mención de esta obra.

(2) Este afamado médico aragonés estudió la Medicina y Cirugía en Zaragoza, floreciendo á mediados del siglo XVI. A la semejanza de su nombre con el del Dr. Grillo, se une la identidad de patria y el haber también traducido y comentado las obras de Galeno.

Escribió una obra titulada *Terapéutico método de Galeno*, Zaragoza 1572, que alcanzó varias ediciones. Es un compendio de Cirugía bastante extenso, dividido en catorce libros y muy estimado en aquella época.

Se imprimió también en Zaragoza en 1576, del mismo Gerónimo Murillo, la *Interpretación y recopilación de la Cirugía de Jacobo Holleris Stempano.*

Vanderlinden, según el bibliófilo D. B. Gallardo, menciona un libro del sarraceno Alzaravi sumamente curioso é ignorado de nuestros historiadores. Titúlase dicho volumen: «Liber teoriæ, nec non practicæ Alsaharavii, in prisco Arabum Medicorum conventu faci principiis qui vulgo Alcarabis dicitur.» Ausburgo 1519. Nuestros lectores comprenderán la importancia de este libro al recordar que este Alzaravi, según todos los informes, es el propio Kalaph-Ben Abbas-Abbulcassem, Abulcasis de los latinos; es decir, el profesor más docto y el más celebrado cirujano de su época. Con efecto, sus obras, alabadas con justicia por Freind y Sprengel, inspiraron los renombrados escritos de Aguapendente, Gordonio, Pareo, influyendo grandemente en la marcha de las ciencias médicas. He aquí, pues, una obra que, según afirma el antedicho bibliófilo, debiera traducirse con la seguridad de que prestaría no poca luz á la crítica de las antiguas ciencias médicas. Al mismo tiempo sería sumamente útil escribir una biografía del eminente cirujano islamita, que los datos que de su vida tenemos, aun los de época reciente, no merecen toda la confianza; lo más probable es que nació en Córdoba á últimos del siglo XI.

Ignoramos si el P. Ricio y Gerardo de Cremona conocieron esta obra de Abulcasis, como primeros traductores de este árabe, ni si el *Metodus Medendi* de Alzarabius, comprende el «Liber teoriæ nec non practicæ» que nos ocupa. La fama del autor justificaría el que los eruditos se ocuparan en tales investigaciones.

Un médico, Barzúyeh, parece ser que en el siglo VI llevó á Persia, y tradujo en lengua *pehleví*, el famoso *Libro de Calila é Dymna*, más conocido por las *Fábulas de Pilpay ó Bidpay*, que son una serie de apólogos indios, sacados de los libros sanscritos; dedicó esta obra á Anuxirvan el Justo.

Este libro fué más tarde, en el siglo XI, traducido por otro médico famoso, Simeón, hijo de Seth, cuya versión dedicó al Emperador Alexolomnènes, escrito que gozó de gran boga, mereciendo los aplausos de Miguel Paleólogo. Desde que el médico Barzúyeh dió á conocer aquellas sentencias, adoptáronlas los pueblos civilizados, siendo traducidas á varias lenguas, y en tiempo de Alfonso el Sabio, se tradujo el libro á romance.

Atribúyese á Barzúyeh aquella frase de que, «el más santo de los médicos, es el que busca con su ciencia la admiración de los siglos venideros.»

A juzgar por lo que en tiempos pasados leímos en una obra de un erudito español, á fines del siglo XV ó principios del XVI, debió existir en España un médico que escribió un libro, hoy completamente desconocido é ignorado para los historiadores antiguos, puesto que no hacen mención de él, y cuyo título exacto es como sigue: «Regimiento contra la peste. Fecho/por el insigne Doctor Fernand Al/uarez: medico de sus altezas. Cathe/dratico de pma en medicina en esta Universidad de Salamanca.»

En el frontis de la portada hay un cuadrito representando á San Sebastián asaetado, con las manos atadas al tronco de un árbol; está en 4.º y letra gótica, careciendo de año y sitio de impresión.

Decía el erudito de quien adquirimos esta rara noticia, que Gaspar Torrella, en su Tratado sobre la Modorrilla, habla de dicho Fernando Álvarez, el cual aconsejó contra la peste «las ciruelas pasas, la endivia, cerrajas, chicorias, borrajas, etc....» ideas ó remedios que es frecuentísimo leer en libros de aquellos tiempos.

Ahora bien; esta noticia bibliográfica, peregrina y tan importante *in principio*, merece ser completada.

Ni el erudito Villalba en su epidemiología, ni el juicioso Morejón, ni el diligente Chinchilla, ni ninguno de los varios historiadores de la Medicina, ni los autores numerosos de tratados de peste, dicen una palabra acerca del libro de Álvarez, todo lo cual, unido á que en las crónicas no figura el nombre de Fernando Álvarez junto á los de Miguel Zurita, Nicolás de Soto, Rodríguez de Toledo, Rivas Altas, Vedor, Tejen, Torrella, individuos del protomedicato, ó de la real cámara y contemporáneos, sería bastante á dudar de la veracidad de la noticia, si Villalobos no nos diera noticias de este autor, dirigiéndole una epístola, con lo cual resulta este libro del Regimiento, de lo más peregrino.

Sabemos que hubo un tal Fernand Álvarez, secretario de los Reyes Católicos, como puede verse al pie de una cédula en que los Reyes nombraban

empleado de la real casa al célebre P. Mártir de Angheria.

Conocemos en época cercana á la en que se supone vivió Álvarez, dos escritores médicos de nuestra Península: Tomás Álvarez, médico portugués, que escribió un «Regimiento para preservar de la peste,» impreso en Coimbra en 1580, de cuyo libro hacen mención los historiadores sin analizarle, y Antonio Álvarez, catedrático de Alcalá y Valladolid, médico después en Burgos, médico más tarde del Duque de Osuna, Virrey de Nápoles, protomédico de aquel reino y catedrático de prima de la capital del virreinato, quien escribió en latín elegante unas cartas y consejos médicos, impresos en Nápoles en 1885. Si no estuviera tan clara la nota de Gallardo, habría ocasión de confundir á Tomás Álvarez, con el escritor de cuya autenticidad venimos tratando.

Por otra parte, dicen las crónicas que servían en la cámara del Rey Católico los famosos doctores Gerónimo Torrella, Villalobos y Fernando Alvaro de Abarca, del cual nada sabemos que diera á la imprenta y cuyo nombre tanto se asemeja al del litigio.

El Sr. Gallardo, hombre eruditísimo, á cuya laboriosidad tanto debe la bibliografía, dió la noticia de haber visto un MS. del «Bachiller Fernán Gómez de Cibdad-Real, físico del Rey, dedicado á D. Alvaro de Luna, libro que, procedente de la Biblioteca de Salamanca, pasó luego á enriquecer la Nacional.»

Tal libro, que llevaba la fecha de 1420, titulábase «Compendio de Medicina.» Desde el punto y hora en que sabemos que el tal bachiller es un personaje mitológico, que su Centón epistolario tan famoso es de época ni con mucho tan remota como se ha supuesto y que no se imprimió en 1499, según se ha dicho, y por fin, que en la Biblioteca no existe aquel «Compendio de Medicina,» manuscrito, tendremos suficientes motivos para dudar de la verdad bibliográfica de la cita. Y aquí se nos presenta ocasión de recordar las dudas que acerca de la autenticidad del Centro epistolario y de su autor abrigan los eruditos. Muévenos á decir algo de libro y autor famosos, la consideración de ser tan conocidos y el citarlos nuestros historiadores médicos, como documento y autoridad de valía en la Medicina nacional.

No sólo nuestros historiadores médicos, sino los cronistas generales y particulares de poblaciones, Reyes, etc., vienen apoyándose en este raro y curioso libro que tenemos á la vista. Con efecto; más de dos siglos llevaba impreso este epistolario «del físico del muy poderoso é sublimado Rey D. Juan el segundo,» sin que nadie pusiera en duda su legitimidad, ni menos disputar su autoridad histórica; se dudó fundadamente de la autenticidad de la primera edición, señalada en 1499 por eruditos como Salazar, en sus Advertencias históricas, Méndez en su Tipografía española, Floranes en sus Papeles inéditos, Nicolás Ant., etc., asegurándose ya que esta edición era del siglo XVII, y el Marqués de la Roca el cau-

sante del fraude. Son tantos los trabajos que se han escrito sobre el asunto, que basta recordar la monografía de Pedro Pidal, lo dicho por Ticknor, Adolfo de Castro, Gayangos, M. Pelayo y Amador de los Ríos, para que se vea que no es indiscutible la autenticidad del tal bachiller. Adolfo de Castro en 1550 adjudica las epístolas á Gil Gonzales Dávila, escritor del siglo XVII. Nosotros no entraremos á exponer los argumentos de cada uno.

Las opiniones aún están divididas; eruditos notables, creen que el bachiller es un personaje fan tástico, entre ellos M. Pelayo. Manuel José Quintana, al notar que la epístola ciento tres en que se relata el fin desastroso de D. Alvaro de Luna no estaba en armonía con las crónicas, ya expuso la duda de si todas las cartas eran apócrifas ó algunas de ellas, ó de si la obra sería fruto de un ingenio posterior á la fecha; que dichos errores no se avienen con el carácter de testigo y físico del Rey. El reputado escritor Ticknor formula 11 acusaciones contra el autor del epistolario: 1.ª Que no hay noticia del bachiller Fernan Gómez entre los personajes de la corte de D. Juan II; 2.ª No se ha encontrado códice alguno de tales epístolas; 3.ª Que la primera edición no es legítima, según aseguraron varios críticos, que la hacen muy posterior, y que el nombre del impresor Juan Rey es desconocido entre los impresores de Salamanca; 4.ª Que el editor de la segunda edición (1775), creyó que la primera era posterior á 1600, y que ningún autor del siglo XVI la cita; 5.ª Que el bachiller no puso fecha á sus

cartas; 6.ª Que el estilo, aunque acomodado con ingenio á la época á que se refiere el libro, adolece de arcaísmos y voces no usadas en tiempo de Don Juan II, como usar el *ca* en vez del *que* y escribir la *c* por *z* en palabras que no pueden llevarla; 7.ª Las palabras del editor, siendo éste posterior á 1600, según Bayer y Méndez, debieran parecerse al lenguaje de Cervantes, etc., y se amoldan en cambio al lenguaje de las cartas; 8.ª El supuesto bachiller equivoca fechas, especialmente al tratar de Juan de Mena; 9.ª Que es impropia la relación de la quema de libros de D. Enrique de Villena por el Obispo de Cuenca, Barrientos; 10.ª Que en el siglo XVII fueron frecuentes en España las falsificaciones literarias; y 11.ª Que hay error en la relación del suplicio de D. Alvaro de Luna. Cierto es que si no todas, muchas de las acusaciones son de gran peso, el cual aumenta con la opinión de respetables eruditos. El ilustre Amador de los Ríos procura desvanecerlas, aunque no de modo total; si es ficción, es bellísima, y si realidad, estimable. Las obras que señala Gallardo, del bachiller, dan nuevas astillas á la disputa que vienen sosteniendo los eruditos acerca de la existencia verdadera de Fernán Gómez de Cibdad Real.

Consta en los antiguos escritos, que en la ciudad cesaraugustana floreció en el siglo XI el judío Ebn Fuel, eminente médico y notable filósofo; del que no hacen mención los historiadores de la Medi-

cina. Tampoco es conocido el ilustrado profesor de cirugía, aragonés de nacimiento, Francisco Morel, ó Morell, que escribió á principios del siglo XVI sobre *carbuncos y callos de la vía de la orina,* obra que perteneció á la biblioteca de D. Gabriel de Nora. Nicolás Antonio trata de ella, y sería altamente conveniente darla á conocer, averiguando las relaciones que pudieran tener sus ideas con las expuestas en 1588 por el famoso cirujano de Felipe II y discípulo de Olivares, Jimeno y Collado, el Dr. Francisco Díaz, de eterna memoria.

Existe un curioso manuscrito del año 1381, en castellano antiguo, incompleto, con caracteres del tiempo de D. Juan II, escrito por el Maestro Estefano, nacido en Sevilla, hijo del médico Macse Esteban, y médico del Arzobispo hispalense D. Pedro Gómez Barroso. Este libro (1) se titula *Liber de visitacione et consiliatione Medicorum.* Parece que sus ideas están calcadas en las de los antiguos médicos; lo que dice de la epilepsia lo copió Estefano de Al-

(1) En 1418 se escribió la célebre *Medicina Sevillana*, cuyo autor es Juan de Aviñón, libro que publicó el famoso Nicolás Monardes en 1545, y desgraciadamente poco conocido de los historiadores. Trátase en él de un sinnúmero de cuestiones, pero la mayoría del texto está consagrado á la Topografía médica de Sevilla, nociones de higiene y asuntos de epidemiología. Dícese en el libro, que el autor se estableció en Sevilla en tiempo del Rey D. Pedro, y alcanzó el reinado de su hermano D. Enrique. El Dr. Chinchilla asegura que esta obra «es el primer monumento de Topografía físico-médica que hasta su tiempo se ha escrito.» No sabemos á punto fijo lo que quiso decir el autor de los Anales; nosotros recordaremos que á más del célebre libro de Hipócrates *De aires, aguas y lugares*, y antes que la medicina sevi-

zaravio, según asegura un erudito. Tal manuscrito, de indudable mérito bibliográfico é histórico, enseña que en el tiempo que se escribió existían médicos ó *alcaldes examinadores*, toda vez que Estefano tenía el cargo de alcalde mayor de todos los cirujanos en tiempo del Rey D. Juan II de Castilla, cargo que también desempeñó el padre de Estefano en tiempo de Alfonso XI.

No he podido ver este curioso libro, y estas noticias las entresaco de los escritos de Gallardo y de Morejón, sin saber á punto fijo á cuál de los dos escritores se debe la primacía de tal nueva, porque es el caso que ambos dicen poseer el manuscrito, dándonos la misma descripción y con idénticas frases: ¿quién copió á quién? ¿cúyo era el ejemplar?

Hay una frase en Histología que se ha hecho célebre entre los modernos escritores; me refiero á la

---

llana, en tiempo de Fernando IV de Castilla, el médico de este Rey, judío, natural de Toledo, escribió una Topografía de Castilla, mencionada por Casiri y alabada por Andrés Piquer y H. Morejón. Y puesto que hablamos de Topografías, recordemos la de Murcia, por Castellano Ferrer; la de Valencia, por Piquer, y la de Peset en este siglo; la de Lima, por Unánue; la de Aragón, por San Juan; la de Asturias, por Casal; la de México, por Diego Cisneros en 1618, por cierto esta última muy excelente, aun cuando le precedió Alfonso Martín, el primero en este género de noticias acerca de la ciudad de Moctezuma. Diego Cisneros era de Madrid y su obra le valió muchos y justos aplausos; atribuyó el descubrimiento de América á Rui Falero. (Cap. 14. fol. 74.)

tan conocida de Turpín cuando compara el organismo á «una federación de elementos.» La verdad es que la idea no deja de ser ingeniosa y retrata bien el concepto y significación de la célula, según las nuenas teorías histológicas. Pero ninguno de los muchos que copiaron aquella frase en libros, discursos y monografías, se tomó el trabajo de averiguar la filiación, el origen que puede atribuirse á la figura retórica de Turpín, que bien lo merecía por el éxito con que fué acogida y la diligencia con que fué copiada.

Es indudable que lo que el histólogo extranjero quiso significar con su tan conocida frase, fué que el cuerpo humano, ó mejor todo sér viviente, era el resultado de la integración de multitud de entidades vivientes que, sacrificando su autonomía en bien de la unidad total, constituían la funcionalidad orgánica común, estableciendo el equilibrio á expensas de la trasformación de la independencia celular en funciones peculiares de sér complejo que todos los elementos constituyen; ni más ni menos que lo que acontece en un estado bien organizado, en el cual, cierto grado de independencia se trasforma en virtud de leyes naturales ó razón de conveniencia, en unidad social, que es como la conciencia, el rasgo vital de un individuo, de una nación. Pues bien; esta idea en el terreno de la Medicina no es nueva, ni mucho menos en el campo de las ciencias político-sociales.

En nuestra patria hubo escritores antiguos que concibieron y explanaron con gran talento dicho concepto.

Recordemos que Gerónimo Mérola, natural de Balaguer, en Cataluña, catedrático de la Universidad de Barcelona, amigo del célebre anatómico Rondellet, escribió en 1587 un libro titnlado *República original sacada del cuerpo humano.* Es obra sumamente ingeniosa y hoy de difícil adquisición: compónese de dos libros, en cuyos capítulos se tratan gran variedad de asuntos políticos y sociales, intentando siempre evidenciar la similitud entre la actividad de los pueblos y el funcionalismo y estructura de la fábrica humana. La idea capital de la primera parte de este libro de Mérola, es demostrar que el cuerpo humano es el modelo de una república bien organizada, y nada de lo que á ésta atañe falta en aquél. Los conceptos de este catalán fueron alabados por diversos autores; pero es que antes que Mérola escribiese su obra, en 1543, terminó la suya Sánchez Valdés de la Plata, médico manchego, citado como uno de los que primero conocieron la circulación de la sangre, y predecesor de Cervantes en condenar la afición á la lectura de los libros de caballería. Esta obra, tan heterogénea, difusa y hoy tan peregrina como los propios escritos que su autor anatematizó, titúlase: *Crónica é historia general del hombre, etc.*, dedicada á la Condesa de Puñonrostro, y en la página 247 compara el cuerpo humano á una nación, después á una ciudad y por fin á una casa, encontrando en las comparaciones elementos análogos á los constituyentes del cuerpo humano.

El célebre Andrés Laguna, acaso el médico más

docto de su tiempo, el que ridiculizó á los profesores salta-tumbas, el descubridor de tantas utilidades científicas, el experto cirujano y profundo filósofo segoviano, el orador elegante, escribió entre otras meritorias, una obra titulada: *Anatomica metodus seu de sectione humani corporis contemplatio*, impresa en París en 1535, en la cual, aparte de su erudición, de sus conocimientos anatómicos y filosóficos, se registran un sin número de comparaciones que sirven al autor para facilitar el concepto anatomo-fisiológico de los órganos que estudia; el aparato circulatorio, por ejemplo, le compara á Europa con sus diversos reinos... Como el lector conocerá sobradamente este libro, no insisto en estudiar su contenido.

Luis Lobera de Avila, celebérrimo médico español, en la descripción maravillosa del microcosmo, y Montaña Monserrat, en su tan conocido como ingenioso *sueño* dedicado á D. Luis Hurtado de Mendoza, Marqués de Mondéjar, son otros tantos autores que, con sus escritos en el siglo XVI, pudieron ser fuentes de la idea que encierran las frases de Turpín. No seríamos justos si no dijéramos que las palabras de Platón: *Civitas bene instituta, similis est fabricæ corporis humani*, encierran también aquel pensamiento y sirvieron de tema á Jerónimo Mérola, según confesión del mismo.

Los grandes pensamientos no tienen edad fija; nacieron en diversas épocas con los grandes ingenios, que cada uno de ellos los modificó ó los expuso de modo diferente; por tanto, la frase de Tur-

pín es la síntesis de un orden de creencias científicas en este siglo; pero la forma de expresarlo y la última y más elevada concepción son herencia de los antiguos maestros.

El famoso D. Enrique de Aragón, Marqués de Villena, cuya vida inspiró á tantos escritores, dícese que, entre sus muchas obras, escribió un «Tratado de lepra, de como se entiende poder estar en paredes y vestiduras;» otro «De Fascinatione y aojamiento» y algunas recetas; ninguno de estos manuscritos fué conocido de nuestros diligentes historiadores, y en verdad que el primero de estos escritos, á juzgar por el título, debiera encerrar no poca importancia para la historia de la epidemiología española. No hemos tenido ocasión de ver estas producciones; la noticia la encontramos en el ensayo de D. B. G.

El Marqués de Villena, célebre en la historia, no sólo por sus conocimientos, sino por el nimbo de mago y hechicero con que se le presentó, murió en 1434, y su biblioteca, ó gran parte de ella, fué entregada al fuego, cuya operación llevó á cabo el Obispo de Cuenca López Barrientos por mandato de D. Juan II, de quien era confesor que, en este caso fué una especie de Amrrú Bekrr. Nació D. Enrique de Aragón en 1384, perteneció á la casa real de Aragón por línea paterna, y por la materna, á la de Castilla; era su madre D.ª Juana, hija bastarda

de Enrique II, que la hubo con D.ª Elvira Iñiguez de Vega. El padre de D. Enrique de Villena, Don Pedro, Infante de Aragón, murió en la batalla de Aljubarrota, en la que perdimos á Portugal (14 de agosto de 1385). Nunca fué de hecho Marqués de Villena, por más que se titulaba así; lo que fué es Conde de Cangas de Tineo, cuyo título debió á Enrique III, según Pellicer, que á su vez lo tomó de Zurita. Según Pedro Carrillo, escritor de aquellos tiempos, D. Enrique llegó á ser el mayor alquimista y astrólogo de aquella edad, sin dejar de sobresalir en otras ciencias, teniéndole sus conciudadanos por nigromante é inhábil para el gobierno de la nación. Confabulado, según dicen los cronistas, con su esposa D.ª Ana de Albornoz, ésta pidió el divorcio por impotencia de su marido (el cual tuvo dos hijas fuera de matrimonio), con el fin de que se le concediera á éste la Maestranza de Calatrava, lo que consiguió, hasta algún tiempo después en que los frailes negáronle obediencia y eligieron á su rival llamado Guzmán, uniéndose de nuevo D. Enrique con su esposa.

Las aficiones literarias las demostró vigorizando y protegiendo en Barcelona la gaya ciencia, creando certámenes y premios. Más tarde se le dió el Señorío de Iniesta, donde se retiró con su esposa y se dedicó á estudiar y escribir llevando los libros en sus viajes como inseparables amigos.

Fué D. Enrique pequeño de cuerpo y grueso, de color blanco y encarnado; naturalmente enamoradizo y destemplado en el comer y beber. (Pérez de

Guzmán, generaciones de los Reyes.) Era de alto y sutil ingenio que empleó en el estudio de ciencias que por entonces se creía entrañaban artes diabólicas, creándole una fama que sus enemigos explotaron para malquistarle con D. Juan II, su sobrino, trascendiendo á tiempos posteriores, según se infiere de hablillas que aún andan en boca del vulgo; le quemaron un rico tesoro de libros. Los cronistas cuentan que algunos de éstos se salvaron. Trasladó al castellano la *Iliada*, de Virgilio, obra rarísima y de las primeras de esta índole. Tradujo también en castellano la *Divina comedia*, la *Retórica nueva*, de Tulio y alguna otra.

Inútil es buscar datos biográficos referentes á renombrados médicos españoles cuya vida y hechos están íntimamente enlazados con los acontecimientos político-médicos de nuestra nación.

Hállanse en este caso, entre los muchos que callan las crónicas, los doctores Enrique Matisio, Andrés de Sosa, Martín Rodrigo, Olivares, Parra, Pontano, García de Oñate, Gómez de Sanabria, Vergara, todos ellos profesores reputados y al servicio de los Reyes de España.

El Dr. Matisio sabemos que acompañó al Emperador Carlos V al monasterio de Yuste; Sosa y Martín Rodrigo eran médicos de dicho Emperador con Olivares, Bernardo de Quirós y Fernando de Mena, según dice el celebrado Luis de Toro en su precio-

so libro sobre el *tabardillo*, que por cierto fué de los primeros que describieron con exactitud esta enfermedad, según dicho queda en otro sitio. Pontano y Olivares, ya indicamos que fueron catedráticos de la Universidad salmantina y maestros de Amato Lusitano; también sabemos de otro Dr. Olivares (Santiago Diego) (1), á quien se le quiso presentar como verdugo en la desastrosa enfermedad del Príncipe Carlos, del cual era su primer médico; es posible, pero nos parece que este Dr. Olivares no debe ser el maestro de Amato; de todos modos, nada sabemos de la vida y hechos de estos médicos del mismo apellido.

García de Oñate y Sanabria eran médicos de Felipe II, y Juan de Vergara, su cirujano, que le abrió la apostema que le salió al Rey en el muslo.

Sería un trabajo por demás curioso, y nada desprovisto de utilidad, el escribir una colección de historias clínicas, fundadas en las enfermedades sufridas por los Reyes de España, sus esposas, hijos, así como las que llevaron al sepulcro á los más famosos personajes de la nación en pasadas épocas. Los elementos indispensables para dicha obra son las descripciones de los médicos, las noticias de historiadores generales y particulares, y las referencias de

(1) Vid. H. Morejón.

obras de medicina, en que por incidencia se tratan aquellos sucesos morbosos.

La empresa no deja de ser dificilísima y entretenida, pero no irrealizable. Aparte de la riqueza de datos que este género de escritos podrían reportar al mejor conocimiento de la historia patria, depurando la exactitud de algunos hechos y dando fijeza á determinadas fechas, conseguiríamos tener una crónica verdadera de todos los médicos de Reyes, sabríamos á qué atenernos respecto á los méritos científicos de cada uno de ellos, los medios de que se valió para adquirir la dignidad, el por qué de sus derrotas y el comportamiento de cada uno en alguna de las imponentes circunstancias en que se encontró, teniendo así ocasión de aplaudir á cuantos emplearon su preponderancia en altas regiones, en bien de sus compañeros, de la ciencia y de la humanidad doliente, como Vallés, Mercado, Virgili, Castelló, Cervi, Bravo de Sobremonte y otros. Ocúrresenos adelantar, á guisa de paréntesis, algunas noticias que podrían formar parte de esta especie de *Clínica regia*, entresacadas de una conferencia que dimos en febrero del presente año en la Academia Médico-Quirúrgica Matritense.

Enfermedades de los Reyes y médicos de cámara

Desde la más remota antigüedad, los reyes de los pueblos conocidos, solían tener uno ó más médicos á su servicio, que habitaban en Palacio ó les seguían en sus guerreras expediciones; tal cargo siempre fué una preeminencia, una dignidad altísima, gozando el médico de no pequeño favor en la corte y sabrosas prerrogativas.

Todos aquellos encumbrados profesores recibieron la denominación de *Archiatros* ó *Archiates*, voz cuyo significado dió lugar á inacabable discusión, en la que terciaron los más famosos eruditos de las pasadas centurias; la palabra *Archiatros* procede de dos voces griegas, *archos* (jefe) y *jatros* (médico), de suerte que *archiatros* vale tanto como jefe, príncipe de los médicos, según quería Hoffman, ó médico de Príncipes, conforme á la traducción de Mercurial.

Sea ello lo que fuere, es lo cierto que los más vetustos anales conservan el nombre de algunos médicos palatinos que se hicieron célebres por sus talentos ó por circunstancias especiales de su vida, entre los cuales recuerdo á Ctesia, archiatro de Artajerges; á Nicomaco, padre de Aristóteles, que lo fué de Amintas IV, Rey de Macedonia; á Callige-

nes, Menecrato y Cristóbulo, que lo fueron del gran Filipo II, cuyo Monarca salvó la vida merced á los cuidados del último, que no supo, sin embargo, impedir quedase tuerto su señor. Dícese que Alejandro Magno tuvo ocho médicos de cámara, entre los cuales son dignos de mención Pausanias, Thésalo, Hipócrates IV y Filipus, inmortalizado por Quinto Curcio el historiador. Todos saben el importante papel de Aristóteles, genio excepcional, en la corte de Macedonia; pues bien, su descendiente Erasistrato, el padre de la Anatomía, el maestro de la Escuela alejandrina, con Archibius y Apollofanes, estuvo encargado de dirigir la salud de Antiocho Soter; Nicias era el archiatro de Pirro, aquel famoso guerrero envidia y admiración de Aníbal; Herófilo, de imperecedero recuerdo en la historia de nuestra vetusta Medicina, con Apollodoro, Aristarco y Straton, eran médicos en la corte de Ptolomeo Philadelfo, el protector de nuestra ciencia en Egipto.

El médico Antistius fué el que reconoció las heridas de Julio César, que vino á caer exánime á los pies de la estatua de su rival Pompeyo; por cierto que el tal Antistius dijo que el conquistador de los galos, el vencedor en Farsalia y Munda, pereció sin que ninguna de las heridas que los conjurados le infirieron, tuviera carácter mortal. El celebérrimo Antonio Musa, que recibió la dignidad de caballero romano por sus méritos científicos, desempeñó con Eudemos, que describió por primera vez el páncreas, con Eros y Cyrus el operador, el cargo de médico de Octavio Augusto y su familia. El oculista

Coledianus y Menecrato, el inventor del diaquilón, eran médicos palatinos en tiempo de Tiberio; Xenophon y los Stertinius lo fueron de Claudio; Andrómaco, el inventor de la triaca, era médico de Nerón; el inmortal Galeno, de Lucio Vero y Marco Aurelio; Oribasio el comentarista, estuvo al servicio de Juliano el Apóstata; también fueron *archiatros* de Emperadores y Reyes en aquellas edades, Amonio, el primer litotomista de que hablan las historias; Antilus, acaso el primero que operó la catarata; Rufo, y más tarde Vindinciano, Sexto Plácido, muchos salernitanos y bolonios...

No se reducían á platónico honor las ventajas de ser médicos de Reyes y Emperadores, que, aparte del ascendiente que sobre los Soberanos podían ejercer los profesores en beneficio de sus haciendas ó las de los amigos, pocas veces en bien de la clase médica, gozaron de privilegios nada despreciables. Teodosio libró á los médicos de cámara de todo género de cargas municipales y del Estado, y lo mismo aconteció más tarde en Francia y alguna otra nación.

Aparte de esto, recordemos que Erasistrato recibió del Rey Antioco cerca de 600.000 pesetas en concepto de gratificación; que los Sterninios ganaron al lado del Emperador Claudio unos seis millones de pesetas en números redondos; un cirujano de cámara francés ganó en breve tiempo dos millones de francos, y nuestro Vallés recibió de Felipe II una remuneración de 15.000 ducados, etc., etc.

Tenían los archiatros, hasta tiempos no muy dis-

tantes, el derecho de figurar en las procesiones y fiestas reales en sitio preferente, tomar el agua y pan benditos antes que el resto de los mortales, entrar en la cámara de los Reyes á todas horas, vigilar sus viandas y manjares, examinar las reales orinas... Alguna vez proveían dignidades eclesiásticas, eran palanca de gran fuerza para remover á favoritos y Ministerios; solo que hoy, con el trascurso de los tiempos y cambio de costumbres, los Ministros cambian con facilidad el personal de la Facultad de Palacio...

Como privilegios especiales, citaré el de Gaspar Miró, natural de Tortosa, que figuró como testigo en las bodas de sus amos los Reyes de Francia; á Luis Dureto, el famoso comentarista, que al casarse una hija suya, fué padrino el Rey, el cual regaló á la joven desposada la vajilla de plata; á Villalobos, el trovador de las bubas, el donoso escritor castellano, que, ya viejo, tuvo el honor de que el Príncipe (más tarde Felipe II) le tomara como fin de sus travesuras, y apagara en su venerable abdomen las velas encendidas que le servían de lanzas en sus figurados é infantiles torneos, etc...

Con estos detalles se puede apreciar lo golosos y deseados que habrán sido estos destinos en todo tiempo.

Pero también este oficio tiene sus quiebras, sin contar la inmensa responsabilidad que pesa sobre los médicos palaciegos en ciertos y solemnes momentos; sin contar la angustia inacabable que debe producir en los espíritus viriles y honrados aque-

lla atmósfera de adulación y servilismo que suele respirarse en los alcázares para contentar al tirano, recordemos la tremenda lucha que debe sostener el médico de cámara contra el vulgo fanático, contra el compañero audaz y envidioso que le mina el terreno, contra la calumnia del magnate ó los desaires del Soberano, la falta de fe y discreción de sus reales clientes; insinuemos que en aquellas alturas los pequeños accidentes conviértense en mortíferos rayos que siempre tronchan al débil, debilitado acaso por sus constantes é inapreciables servicios, y encumbran al atrevido que supo sonreír ó discretear á tiempo. El célebre Luis Mercado, Gaspar Torrella, A. Pareo, Andrés Piquer y Vicente Pérez testifican estas observaciones.

Pero en tiempos más lejanos, aparte de todas estas dolorosas contingencias inherentes á cargo tan codiciado, por consecuencia de la rudeza de las costumbres, solían verse de vez en cuando, médicos expulsados de la corte, envuelto aquél en un proceso, éste desorejado, quién envenenado... pero el mundo marcha, las costumbres se suavizan y luego se pidió la dimisión, se nombró al contrario, hiriendo con tales procederes los más nobles y más íntimos sentimientos. A fe que no le valió á Gabriel Miró el haber asistido á Juan de Aragón, para que luego le quemaran en efigie con su esposa Blanquinia, ni á Villalobos el ser tachado y perseguido por embaucador y hechicero, ni á Vesalio el morir náufrago; el filósofo y médico Zimmerman, bajando las escaleras de Palacio un día, excla-

maba: ¡y aún habrá quien sea médico de Reyes!

Pero Zimmerman no sabía que con los siglos aumenta el afán de desempeñar tales destinos, y tan cierto es esto, que los Reyes, que antes se contentaban con uno ó dos archiatros, luego tuvieron que nombrar hasta 37, como Enrique IV de Francia, y aún no consiguió satisfacer la ambición de todos los aspirantes.

En honor de la verdad, la palabra *archiatros* murió con el Imperio romano, y los médicos se titularon médicos ó físicos del Rey en nuestra patria, dividiéndose en varias categorías.

Insinuemos ahora que Teseo murió despeñado, que Camilo y Perilles fallecieron víctimas de la peste; que una vieja mató á Pirro de un tejazo: que Napoleón I, el hijo de las revoluciones, murió de una sublevación epitelial en el estómago, de un cáncer en el píloro; que Alejandro Magno falleció de aguda calentura; traigamos á la memoria los datos que nos ofrece el autor de las vidas pararelas. los que consignan Eutropio, Dionisio, Plinio, Tito Livio y Suetonio, en su obra *Vidas de los doce Césares*, y los más recientes de Corlieu, todo lo cual yo no puedo más que recordar, y tendremos con lo dicho el molde para la primera parte del programa «Enfermedades de los Reyes y sus médicos» ó más bien el plan para el primer capítulo de un libro con aquel título.

Y, con esto, entremos más de lleno en la cuestión que nos ocupa, y vengamos á nuestra querida patria.

Es muy singular, hasta rayar en lo increíble, que siendo la idea monárquica parte integrante, por decirlo así, de los españoles, especialmente en pasadas épocas; siendo el trono eje y sostén de cuanto bueno ó adverso afectaba á la nación; preocupando tan hondamente los menores actos de los Reyes á los súbditos de todas categorías, hasta el punto de que los vicios y las virtudes de la corte se reflejaban lo mismo en el opulento magnate que en el infeliz esclavo del terruño; y puesto que las guerras que cubren de sangre, lágrimas y despojos la tierra, á nombre del Rey se emprendían, y las paces con su venia se pactaban, y la confiscación de bienes, el destierro, la persecución de la justicia, los excesivos tributos que hurtan el pan á inocentes y hambientas criaturas, y el patíbulo, el potro, la hoguera se levantaron á nombre del monarca; si la historia parece escrita, las más de las veces para adular á los Reyes según las páginas que sus actos ocupan en los viejos cronicones; si la felicidad ó el honor de una familia solían ir unidos á la real cédula, al privilegio real, y por fin, si hasta la codiciada moneda recibía su valor con el busto del Rey, es chocante que ni la historia ni la tradición guarden el recuerdo de las más tristes situaciones de nuestros Soberanos, aquellas que se refieren á sus enfermedades, á la angustia y á los dolores con que abandonaron esta vida. No menos olvidados están en la historia aquellos detalles referentes á los vicios de conformación,

al pauperismo constitucional, á los males hereditarios de los Príncipes, como si una mano misteriosa hubiese ido arrancando, una por una, aquellas páginas de viejas historias en que se hacía mención de tan angustiosos momentos, cual si la patología de los Soberanos quisieran haberla convertido en santuario, temerosos de que el pueblo se convenciera de que los Reyes, como el último mendigo, sufren la tiranía del bacillus, del vibrión séptico, los estragos del cáncer, de la lepra, del herpes, y que apesar de su imperio, no pueden vencer á la escrófula, á la disnea, ni dejar de obedecer al médico con la misma docilidad que el *calandria* que se refugia en el Hospital harto de luchar con el hambre, con el frío y con su miseria orgánica.

Por otra parte, no deja de ser curioso que siendo el médico palatino cargo honorífico y que supone excepcionales conocimientos ó sobresaliente favor, destino ambicionado por la mayoría de los médicos, lo mismo al principio que en el promedio, que en las postrimerías de la vida profesional, y constituyendo los médicos de los Reyes una serie de nombres gloriosos para la ciencia, nadie llevara á término la empresa de escribir su historia, en la cual forzosamente habíamos de hallar no pocos elementos para completar los anales de la Medicina nacional (1).

(1) Nos referimos á nuestra nación, porque en otros países, en Francia por ejemplo, se ha procurado estudiar este asunto en diversas épocas.—Vid. las obras de Guillemeau, Héroard, etc.

A exeepción de poeos documentos en que se habla con elaridad de la última dolencia de este ó de aquel Soberano, los demás datos que nos presentan los libros más aereditados, y hasta los más euriosos, podrán satisfaeer los deseos de un profano, pero nunea los del médieo que busea con interés los síntomas, la erisis de la enfermedad y los remedios que se administraron al regio doliente, eon la hora y forma de tomarlos.

Nosotros sólo nos ocuparemos de cuanto se refiera á enfermedades naturales, renuneiando á tratar de la eriminología del trono, que podría dar materia para un eorpulento tratado de Medieina forense.

Dudan los historiadores ante la enorme eseasez de datos médicos, de si existía en tiempo de los godos la Medieina, eomo eieneia formalmente integrada y sujeta á un plan de estudios, anteeedentes y observaeiones. No creo yo que la eieneia médiea pueda desaparecer absolutamente de un pueblo en un momento dado; la legislaeión durante la dominaeión de los godos, elaramente demuestra su existeneia; pero á exeepeión de estos pocos y equívoeos anteeedentes legales, nada sabemos que demuestre alguna lozanía en la vida de esta cieneia bienhechora en aquellos tiempos rudos de lueha primero, de fanatismo y molieie en sus postrimerías, y menos en lo pertinente al objeto que nos oeupa, eomo no sean algunas vagas y nebulosas refereneias, toeante á la última enfermedad ó al mortífero aecidente que aeabó eon la vida de un Monarca ó de un magnate.

Dejaremos, pues, esta edad tenebrosa, y pasaremos de un salto á los tiempos de la Reconquista, más conocidos, aunque no tan copiosos como quisiéramos, en noticias relacionadas con nuestra disertación.

En la *Colec. de Doc. inéd.* debida á Bofarull, en los tomos 27 y 28, y entre los opúsculos inéditos del cronista Carbonell, muerto por cierto de asma en 1517, hallamos en la pág. 311 un capítulo que trata: «*De infirmitate domini Regis Joannis et eius obitus apud Episcopalem palatium urbis Barcinone.*» Allí se consigna que la enfermedad del Rey Juan II de Aragón, principió al anochecer del martes 5 de enero de 1479; la dolencia se anunció con *reuma* y *tos*, durmiendo poco en aquella noche. En el siguiente día persistió la tos, y desapareció el apetito. Presentósele diarrea, y el jueves, después del medio día, acometióle frío seguido de calentura, que duró catorce horas, fiebre que se repitió el viernes, siguiendo siempre la tos y la disnea, por lo que se le administró al enfermo jarabe y *lohot* convenientes, á más un supositorio que produjo dos cámaras racionales.

El célebre *Gabriel Miró* pronosticó inminente peligro de muerte, fundándose en la fiebre, en la edad del enfermo y en el acúmulo de flemas, que la debilidad impedía fuesen expulsadas.

El sábado 9 de enero seguía la enfermedad la misma marcha, con idénticos síntomas, á excepción de la fiebre, que se convirtió en pútrida continua.

El domingo 10 de enero, fué llamado el egregio médico del Rey, Gabriel Miró, al Consejo regio, en donde este profesor anunció á los diputados y reales personas el inminente peligro de D. Juan II, y la conveniencia de llamar á médicos de dentro y fuera de la capital, para consultarles el caso. Cuatro médicos de la capital acudieron á la consulta, en la cual hubo conformidad acerca de la naturaleza del mal y los remedios aplicados.

El lunes 11 se le administraron los Sacramentos; en los cuatro días siguientes, los médicos continuaron el plan establecido, insistiendo en su fatal pronóstico. El sábado anunciaron la proximidad de la muerte del Soberano, en vista de síntomas muy siniestros. Así continuó el regio enfermo que, por cierto, yacía en una cama de campaña, hasta el martes 18 de enero de 1478 en que espiró.

Por otros documentos inspirados por Miró sabemos que el Rey no pudo tomar la comunión porque la violenta y continuada tos que le aquejaba se lo impidió, pero adoró la Sagrada Forma.

Por cierto que la familia de los Mirones de Tortosa tenía como en feudo el ser médicos de cámara; los historiadores mencionan tres de este apellido, todos médicos de cámara de los Reyes de Francia y todos originarios de Tortosa y parientes, mas no conocen al que acabamos de citar, que asistió á Juan II.

La enfermedad de este Rey de Aragón indica que Gabriel Miró supo hacer en aquellos lejanos tiempos el diagnóstico y pronóstico exactos de la enfer-

medad; que con tiempo avisó del peligro á la nación y á la familia real para que se preparasen ante la catástrofe; que el Monarca, merced á tan correcto comportamiento, falleció después de haber cumplido los últimos deberes como hombre, como Rey y como cristiano, y por fin, que su médico publicó la enfermedad del egregio cliente, para que sus compañeros pudieran juzgar de su conducta con datos positivos y ciertos.

De lepra murió D. Fruela II, atribuyendo el pueblo la asquerosa dolencia á la crueldad con que trató el Monarca á un Obispo y al hermano del mitrado, desterrando al primero y mandando descabezar al segundo, sin causa conocida. Sancho el Gordo, mientras estuvo destronado, marchó á Córdoba, donde los médicos árabes aliviaron la polisarcia que le afligía, y murió más tarde envenenado por un Conde cristiano.

Préstase á multitud de consideraciones la última enfermedad de Fernando I el Magno. Con efecto, aquel Rey siéntese gravemente enfermo en su campaña contra los moros valencianos; llega á León, visita el templo de San Isidoro, descansa unas horas en su palacio; á media noche oye misa solemne de Natividad, y después de comulgar, le conducen sus servidores al lecho; á la mañana siguiente, viendo próximo su fin, se reviste con las insignias reales, se hace trasportar al templo, donde hace entrega de su reino y de su vida á Dios, viste sayal tosco y silicio, y muere al siguiente día, tercero de Pascua.

¿Qué enfermedad era la suya?

He aquí un problema médico-histórico.

No deja de ser también una dolencia singular la última que acometió á Abdulmelik, hijo del intrépido Almanzor. En la noche de sus bodas con Teresa, Princesa cristiana, díjole ésta á su mal tolerado esposo: «¡Guárdate de tocarme, porque eres Príncipe pagano, y si lo hicieres, el ángel del Señor te herirá de muerte!» y así sucedió de allí á poco tiempo. El padre de este Príncipe murió en Medinaceli á causa de las heridas que recibiera en Calatañazor.

De calenturas malignas murió Abderramán, el más célebre de los Omiadas españoles, en Mérida año 788, Abderramán II, á quien se le supone vencido en la fabulosa batalla de Clavijo, en donde se dice apareció Santiago Apóstol, y también Abderramán III. La misma suerte le cupo á Alfonso VII (el Emperador), cuya fiebre última fué tan aguda y maligna, que no pudiéndose restituir á su palacio, falleció en el campo, debajo de un árbol, en Fresneda; en Gutierre-Muñoz, cerca de Arévalo, de la misma dolencia que el anterior y con parecidas circunstancias, finó Alfonso VIII el noble, ó el de las Navas.

El Infante D. Sancho, hijo del Rey Sabio, vivió hasta los sesenta y dos años, apesar del pronóstico mortal de sus médicos cuando era joven; el cadáver de Alfonso VI estuvo expuesto durante veinte días sin descomponerse, de donde puede deducirse que hoy, como entonces, los médicos palatinos pueden equivocarse, y hoy, como entonces, los médicos embalsamaban á los Reyes, aunque con distinto resultado, á veces.

Levantó el brazo Alfonso V para dictar órdenes, y una flecha envenenada, clavándose en el sobaco, le produjo la muerte. Aquí se presenta la cuestión de averiguar la naturaleza del veneno ó venenos que usaban los árabes, los síntomas que producían en el herido y la terapéutica que empleaban los físicos.

De la misma suerte, cuando leemos que Ramiro II mandó sacar los ojos á su hermano Alfonso IV y á tres hijos de Fruela, sus primos, y que era frecuente mutilar á los hombres, según el código de aquellos tiempos, notamos la falta de noticias respecto á los hemostáticos, contentivos y procedimientos que se empleaban en aquellos actos de salvajismo, yo sólo diré que solían embadurnar las superficies cruentas de los amputados con pez, resina, pasta de agárico, yeso, que al paso que contenía la hemorrágia, resguardaba la herida de las influencias exteriores; dícese que las amputaciones por castigo solían hacerse con cuchillos incandescentes, pero esto no era siempre.

El famoso D. Alvaro de Luna, diestro en el manejo de las armas y ávido por demostrar en justas su pericia y valor, recibió una lanzada que, atravesando la visera del casco, fué á herirle en la frente. Estuvo mucho tiempo en peligro de muerte, y se dice que los cirujanos le extrajeron hasta veinticuatro huesos (esquirlas) de la cabeza, y por fin curó (1).

(1) Menos afortunado fué Enrique II de Francia, que habiendo recibido cruel lanzada en un torneo, sucumbió á los pocos días, sin que sus cirujanos pudieran diagnosticar la profundidad de la herida en el

He aquí un caso quirúrgico que mereciera una historia clínica con comentarios, y que demuestra el relativo adelanto de la Cirugía en aquel tiempo, contra la opinión de algunos historiadores.

El Rey D. Sancho IV, asistido por el médico hebreo D. Habraam, confesó en sus postrimerías al Infante D. Juan Manuel, gloria de las letras en el siglo XIV, y cuyo físico era un tal Zag, que moría bajo la pesadumbre de la maldición de su padre; pero sabemos, aparte de tal confesión, que D. Sancho venía *mal doliente* desde hacía tiempo, y murió á los treinta y cuatro años de edad, después de recorrer diferentes ciudades en busca de mejor clima para su naturaleza.

Este último detalle, y el saber que durante la postrera conversación con el Infante antes mencionado, sufrió el Rey ataques de tos y de disnea mortales, hacen presumir si se trataría de alguna tuberculosis pulmonar.

Fernando IV el Emplazado murió casi repentinamente en su lecho, después de una cena abundante, próximamente al mes del suplicio de los Carvajales. Su muerte tuvo todas las trazas de ser debida á una apoplegía.

Enrique II, el asesino de D. Pedro el Cruel, murió de enfermedad agudísima, creyendo alguno, si envenenado por los servidores de Carlos el Malo; su

---

ojo, ni extraer las esquirlas del lanzón, por más que procuraron estudiar la herida, produciéndolas iguales en las cabezas de cuatro ajusticiados.

hijo, Juan I, el vencido en Aljubarrota, andaba delicado, y por consejo de los médicos se trasladaba á Sevilla; pero durante el camino, en Alcalá, quiso presumir de jinete, y murió á consecuencia de caída de caballo.

De peste murió, según es sabido, Alfonso XI.

Ignoramos el género de enfermedad á que sucumbió Martín el Humano, pero sabemos que el 20 de noviembre de 1401 (noventa y dos años antes de Colón), este Rey de Aragón expidió una orden á los magistrados de Gerona, para que castigasen y espeliesen de aquella ciudad á los rufianes y prostitutas *que contagiaban* y *propagaban la putrefacción de su mal, en perjuicio de la salud pública y de las buenas costumbres*.

Este documento importante, aunque no concluyente, es raro y lo debemos al erudito Bofarull.

Diego Enríquez del Castillo, capellán y cronista de Enrique IV, dice en su obra que el Rey era persona de larga estatura, espeso de cuerpo, de fuertes miembros, de manos grandes y dedos largos y recios, de aspecto feroz, las narices muy llanas, porque en ellas recibió lesión en su niñez, la cabeza redonda, las cejas altas, los párpados encarnizados, las quijadas largas y tendidas, era rojo, de abundante pelo y pocas veces se afeitaba; cazador y perezoso, voluble y fanático, aunque bondadoso, murió en Madrid de dolor de costado, que le duró catorce horas; el Rey venía delicado de algún tiempo, y nada nos dice de sus médicos, ni de la dolencia del Monarca.

Pero, en cambio, Diego Enríquez nos dice que la Reina parió, *en brazos del Conde de Alba de Liste*, una niña que se llamó doña Juana, con lo cual vemos que la costumbre de parir sobre las rodillas de otra persona es costumbre antigua entre los Reyes, y á esta sazón recuerdo que Isabel la Católica, en el parto del Príncipe D. Juan, en 1478, fué auxiliada por una partera de Sevilla llamada la Herradera, y que su hija doña Juana la Loca, en 1507, parió una niña que fué luego la Reina Catalina de Portugal, y este parto dicen los cronistas que fué *trabajoso* por no haber partera en Torquemada, teniendo que desempeñar tal oficio la camarista doña María de Ulloa, y como no es de suponer que los Reyes carecieran de doctísimos profesores, como veremos, condúcenos á creer que la obstetricia en aquel entonces estaba confiada exclusivamente á las mujeres (1).

Sería triste y curioso á un mismo tiempo poner en claro, por lo que á la historia y á la Medicina atañe, los detalles referentes á la penosa afección mental de la Reina doña Juana, atormentada por los celos, por el desvío de su marido y el maltrato que se la dió por mandato de su padre que, inspi-

(1) Enrique IV de Francia mandó se le abonasen quinientos escudos á Luisa Bourgeois, por haber asistido á la Reina en el parto del que nació el que más tarde fué Luis XIII. Como esto tuvo lugar en 1601 y sabemos ciertamente que el eminente Guillemeau se hallaba presente en aquel acto, tenemos otro ejemplo de la intervención omnímoda de las mujeres en la asistencia de los partos hasta épocas cercanas.

rado en aquel antiguo adagio de que el *loco por la pena es cuerdo,* alguna vez dispuso se la castigase brutalmente, *disponiéndola dar trato de cuerda,* como se decía entonces, *porque no muriese dejando de comer,* que en tal manía cayó la ilustre enferma reclusa en Tordesillas; sus actos incoherentes, sus períodos lúcidos, su aversión á lo religioso, el modo de disponer sus habitaciones, formarían un capítulo interesante.

Cuentan las crónicas que los Reyes Católicos, aquellas augustas figuras que realizaron la unidad nacional, fallecieron de hidropesía; pero como sabemos que Isabel la Católica sufrió terribles emociones antes de su muerte con la pérdida de seres queridos y la locura de su hija; como sabemos que padecía de úlceras en las piernas, atribuídas por los médicos al ejercicio de la equitación, desde la toma de Granada, podemos sospechar que aquella hidropesía fuese resultado de una lesión cardiaca, que la Soberana sin ejemplo, que se distinguió por lo magnánimo de su corazón, por esta entraña nobilísima debía empezar su ruina.

De gota retropulsa, tal vez al corazón, murió en Valladolid el ilustre Cristobal Colón, cuyo nombre y hechos no necesitan encomios.

El inmortal Cervantes y el Emperador Elio Adriano, de origen español, murieron también de hidropesía como Fernando V.

Convencido Elio de que un Emperador, y artista por añadidura, de lo que se gloriaba Adriano, debía ser extraordinario en sus actos y alegre hasta en

la muerte, hallóse en su quinta de Tívoli atacado de su última enfermedad; entregóse allí á todo género de distracciones, á satisfacer sus apetitos con la anchura que prestaban las costumbres paganas, y terminó sus días recitando unos versos que han quedado en la historia por su singular composición, y por ser obra del Emperador para aquel acto.

El inmortal Cervantes restituyó su alma á Dios el 23 de abril de 1616, á consecuencia de una hidropesía, según él mismo confiesa en el prólogo de su libro *Pérsiles y Segismunda.* Merece profundo estudio la serenidad de juicio, los alientos de Cervantes en sus postreros días; baste decir que desahuciado de los médicos, aconsejáronle éstos que abandonase la corte, como así lo hizo, trasladándose á Esquivias, de donde regresó sin mejoría alguna; pero esta expedición dióle motivo para escribir uno de los prólogos más originales que puedan leerse.

Murió con todo el cabal conocimiento á los sesenta y ocho años y medio de edad; cinco días antes de que las letras españolas sufrieran tan irreparable pérdida, convencido el autor del *Quijote* de que la muerte se enseñoreaba en su organismo, escribió aquella notable epístola al Conde de Lemos, en que se leen los versos:

«Puesto el pie sobre el estribo
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.»

Ya en la batalla de Lepanto, donde fué herido, mostró lo indomable de su espíritu, acudiendo al si-

tio de la pelea apesar de la maligna fiebre que le devoraba.

El Dr. Gregorio López, proto-médico de la Armada y médico de D. Juan de Austria y de su hermano el Rey, asistió, por mandato del último, á los heridos en la jornada de Lepanto en el hospital que se dispuso en Mesina á la llegada de las naves victoriosas, siendo muy posible que este doctor tuviera la honra de curar á Cervantes las dos heridas en el pecho y la de la mano izquierda producidas por el arcabuz de los enemigos (1).

No menos fuerte y enérgico contra los males del cuerpo se nos presenta el inmortal Quevedo, que dictaba desde su lecho de muerte, y atenazado por el dolor de sus enconadas heridas (aquellas que en la prisión él mismo cauterizaba), su celebrada obra *Marco Bruto*. Murió en Villanueva de los Infantes, cerca de Montiel, á donde se trasladó en busca de médicos y medicinas.

Gonzalo Fernández de Córdova, doliente y moribundo á consecuencia de unas cuartanas rebeldes, salió de Loja, y se hizo llevar en andas por los contornos de Granada por si la mudanza de aires cortaba la cuartana; pero éstas se agravaron, y falleció aquel esforzado varón víctima de disgustos y por no conocerse la quinina, á la edad de sesenta y dos años, en 1515. Y puesto que hemos dicho algo de

(1) Gregorio López Madera recibió de D. Juan de Austria, después de la batalla de Lepanto, la espada que el Pontífice Pío V regaló al caudillo y Príncipe español.

las enfermedades de los Reyes hasta la venida de los Austrias, dediquemos algunas frases á los médicos de cámara.

De un curiosísimo documento, escrito en lemosín por Pedro IV de Aragón, extractamos de lo referente á los médicos de cámara, á los que llama *Metges de phisica:* que éstos ordinariamente fueran dos, instruídos y prácticos, que tendrían el cuidado de vigilar por la salud del Rey, aconsejándole cuanto pudiera serle útil y avisando lo perjudicial, y cuando hubiere necesidad de administrarle medicamentos, ellos deberían probarlos antes y delante del Rey....; todos los días se guardaban las orinas para que los médicos pudieran apreciar el estado del régio cliente; estos médicos, que uno cuando menos, viviría en palacio, visitaban á la servidumbre (1); la mayor categoría entre ellos la daba la antigüedad en igualdad de méritos; los cirujanos, colocados bajo la férula de los médicos, acompañaban al Rey en campaña. Por esta breve y peregrina nota conocemos la

(1) He aquí las frases textuales: «Ordinariament sien dos metges instruits é provats en medicina ó phisica qui diligentment insisten per la conservació de la nostra salut e a nos parlen e diguen sens dubte que procesquam e usem daquelles coses que serán á nostra salut profitoses et encara aquelles nocives esquiven é cascun dia de mati la urina nostra esguarden pertal que la disposició de nostre cors reconeguen e si hauran vist en uostre cors alcun pyoramen de continent curen de remey salutari proueyr...» Si hubiere necesidad de administrar medicinas al Rey, éste dice que sus médicos «daquelles tast facen davant nos.»

organización de los médicos de cámara en tiempos de la Reconquista, puesto que estas ordenanzas sirvieron para escribir otras posteriores.

Entre los archiatros de aquellos siglos, tan sólo recordaré á Averroes; Akatiph, que habló de bombas explosivas en 712; Avenzoar y Albucasis, entre los árabes; al médico judío anónimo que curó las cataratas á Juan, Rey de Aragón, en 1430; á Arnaldo de Villanova, médico de Pontífices y de Pedro III de Aragón; á Juan de Valencía, médico de Alfonso I de Castilla; á Isac, médico de Alfonso VII; Rophe, de Alfonso XI; Farragut, de Carlo-Magno; Maïmon, del sultán de Egipto; Ben Zarzal, de D. Pedro el Cruel; Jeuda Mosca, de Alfonso el Sabio; el Quitaxi, médico del Rey de Granada Abdulhacen, que escribió un libro sobre la enfermedad de la gota, resucitado y traducido más tarde, con motivo de la enfermedad de Felipe II; Alfonso Chirino, de incierta patria, autor del Espejo de Medicina, y al sevillano Estéfano, ambos médicos de D. Juan II y protomédicos del Reino, y no cito al bachiller Cibdad Real como agregado á la cámara de este Rey, porque hay motivos para creer, con Tiknor, que el autor del famoso epistolario es un personaje fabuloso (1); Mosen Jaime Roig, médico de Alonso V de Aragón á últimos del siglo XIII; Julián Gutiérrez, especialista en las enfermedades de las vías urinarias, médico de los Reyes Católicos y protomédico de Castilla, fallecido en

(1) En otro lugar de este libro nos ocupamos de los supuestos escritos debidos á tan discutido bachiller.

1497; á los Torrellas, Gaspar, sifiliografo, Obispo y antes médico de Alejandro VI el Pontífice y Gerónimo, hombre sapientísimo que con Toledo, Fernando Alvarez, Villalobos, Ponte y Alfaro, fué médico de los conquistadores de Granada.

Y aquí debo recordar las envidias y rencillas que mediaban entre estos profesores, que dieron lugar á más de un disgusto á presencia de los Reyes. Villalobos, perseguido por la Inquisición, fué médico de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II; tambien debo citar á Paredes, médico del Infante Fernando; á Pedro Pintor, archiatro de Pontífices; al eruditísimo Juan Sobrarias, natural de Alcañiz, médico de Fernando V, así como á Miguel Zurita, padre del historiador del mismo apellido, que pasó luego á ser médico de Carlos V, con la renta anual de 37.000 maravedís, encargado de la asistencia del prisionero Francisco I; Alvarez Chanca, que acompañó á Colón por orden de los Reyes para asistir á los heróicos descubridores del Nuevo Mundo, y finalmente, á Aguilera, médico del Papa Julio II, y Laredo, del Rey Juan de Portugal.

Todos ellos fueron eminentes profesores, autores de obras y escritos imperecederos, contribuyendo muchos con sus dotes á la organización médica de España por medio del protomedicato, y con sus consejos desde la cátedra, coadyuvando no poco, con su entusiasmo por la ciencia, á mantener, resucitar y crear lauros de que hoy se envanece la ciencia patria, preparando el terreno para que el siglo de oro se mostrara brillante y fecundo.

Hasta aquí hemos visto que los médicos de cámara eran españoles; que todos; apesar de sus cátedras, deberes palatinos y clientela, dejaron multitud de libros y escritos apreciables, que son ornamentos de nuestra ciencia; que eran médicos, no por mera fórmula, que su nombramiento nacía de su crédito y de la confianza de los Soberanos, y, por fin, que aún tenía España profesores ilustres bastantes á proveer de médicos á los vecinos Reyes y Pontífices. Empero desde la venida al trono español de los Austrias, de luenga mandíbula, cuya dinastía se inauguró con un grande hombre y terminó con un pequeño fanático, vemos con la llegada de los medicos extranjeros, la falta de confianza en los nacionales (que muchas veces fueron archiatros de pantalla), los nombramientos por fórmula y por influjo, todo lo cual se repite al venir la dinastía de los Borbones.

Con la llegada de Felipe el Hermoso, hombre ligero y no muy afecto de Doña Juana la Loca, su mujer, principiaron a llegar médicos flamencos, que se apoderaron, de hecho, de la Facultad de Palacio.

Estando un día el Rey en Burgos, jugó á la pelota muy reciamente, sudó, y no queriendo luego abrigarse el cuerpo, con tal motivo, y después de beber un vaso de agua muy fría, le sobrevino una calentura fuerte con delirio, y por fin petequias en el cuerpo, de cuya enfermedad murió el joven Rey,

atribuyendo el pueblo la muerte á envenenamiento. El doctor Parra, desconocido de nuestros historiadores, fué llamado en consulta, y por su carta á Fernando V sabemos los detalles de la dolencia.

Pues bien; entre los doctores que asistieron al regio enfermo estaba el Dr. Yanguas, reputado médico del Cardenal Cisneros, que tuvo mejor ojo práctico que los médicos extranjeros (1), entre los que debo citar á Luis Marliano, hombre, dicen, instruído y que reformó el servicio médico de Palacio, exigiendo nobleza á los profesores; el documento en que constaba tal reforma estaba en Simancas.

Dicho Marliano, hijo de Milán, electo más tarde Obispo, fué el que presentó á Carlos V el emblema *Non plus ultra* que el César empleó en cuños y escudos.

Muchos y muy notables, por su honradez y vasto talento fueron los médicos españoles al servicio del activo, del esforzado, del caballeroso Carlos I de España y V de Alemania.

A más de los ya citados como médicos de los

(1) Según documentos fidedignos, hoy sabemos que el reputado médico de Cisneros, fundándose en las lecciones de su extensa práctica, en la índole de la fiebre, en el temperamento del regio enfermo y en las enfermedades reinantes en aquellos días, aconsejó cierto plan al paciente si se quería evitar su fallecimiento en el día séptimo de la dolencia.

No se tomaron en cuenta las advertencias del Dr. Yanguas, y el Rey sucumbió en el día que aquél pronosticara. Este es el primer caso bien evidenciado en que á la cabecera de un Soberano discute un médico extranjero y un español, declarándose la victoria por el último.

Católicos Reyes, tuvo á su servicio al genio colosal de Andrés Laguna, á Cartagena, á quien se le confió la asistencia de los hijos de Francisco I (1) que quedaron en rehenes por su padre; á Nicolás Poll, que dió reglas para la curación del gállico por el guayaco; el sapientísimo Lobera de Avila, rival de Laguna en la universalidad de sus conocimientos; el anatómico Montaña de Monserrat; Andrés Vesalio, que después de un viaje, por causas hasta hoy misteriosas, murió náufrago en Zante, todos ellos son hoy joyas de la Medicina hispana. Por aquel tiempo, Juan Valverde era médico del Pontífice, como P. Pintor, y Guevara del Rey de Portugal.

Mas apesar del indiscutible valor de aquellos esclarecidos profesores, vemos que cuando Carlos V se retira á Yuste, se lleva por médico predilecto al doctor Enrique Matisio, extranjero, natural de Bru-

(1) Francisco I, Rey de Francia, murió á consecuencia de una fístula vesico-perineal que algunos la creyeron dimanada de antigua enfermedad sifilítica.

El escrofuloso Francisco II sucumbió atormentado por la caries del temporal. La muerte de este Monarca motivó las acusaciones é invectivas contra su cirujano A. Pareo especialmente. Enrique II, III y IV fallecieron de muerte violenta; Luis XIII de tuberculosis; Luis XIV de gangrena senil; Luis XV de viruela. Por cierto que Enrique IV. Luis XIII y Francisco I, poseídos de que tenían la virtud de curar las escrófulas con su regia y privilegiada mano, dedicáronse á cuidar sus numerosos clientes, ayudándoles en esta tarea los médicos palatinos, que muy lejos de sentirse humillados, creíanse muy honrados: uno de estos escribió un libro cuyo título era: *Traite des Ecrouelles, et de la vertu admirable de les guarir divinement concedée aux seuls Roys de France Tres-Crestiens*. Los archiatros españoles no alcanzaron tanto servilismo é ignorancia.

jas, y si hay necesidad de consulta, se llama solamente al doctor Cornelio, también extranjero y médico de la Reina, lo que me hace suponer la preponderancia de estos extranjeros, que ningún rastro dejaron en la ciencia.

Por la curiosa colección de cartas poco conocidas, que escribió desde Yuste el Dr. Matisio á Felipe II ó á su secretario, podemos saber con detalles los fuertes ataques de gota que sufrió el César en su retiro, así como la vida que llevaba, el régimen que seguía, etc. Vese por dichas misivas, coleccionadas por Gachard, que en 17 de noviembre de 1557 tuvo el Rey un ataque de gota, con gran dolor en la espalda y brazo izquierdo, que, con alternativas duró cuatro meses; en agosto del año siguiente tuvo otro ataque, aunque más ligero; durante esta dolencia, presentósele al Emperador una llaga en el dedo pequeño de la mano y gran *picazón ó molestia* en las piernas; hácese mención de las purgas que se le administraban *para divertir el humor*, la costumbre de comer fresas en abundancia y hablar en francés que tenía el Monarca.

Préstase á meditación el ver cómo las tercianas del Rey se iban agravando de día en día y sus médicos no tienen más recursos que sangrías, purgas, agua de cebada, y esperar á que Dios cortara la fiebre; pero ésta acabó con el paciente el 21 de setiembre. Da cuenta Matisio de cómo estando el Rey tomando el sol en una terraza, después de comer, le entró frío, y más tarde recia calentura, que se hizo continua con recargos; la cartas menudean en esta

fecha; en ellas se dice que con la fiebre se fué recargando el regio enfermo.

Y por fin, en la carta de 1.° de setiembre refiere Matisio el principio del último mal en la siguiente forma: la calentura aumenta, preséntase delirio, diarrea, insomnio, enflaquecimiento, temor, intranquilidad, y dice que este cuadro se despejó con una abundante sangría; pero como la enfermedad era de carácter palúdico, se fué agravando, y el regio enfermo falleció.

La persona de Felipe II, aquel Rey melancólico, receloso y de carácter frío y tiránico, daría lugar á escribir un volumen corpulento de Medicina regia; tantas fueron las enfermedades que padeció: de niño sufrió el sarampión y las viruelas; de joven, calenturas y catarros, y en los últimos años la gota y los herpes que heredara de su padre, dieron no poco que hacer á sus médicos. Si á esto se agrega el consignar el tabardillo de que falleció D. Juan de Austria, los partos y dolencias de las esposas de Felipe II, y la enfermedad tan disputada del Príncipe D. Carlos, tendríamos sobrados elementos para llenar no uno, sino varios capítulos.

Tocante á la enfermedad de D. Carlos, es tan sabida por cuantos hayan leído las obras de nuestros historiadores, como las de Dionisio Daza Chacón, que pasaremos por alto su descripción detallada, así como también cuanto se refiera á las calumnias y peripecias profesionales á que dió lugar la dolencia.

Sólo diremos que bajando el Príncipe las escaleras de Palacio con precipitación, hubo de caer, infi-

riéndose una herida en el cuero cabelludo, que dió lugar á varias complicaciones, colocando al real enfermo por algún tiempo, en grave peligro de muerte. Los cirujanos que le asistían tuvieron necesidad de legrar el hueso y abrir antes una apostema.

Por aquel entonces había adquirido gran reputación un curandero judío que aliviaba las heridas con un negro ungüento; la familia del Príncipe, en su tribulación, le mandó curar al enfermo, dando con esto motivo á hondo disgusto entre los médicos eminentes que cuidaban á D. Carlos. Eran estos profesores, Diego Olivares, el sapientísimo Vega, el Pareo español Dionisio Daza Chacón, Pedro de Torres, Andrés Vesalio, Fernando de Mena, de Socuéllamos, Juan Gutiérrez y un doctor portugués anónimo.

A más de estos profesores, tuvo Felipe II á su servicio al Divino Vallés de Covarrubias, y al doctor Luis Mercado, tan conocidos, al Dr. Victoria á Bernardo de Quirós, que prisionero en Constantinopla, mereció ser médico del Sultán, y luego del Monarca español; al Dr. Vergara, que abrió la apostema que le salió al Rey en el muslo durante su última enfermedad (de este cirujano dijo el Padre Sigüenza que tenía manos de ángel por su pericia y agilidad en manejar los instrumentos quirúrgicos); al eminente cirujano Juan Fragoso; á Castellano Ferrer, que escribió una topografía médica de Murcia; á Luis de Toro, de los primeros en describir el tabardillo; Francisco Díaz, especialista en vías urinarias; Sanabria; Antonio Pérez; Pedro López; Oña-

te; Rajo y Gómez; Andrés Zamudio; Lázaro de Soto; Juan Almazán; Francisco Hernández, el naturalista; Martínez de Leiva; Nicolás Bocagelino; López Madera, que estuvo en Lepanto; Andrés Leon; el inolvidable Pérez de Herrera; Ponce de Santa Cruz, y algún otro más, casi todos eminentes escritores, que procuraron ensanchar los conocimientos de la Medicina, las ciencias naturales, la cirugía, la higiene, la epidemiología, organizar la clase médica, y moralizar la profesión como largamente se demuestra en sus meritorios libros.

Y no queremos mencionar aquellos españoles, judíos ó cristianos, que en esta época curaron de la salud de vecinos Reyes; basta con lo dicho para formar idea del acierto del Monarca, en la elección de sus médicos. Tocante á la enfermedad última de Felipe II y las consultas que motivó, recomiendo los escritos del P. Sigüenza, Quevedo y de los historiadores generales, si es que mis lectores no tienen presentes aquellos detalles referentes á los últimos días de un Rey postrado en pobre lecho, cubierto de llagas, presa de la fiebre y sumido en una atmósfera pestilente y nauseabunda y hasta lleno de gusanos, lo que da idea de la limpieza de los cirujanos de entonces, especialmente del Dr. Vergara, que nada escribió que justificara su encumbramiento (1); el

(1) Felipe II depositó, sin embargo, toda la confianza, en sus últimos días, en Gómez Sanabria, García Oñate y Vergara, que ningún rastro dejaron en la Medicina patria, y que nada escribieron digno de aplauso.

A juzgar de sus aptitudes por los retratos que poseemos y por no-

gran M. de Villena y Collado se excusaron de ser médicos de cámara.

Bravo Chamizo, García Carrero, Montemayor, el cirujano, Pérez Cascales, pediatra, Tamayo, Abreu, Gallego de la Serna, médico de D. Felipe y de D.ª Ana María de Austria, cuya fiebre maligna tanto dió que entender; Cipriano Maroja, Bravo de Sobremonte, Murillo Velarde, Infante Aurioles, Miguel Heredia y Villacorta, son, de los médicos de cámara, los únicos que merecen recuerdo entre la numerosa falange de archiatros de Felipe III, Felipe IV y Carlos II; y es que, así como los Reyes degeneraban, la Medicina decaía; y así como la nación bajaba en su poder, así también la Facultad de Palacio se convertía en gárrula, aunque numerosa; y sus profesores más que nunca adularon á los Reyes, magnates y santos al comenzar sus obras, inseguros del mérito de aquéllas.

Murió Felipe III de erisipela maligna, cuando su salud venía quebrantada desde algún tiempo atrás; mas lo particular de su muerte no son los síntomas, que todos ellos los presumiréis, sino que la enfermedad se ocultó cuidadosamente por los médicos y servidores, hasta el punto de que la noticia del fa-

ticias dispersas en las crónicas, el primero fué un tipo fanático, adulador, profundamente antipático; de los otros nada bueno ni malo se desprende de sus biografías y efigies.

llecimiento causó profunda extrañeza en el pueblo, y aludiendo á esto, dice Quevedo en los *Grandes anales de quince días* cosas peregrinas de los médicos de cámara, asegurando que los Reyes sólo están enfermos dos días, el primero en que caen malos y el en que mueren; los restantes siempre están mejor; también dice que el dolor del pueblo por la muerte de un Rey se borra siempre ante la novedad de mudar de amo.

En las últimas horas de este Monarca no había concierto alguno; los médicos eran entes inútiles, y los clérigos con sus salmodias y rezos, y los palaciegos aprovechando los últimos momentos para su ambición, hacían imposible el entenderse.

Lo mismo pasó á la muerte del infeliz Carlos II y de Fernando VII, que cuando la enfermedad es grave, suelen sacrificarse los respetos al doliente en beneficio de miras interesadas de los que quedan.

El Dr. Gaspar Bravo de Sobremonte, natural de Aguilar de Campóo, archiatro insigne, médico de grande y justísima reputación por su laboriosidad y profundos conocimientos y uno de los que trabajaron por mantener la Medicina patria durante el siglo XVII, á la altura en que la colocaron los Lagunas, Valles, Soto, Gimeno, etc., siendo médico de cámara de Felipe IV, no vaciló en consultar á los más famosos profesores de su tiempo los accidentes epilépticos que sufrió la Reina durante su embarazo, teniendo la satisfacción de salvar á la regia enferma, circunstancia que consignamos, porque no es frecuente en la historia por más de que muchos ar-

chiatros no contaban, como Bravo, ni con su autoridad ni con sus conocimientos; á bien que, en las obras de aquel insigne doctor descuella tanto como su ciencia, que no es poca, el alto aprecio en que siempre tuvo el sacerdocio de la Medicina.

D. Gaspar Bravo nos describe la última enfermedad del Monarca Felipe IV, en un documento curioso y poco conocido. Dice este médico que el Rey, á excepción de un afecto catarral que sufrió en su juventud contra el que no hizo medicamento alguno, mantúvose robusto y sano hasta la vejez en que le sobrevinieron dolencias y achaques. De éstos, el primero fué un estupor en la pierna y brazo derecho que por fin ocupó ambos lados, dejándolos casi paralíticos, de cuyas resultas vino la estenuación de todo el cuerpo. En tal estado permaneció el enfermo tres años antes de su muerte, y en ellos se presentó *disuria* periódica que luego se hizo continua, acompañada primero de nefritis y después de *mictus cruentus*, con astrición de vientre y supresión del flujo hemorroidal.

Agravado el Monarca con todos estos males, extenuado y falto de fuerzas, paralítico, atormentado de dolores y resistiéndose á tomar medicamentos de ninguna especie hasta un mes antes de su fallecimiento, mandó el Rey se consultara el estado de su salud á los catedráticos de las Universidades para que éstos propusieran los remedios que habían de devolverle la salud. Mas, advertidos los consultados de la repugnancia del Rey á tomar medicinas, aconsejárole una medicación paliativa y suave, y la le-

che de burras para atajar ó retardar la consunción. Unos días antes de morir presentósele diarrea, con lo cual agravóse extremadamente el estado del real enfermo, que sucumbió por fin, el 17 de setiembre á las cuatro de la mañana.

En la autopsia encontraron los médicos que el riñón derecho estaba ocupado por una piedra desigual del tamaño de una castaña, y el parénquima de esta glándula hallóse infiltrado de pus.

Este caso clínico dió lugar á murmuraciones, acusaciones contra los médicos y á la intervención de curanderos y charlatanes. Quién dijo que Felipe IV falleció por haberle proporcionado leche de burras contraria á su temperamento y dolencia; un presbítero italiano entró en Palacio prometiendo salvar al Rey, ya en sus postrimerías, con un emplasto milagroso y de secreta composición; un médico anciano y algo trastornado, propuso á la Reina á grandes voces, que un hígado de lobo curaría seguramente al Rey; la Reina prestó oídos á este hombre y dispuso que los médicos de cámara le oyesen.

Cierto es que estas odiosas intrusiones en Palacio de hombres necios ó vividores, son frecuentes; pero no es menos cierto que son muy dolorosas para el médico de pundonor y de conciencia.

Sin embargo, cuando los médicos palatinos, por adulación á los Reyes, ó por conservar un puesto que halaga á su vanidad, no protestaron de pequeños detalles á debido tiempo, claro es que perdieron la autoridad necesaria para impedir mayores heridas á la dignidad profesional. Que el médico de cá-

mara que se avino á curar al regio cliente compartiendo la gloria con la rodilla de un santo, el coxis de otro, ó con los andrajos de cualquier anacoreta; si permitió que sus egregios clientes vistieran camisas de pindongas beatas para curarse los herpes, si estableció el precedente de admitir en sus decisiones la opinión de curanderos, ya no hay razón para ofenderse de cosas que parecen más depresivas y no lo son, como esperar á que salga de la real cámara tal homeópata ó cual comadrón, llamados á curar á los Reyes por consejo de algún favorito, y á espaldas de los médicos de cámara, que muchas veces sólo son de nombre, no pudiendo conquistar de los Monarcas más que desvío, indiferencia y sinsabores.....

Al subir al trono español Felipe V, primero de la dinastía de los Borbones, no sin sostener terrible lucha con el Archiduque, vemos otra vez á médicos extranjeros, como jefes de la Facultad de Palacio; el parmesano Cervi, Higins y Michelet, eran los protomédicos de hecho.

La ciencia nacional, muy decaída por entonces (1700), no había acabado de descender; la Medicina española no era sombra de lo que fué, y en aquel trance los médicos extranjeros, especialmente Cervi, pusieron de su parte no poco de su actividad y talento para favorecer el incremento de la ciencia, haciéndose digno de nuestro recuerdo. Y por cierto que se acusó á Cervi de haber envenenado al joven

Rey Luis I, que murió de viruelas en 1724, enfermedad que sufrió también su esposa, aquella que terminó su vida reclusa, en el mismo claustro en donde estuvo la famosa Duquesa de Berry.

Felipe V murió de apoplegía, como Fernando IV el Emplazado, como queda dicho.

El Rey Fernando VI de Borbón murió de melancolía, según el erudito informe de D. Andrés Piquer, que describe la enfermedad con detalles y copia de datos, y que todos conocen. La causa de la enfermedad se dice fué la muerte de su esposa.

«¡Gabriel ha muerto! ¡Yo le seguiré pronto!» dijo Carlos III al saber la muerte de su hijo. El Rey presentía su próximo fin; una voz íntima le anunciaba que pronto había de abandonar el mundo y las pompas de su elevado destino; por eso no quería regresar del Escorial, para ahorrar camino á su fúnebre cortejo.

Regresó á Madrid el 1.º de diciembre; en los primeros seis días, apesar de los cuidados de su familia, no pudo desechar aquella melancolía, aquel vacío que experimentaba.

El día 6 de diciembre hubo de retirarse temprano; presentósele calentura, que se hizo ó se diagnosticó de inflamatoria, y el día 13 recibió el Santo Viático con fortaleza de espíritu y cristiana resignación. Durante su enfermedad, entregóse al cuidado de los médicos, más por cumplir un deber, que por esperanza en la ciencia de éstos, y prueba de ello es, que habiendo entrado en el cuarto del coronado enfermo un relojero, volvióse el Rey al Embajador

de Francia, Duque de Bourgeois, y díjole: «Embajador, estos son como los médicos, que, con lo que hacen, echan á perder lo que está bueno.» Murió ejemplarmente el 14 de diciembre de 1788, á los setenta y tres años, ordenando en el testamento que no le embalsamaran.

Y en verdad que la progenie de este Rey merecería un estudio detenido, bajo el punto de vista médico. Tuvo trece hijos; de éstos, cuatro murieron niños; otros cuatro, jóvenes, y de los restantes el primogénito era imbécil, y la Infanta María Josefa era raquítica y jorobada, y no contrajo matrimonio (1).

La crónica y repugnante enfermedad de Fernando VII, su aparente defunción, produciendo las escenas de San Ildefonso, en que puso sobre la mejilla de un Ministro su mano una Princesa varonil, amante de la justicia; su muerte inesperada y alarmante, y la forma en que se anunció el fallecimiento de sus cuatro esposas con los antecedentes patológicos, serían curiosos y dignos de mención, si no fueran tan extensos como conocidos (2).

(1) No sería menos curioso consignar la historia clínica de la progenie de cada uno de los Reyes de Francia, especialmente de los Valois y Borbón.

Los lectores podrán encontrar algunos datos relativos á este asunto en los *Etudes medicales et historiques* del Dr. A. Corlieu, 1873.

(2) El gravísimo ataque de viruelas que sufrió Fernando VII produjo tales sinsabores y amarguras á su médico Francisco Martínez Sobral, que este profesor cayó enfermo, y aunque convaleció, nunca pudo restituirse á su antigua salud, no tardando en sucumbir.

El Dr. Jáuregui escribió una historia clínica acerca del embarazo y parto de la Reina su cliente; en esta obrita curiosa se trata de las Reinas que dieron de mamar á sus hijos.

Produjo tanta impresión la última enfermedad de Doña Bárbara de Braganza, hubo tantos pareceres acerca de la dolencia, y tales peripecias en su tratamiento, que para dar idea de esta cruel enfermedad, quiero decir algo de ella tomándolo de la relación de un reputado médico de entonces, y testigo presencial, que escribió, como debía, un largo informe para desvanecer dudas y patrañas.

«Era aquella señora de 47 años de edad, temperamento sanguíneo, flemático, de cuerpo obeso, de mucho comer, de poco ejercicio y tenía evacuaciones ménstruas copiosísimas; no parió nunca, ni jamás se hizo preñada. En su juventud padeció muchas jaqueeas; después en la edad consistente, tuvo dificultad de respirar, de modo que los médicos lo miraban eomo asma periódico y en las cuatro estaciones del año tenía esta dolencia tales aumentos, que parecía indueirle una sofocaeión, en espeeial en los solsticios, en los cuales, los acometimientos asmáticos eran más fuertes. Los médicos la trataron con sangrías y purgas, que le aliviaban de momento, pero se iba agravando por años, molestándole la tos continua que no la dejaba dormir ni estar en cama. A consecuencia de faltarle la menstruación, en noviembre de 1757, estando en el Escorial, presentáronse dolores en el empeine, que le dieron gran desazón hasta cuatro meses después, febrero del 58, en que le salieron tumores en varias partes del abdomen, hígado, ingles, especialmente en la derecha.

con lo que se aumentó el ansia, insomnio y flacura de dicha señora.»

Eran estos tumores de tamaño vario, el mayor como el puño, durísimos, desiguales y dolorosos á la presión. Así permaneció durante marzo y abril: en primeros de mayo fué con la familia á Aranjuez, de donde no había de volver. Sin novedad ni mejoría permaneció tomando medicinas externas é internas hasta el 20 de julio, en que, después de tomar las aguas del Molar, le sobrevino frío y calentura.

«Era esta fiebre continua con exacerbaciones, cuya cúspide correspondía á las doce de la mañana y diez de la noche; no tenía escalofríos, el pulso era duro, sumamente acelerado, *serrátil*, careció de vómitos, hipo, delirio y convulsiones. Síntomas constantes eran dolores primero alrededor de los tumores, luego en el ombligo, después en los hipocondrios, especialmente el derecho; diarrea, como disentería al principio, como raeduras de intestino abundantes y fétidas, luego se hicieron lientéricas y al último como *amurca* de color de tabaco y aun más oscuras. Duró la calentura hasta el 27 de agosto, en que murió la Princesa.

Antes de morir, el pulso se hizo bajo y pequeño, la sed fué en aumento, la lengua se puso denegrida y seca; hacia los veinte días de la enfermedad, principió á hincharse la pierna izquierda, luego el muslo, vientre, nalgas, caderas, lomos y espalda, de forma que, ocho días antes de morir, estaba hidrópica: por el mismo tiempo vino dificultad de la res-

piración, que fué en aumento hasta la muerte.

Dos días antes de morir se le quitó la voz, no por estorbo en la lengua, sino por defecto en la respiración. No tuvo estertor, pero la cara se puso cadaverosa, tuvo lipotimia, y su cuerpo pesaba como el mármol. A las dos y media de la madrugada se le privaron los sentidos, puso los ojos en blanco muy para arriba y sin convulsión ni accidentes, hízose la respiración acelerada y pequeña, y murió á las cuatro de la mañana.»

Las reflexiones del médico que proporcionó estos datos, se reducen á decir que la sangre de D.ª Bárbara era acre y picante al principio; andando el tiempo se hizo cancerosa, á lo que contribuyó el daño de la matriz que da ó recibe el humor atrabiliar canceroso; diagnostica la enfermedad de cáncer ó tumores cancerosos, y dice que con el tratamiento, el humor del tumor interno se repartió al peritoneo é intestinos y riñones: dice que esta enfermedad siempre es mortal, etc.

El celebérrimo Vicente Pérez, conocido por el *médico del agua*, porque con este elemento se prometió curar todas las dolencias, alcanzó gran prestigio en la corte, arruinando á varios farmacéuticos; prometió éste á Fernando VI curar con su procedimiento á su esposa D.ª Bárbara, y el crédulo Rey mandó que sus médicos consultaran con aquel charlatán con título; pero los médicos no permitieron que Pérez viese á la enferma, lo cual produjo no pocos sinsabores, fomentando las calumnias del vulgo.

Digamos, ahora, cuatro palabras acerca de los archiatros de los Borbones.

Apesar de los esfuerzos de Felipe V y Carlos III, para dar frondosidad y vida á las ciencias; aparte de los escritos y hechos de algunos profesores para resucitar la Medicina, entre los que debemos contar á Martín Martínez, Sarmiento, Feijoó, Iberti, Piquer, Fornés, con los fundadores de academias y corporaciones, sabios é ilustres naturalistas de aquella centuria, es lo cierto que la Medicina patria en el siglo XVIII presenta un carácter de superficialidad, de atraso y turbulencia en los espíritus, que entristece y angustia, si comparamos los trabajos de la misma fecha con los de naciones vecinas.

Este siglo en España se pasó en cuatro ruidosas y principales disputas: la del agua, combatir el teatro crítico de Feijoó, atacar la inoculación de las viruelas y discutir la naturaleza de la fiebre amarilla, batallas que dieron enorme trabajo á la imprenta y escaso fruto á la Medicina, que no ha vuelto á colocarse á la altura que en otros tiempos conquistara.

Durante este siglo existieron médicos de la real cámara que, ó nada escribieron, ó si algo publicaron fué para escarnio de la ciencia, á quien malamente sirvieron.

Exceptuando á Martín Martínez, el águila de la Medicina; al Dr. Porras, Hernández Navarrete, Boix y Moliner, Piquer, moderno Hipócrates, Galí, que escribió un tratado sobre las fracturas de la rótula, Salvá, Pedro Virgili, hombre de vastos conocimien tos y amor á la clase, de quien se dice que tenía ta-

les fuerzas, que sostenía á pulso á la corpulenta doña Bárbara de Braganza en sus últimos días, al doctor Queraltó, al erudito Casal y algún otro, hallamos como médicos de cámara, verdaderas calamidades médicas, sobre quienes la historia echará en todo tiempo el manto del olvido, ó del desprecio; entre estos eran los menos malos, Suárez de Ribera, que en sus 40 volúmenes retrató la decadencia de aquel tiempo; Muñoz y Sueyras. Los demás sólo empedraron su memoria con algún folleto de pelea, de título ostentoso ó kilométrico, y en tanto la caprichosa fortuna encumbraba á estos hombres, Solano de Luque, admiración del mundo en su tiempo, no podía imprimir sus obras, y moría confundido y pobre, en época que los médicos palatinos menudeaban y se hallaban en posesión de condecoraciones y jerarquías, desconocidas hasta aquel tiempo, y que recayeron en los médicos extranjeros especialmente.

En los primeros años de este siglo fueron médicos de cámara, Severo López, Cibat de José I, Arrejula, D. Pedro Castelló, á quien tanto debe la enseñanza médica, D. Pedro María Rubio, D. Bonifacio Gutiérrez, Corral, y otros muchos que por ser tan cercanos no debo juzgar; pero también es cierto que á la sombra de estas notabilidades se encuentran otras, que se enaltecieron con el cargo, sin prestar á éste brillo alguno; nada dejaron para perpetuar su nombre, debiendo colocar entre ellos á los mal aconsejados profesores que desde su altura insinuaron ó aplaudieron las vejaciones de los médi-

cos liberales en tiempo del tirano de España y siervo de Napoleón.

Bien quisiéramos ocuparnos de la enfermedad que condujo al sepulcro al joven Monarca Alfonso XII; pero como esto pertenece á la historia contemporánea y se presenta por demás misterioso, motivando el proceder de los médicos agrias acusaciones, y como por otra parte los profesores de cámara del último Rey nos hablan desde las columnas de los periódicos, de ataques á la dignidad profesional, de divergencias en los procedimientos médicos en Palacio, de reparto de vestiduras, esto es, de sueldos y honores... debemos esperar á que se haga luz en estos asuntos y se depure la verdad.

Pero fuerza es que sea pronto, que con las heridas que mutuamente se infieren los médicos palatinos, es la Medicina patria la que agoniza y se desangra.

Si D. Alfonso XII, cuya muerte deploramos, sufrió todas las dolencias que se citan, su cuerpo fué una enciclopedia de Medicina.

Con efecto, dícese que el malogrado Monarca tuvo fiebres intermitentes, hemoptisis, una afección rebelde al estómago, y cuando ya estaba más aliviado de ésta, presentósele una bronquitis capilar ¡sin fiebre! de la que falleció; otros dicen murió de tuberculosis aguda, crónica otros, y según la *Gaceta*, por falta de respiración.

Lo cierto es que el Rey finado era de tempera-

mento linfático, tenía la contestura que los autores señalan como preferida por la tisis, el pecho hundido, hombros levantados, cargado de espalda, algo hundido de riñones, es decir, tenia configuración de tejedor, como dicen con acierto los clínicos, delgado de cuello, de piel fina, de orejas separadas y trasparentes; si á esto se agrega el desequilibrio entre su desarrollo físico é intelectual, los esputos sanguinolentos desde muy temprano, que hicieron concebir funestos presentimientos á sus servidores y consejeros y á profesores imparciales, tendremos motivos suficientes para diagnosticar la enfermedad..... pero esto ya lo hicieron los médicos de cámara, sólo que no llegaron aún á ponerse de acuerdo.

Cuantos recuerden la última dolencia de D. Alfonso XII, el silencio que guardó el Gobierno conservador respecto á la enfermedad, las buenas noticias que la prensa monárquica publicaba tocante á la excelente salud del Rey, los partes de la *Gaceta*, la desconfianza de las personas imparciales, la tranquilidad que reinaba en Palacio hasta poco antes de que el Monarca falleciese, las pocas ó ningunas disposiciones que con anticipación se tomaron, como consultar á los más eminentes médicos de la nación, la profunda sorpresa con que el público supo la muerte del jefe del Estado, y por fin, las especies que en aquellos días corrieron de boca en boca, notarán las diferencias entre la última enfermedad de Juan II de Aragón, asistido por Miró, y la de Alfonso XII, al tiempo que podrán ver algún parecido con la muerte de Carlos IX de Francia.

Era este Rey hijo de Enrique II, que observó vida muy licenciosa; su abuelo padeció de sífilis, su hermano sucumbió víctima de una enfermedad escrofulosa, y el mismo Carlos IX era linfático. Padeció en su juventud frecuentes hemoptisis, especialmente á los veintitres años de edad en que principia á manifestarse la cruel dolencia, y en cuyo año, correspondiente á 1573, ya en cartas se hablaba de la enfermedad de los pulmones que el Rey sufría, de los esputos sanguinolentos y de la fiebre lenta que en él se notaba, síntomas que inquietaron á algunos médicos que hubieron de verle en Vitry.

Sin embargo, á principios del año 1574 el Rey mejora, pero de vez en cuando sobreviene alguna hemoptisis. En mayo de dicho año, el Rey cae en cama; acude Juan Mazille, su médico predilecto, el cual encontró al enfermo con fiebre errática, sed, los ojos hundidos, demacrado, respiración fatigosa y los esputos sanguinolentos... Este doctor, introducido en Palacio, no por sus méritos, de que carecía, sino por recomendaciones de un influyente personaje, no conoció la enfermedad de que se trataba y pronosticó que el Rey curaría en cuanto desapareciera aquella fiebre. Con algunas alternativas sigue el Rey por algún tiempo; preséntasele un síntoma raro, las hemorragias cutáneas, mas por fin el estado del paciente se agrava sin que la respiración fatigosa, ni los esputos sanguinolentos, ni la marcha de la enfermedad insidiosa llame la atención de su primer médico, que la víspera de morir el Rey aseguraba á la Reina que aquél cu-

raría pronto, que su enfermedad no ofrecía peligro.

Después de muerto, aseguraron los médicos que el Monarca sucumbió por demasiado tocar la trompa, á lo que era muy aficionado; algún historiador dijo con más acierto que el Rey falleció tanto por Venus como por Diana, porque según las crónicas, fué tan aficionado á la caza como á las mujeres.

De la autopsia resultó que en el pulmón izquierdo tenía una vomica de más que regular tamaño repleta de pus fétido; el resto del parénquima pulmonar infiltrado y desorganizado, con otras lesiones menos importantes pero características de la tuberculosis pulmonar.

Creo que de cuanto llevo expuesto, aun cuando no se haya logrado presentar un programa, un bosquejo del asunto, puede, al menos, deducirse:

Primero. La importancia del tema como elemento para la historia de la Medicina patria.

Segundo. Que los médicos de cámara españoles en los siglos anteriores al XVII fueron los más genuinos representantes de nuestra pujante Medicina y superiores á los extranjeros.

Tercero. Que desde aquel siglo acá, salvo honrosas excepciones, los archiatros vinieron representando nuestra decadencia intelectual y política, al mismo tiempo que llovían prerrogativas, infundados nombramientos é intrusión de forasteros.

Cuarto. Que los médicos palatinos se han escogido siempre, en su casi totalidad, de entre los que vivían en la corte, y rara vez se buscó el mérito po-

sitivo en donde estuviera, especialmente en los últimos tiempos.

Quinto. Que como la confianza en los médicos es ilegislable, y aquélla está sujeta á cambios, el cargo de médico palatino habrá de producir grandes sinsabores y rozamientos entre los médicos palatinos de verdad y los de lujo.

Sexto. Que el destino de archiatro no proporciona por sí la inmortalidad, que debe ser el más sublime ideal de cuantos se conceptúen por sus virtudes y ciencia superiores á sus compañeros.

Sigamos con nuestras noticias bibliográficas.



Son libros curiosos y nada conocidos, á excepción del título que todos copian de Haller, de la *Bib. Nova* y de la obra del canónigo Latasa, los del aragonés Juan Falcón, decano de la Facultad de Montpellier en 1529. Se graduó en esta ciudad á fines del siglo XV y confirió el grado de doctor al célebre Rondelet, según afirma el doctor Infante Aurioles. A principios del siglo XVI dió á la estampa unas «Adiciones á la práctica de Antonio Guarnerio;» «Comentarios á los libros de Guido;» escribió, también de oftalmología, un libro que se titulaba: «Quœstio: utrum conferat at morbos oculorum.» Es-

muy sensible no conocer el contenido de este último librito, que pudiera darnos una idea de la marcha de la oculística en tiempos tan remotos. Bien es verdad que se han practicado pocos esfuerzos para aclarar la historia de las especialidades en nuestro país, en donde contamos gran copia de documentos referentes á pediatría, ginepatía y oculística, que exigen una mano inteligente y activa que los saque á luz; á los médicos especialistas les corresponde llevar á término esta empresa.

Entretanto llega el día de que publiquemos una larga lista de libros y autores españoles clasificados por materias, citaré algunos libros pertenecientes á oftalmología de gran interés histórico: Juan de Burgos en su «De pupila oculi;» el libro famoso de Elías Montalto, judío portugués, médico de Luis XIII de Francia, sobre la visión y órgano de la vista, etc., en latín; un tratado de la misma índole de Zacuto Lusitalno que se titula: «De oculorum morbis.» Estos escritos especiales, con otros del siglo XVII y XVIII y el compendio de D. Domingo Vidal, natural de Villaler (Cataluña), que se intitula: «Tratado de las enfermedades de los ojos,» dedicado á D. Pedro Virgili, pueden constituir, con el de Bayro, un punto de partida para una historia de la oculística en España (1), trabajo que aún no encontró manos há

(1) Como diminuta prueba de la atención que los extranjeros dedican á los estudios médico-históricos, recordaremos, tan solo en lo referente á la oftalmología, las siguientes obras: Wallrot. *De oftalmologia veterum.* 1818.—Friedlander. *De medicina oculorum apud*

biles y entusiastas que lo realizaran con la detención que merece.

Son libros muy curiosos y de gran doctrina, el «Teseus climatericus peregrinus» y el «Tratado de la peste» de Gaspar Caldera de Heredia, uno de los médicos más sabios del siglo XVII, impresos en 1633 el primero, según Gallardo, y en 1650 el segundo. El grande elogio que este autor hace del número 7, justifica en parte la opinión de otros médicos que le precedieron en sus opiniones, como hemos visto.

Celsum comentarium, etc., 1817.—Anagnostakis. *Contribution à l'histoire de la chirugie oculaire chez les anciens*, 1812—Ramaugé. *Considerations historiques et pratiques sur les progrès de l'ophtalmologie, depuis son origine jusqu'à nos jours*, 1836.—Losen. *Coup d'œil historique sur la ophtalmologie, etc.*, 1838.—Gross. *De operationibus ophlalmiatricis historico-ophlalmiatria, etc.*, 1837.—Laurent. *Etude sur l'histoire de l'art ophtalmologique*, 1866.—Cunier *Histoire de l'ophlalmologie en Hollande*, 1844.—Guardia. *Les medecins oculistes et les collyres dans l'antiquité*, 1867.—Furnari. *Fragmentos historiques sur l'ophtalmologie*, 1840...................
....

sin contar los trabajos de la misma índole que forman parte de meritorias obras sobre oftalmología ó que se encuentran en el texto de corpulentos diccionarios, ó en el curso de estimables publicaciones. Tampoco mencionamos las obras anteriores al siglo presente escritas ó reeditadas, ni citamos los capítulos históricos de las obras que se llaman clásicas de este siglo, ora quirúrgicas, ora especialmente dedicadas á la oculística. Véase, pues, cómo dichas investigaciones, á través de los siglos, no entorpecieron el progreso de la oculística en los vecinos pueblos. Esta especialidad existió con vida entre nosotros hasta no muy lejanos días.

No encierra menos interés el libro titulado *Janua vitæ* del Dr. Alvaro de Castro, que estaba para imprimirse en 1526. En el título completo de esta obra se dice que el autor Alvaro de Castro era oriundo de Toledo y habitante del pueblo de Santa Olalla (1); el libro está dedicado al Conde de Orgaz y á Inachum López; alaban esta producción los doctores Ponte, Alfaro y el Sr. Clavijo, traductor de la Historia natural de Buffon. Es el escrito de que tratamos un copioso y erudito diccionario de Medicina é Historia natural, en que se exponen los vocablos técnicos más comunes, en latín, en griego y árabe, con las correspondencias castellanas al margen; como observarán mis lectores, esta obra tiene precedentes científicos que hemos mencionado en otro lugar; se inicia el libro con una epístola laudatoria para el autor, de un tal Jacobo Gómez, que debía ser hijo de Alvaro de Castro. Debiera tener también otro hijo llamado Diego Gómez (Didacus Gometio de Castro), á quien dedicó un manuscrito, en folio de 300 páginas, titulado: «Fundamenta medicorum.»

Otro escritor, de apellido Castro, en el siglo XVI escribió una «Epístola de sudore epidemico quem anglium vocant,» impresa en Amberes en 1529. Este librito, de Jaime de Castro, médico valenciano, según algunos, convendría se tradujera, porque es de las primeras monografías que se escri-

(1) Según un ilustre bibliófilo, el célebre Caldera de Heredia, nació en Borángel.

bieron en nuestra patria, acerca del sudor inglés.

También recuerdo, que yace en completo olvido una monografía de un médico español llamado Borja, que empleó las *inoculaciones* contra la fiebre amarilla, á principios de este siglo.

En 1623 se publicó en Lisboa un libro muy curioso, de 224 páginas dobles, cuyo autor era el Licenciado Alejo de Abreu, portugués de nacimiento. En este libro se describen muchas graves enfermedades, y entre ellas *el mal de loanda* y la enfermedad del gusano.

En el siglo XVI, de grato recuerdo para la Medicina española, floreció un médico español, notable en literatura y en Medicina, del cual no se ocupan nuestros libros de historia. Llamábase Luis Barahona de Soto, era natural de Lucena, y después de varias peregrinaciones, se estableció en Archidona, donde ejercía su profesión; fué autor de la «Primera parte de la Angélica,» dedicada al Duque de Osuna é impresa en 1585; este libro es muy apreciado de los literatos.

El crítico Espinel, muy parco en alabanzas, dice que Barahona, como poeta, *tenía pocos iguales, mejor, ninguno;* Lope de Vega, en su Laurel de Apolo (silva 2.ª), le apellida por autonomasia:

«El médico excelente
que en láminas de oro
escribió la ventura de Medoro;»

Miguel de Cervantes, en su inmortal Quijote (en el escrutinio de libros) pondera las Lágrimas de Angélica, del médico Barahona, libro tan raro, que apenas si hay algunos que sepan bien el título.

En un reducido y defectuoso libro sobre Historia de la Albeytería en España, leímos hace algún tiempo estas ó parecidas palabras: «un tal Martínez Dampies tradujo el libro de Albeitería de Manuel Díez...»; como estas frases indican que el autor ignoraba quién fuese Dampies, ó que le tenía por un *pelagatos* ó poco menos, según el desdén con que de él se ocupaba, no será ocioso recordar que D. Martín Martínez Dampies ó Dampiez, era natural de Sos, y que nació á mediados del siglo XV. Fué militar esforzado, hombre sabio y erudito, y de gran prestigio en la corte de Fernando el Católico, que concedió, por mediación de D. Martín, privilegios al pueblo de Sos. Entre varias de las obras que escribió este literato, ensalzado por los bibliófilos, recordaremos «Un viaje á tierra santa,» «Historia de Roma,» «El triunfo de María» en prosa y verso, variedad de composiciones poéticas, y la traducción, del lemosín antiguo al castellano, del libro de Albeitería antes citado.

Por los datos que preceden, puede inferirse que Dampies no era un *quídam*, como podría deducirse de las palabras que motivan este párrafo.

Pertenecen á los libros médicos poco ó nada co-

nocidos, los de Francisco Díez Villarino, dos tomos de «Cánones médico-quirúrgicos,» de mucha erudición, impresos en Tudela en 1573. Este médico zaragozano era de noble origen, tuvo fama de peritísimo médico, y fué Diputado del Reino de Aragón, y por su iniciativa se formó un índice de lo más notable de la historia de aquel reino.

Entre las muchas pestes y trabajos que sufrieron las distintas regiones de España, desde tiempos remotos, cuentan los anales, que en 1637, Madrid y Málaga se vieron azotadas de mortífero contagio. La primera de dichas poblaciones, de cuya epidemia trató Fernando Cardoso (1), se vió afligida de fiebres sincopales; en cuanto á Málaga (2), sufrió en el antedicho año una pestilencia de tal intensidad y tan grave, que en el espacio de tres ó cuatro meses perecieron más de cuarenta mil personas, según opi-

(1) No debe confundirse este sabio médico, teólogo y filósofo portugués, natural de Celorico, provincia de Beira, autor de numerosas y meritorias obras, entre las que descuella su tratado de fiebre sincopal, con otro del mismo nombre y apellido, también portugués, que nació en Viceu en 1572, y murió en junio de 1608. El primero era judío, ó cuando menos renegado, y se le conoce con el nombre de Isac Cardoso; el segundo, Fernando Rodríguez Cardoso, escribió: «*De sex rebus non naturalium.*» Lisboa 1608, y el *Metodus medendi summa, in tres libros distributa*, etc. Venetia 1616.

(2) Esta ciudad cuenta con una crónica completa de las epidemias que ha sufrido en el trascurso de los siglos, según me aseguró el sabio académico D. Aureliano Fernández-Guerra.

nión de Bernardo Francisco de Acevedo en su «Tratado de Peste,» pág.15; más verídica parece la opinión de Juan de Viana, que sólo hace subir el número de víctimas á veinte mil en la ciudad, arrabales y nosocomios, el cual en dicho año 1637 imprimió su libro sobre la peste, sus causas y curación, etcétera, declarando ser la naturaleza de la enfermedad peste bubónica, nacida de la mala calidad del trigo cuyo hedor era insoportable.

Lo que sí parece cierto es que esta calamidad fué tan grande, que no habiendo suficiente número de médicos para tanto enfermo, se echó mano de los veterinarios; el Rey Felipe IV, en tal desgracia, mandó á la ciudad 30.000 ducados para remediarla. De esta peste tratan varios autores antiguos y modernos; entre los primeros, Alonso de Burgos; entre los segundos, Villalba; pero los historiadores desconocen un libro en que se relata tan grave conflicto sanitario, debido á D. Baltasar Alvarez Orovio. Ignoramos por completo las circunstancias biográficas de este escritor, y sólo sabemos por diligencias de un acreditado bibliógrafo que escribió un «Epílogo de lo que pasó en en la peste de Málaga este año de 1637» (1). El libro está escrito en octavas; su autor,

(1) Unos años más tarde, el sevillano J. Bautista Aruao, en su «Discurso contra la peste,» en cuyo libro el autor supone emitir ideas nuevas sobre la causa y tratamiento de la peste, por lo cual espera oposición de parte de los médicos, trató de la epidemia de los años de 1647 al 50, que produjo tantas víctimas. La obra principia así: «Es la peste la reina coronada de todas las enfermedades, muy conocidos y experimentados sus efectos. pero sus causas ignoradas

natural de Málaga, era colegial del colegio de teólogos de la Madre de Dios.

Hacen mención nuestros historiadores de la inmortal obra de Cristóbal Acosta, á quien podemos apellidar el Dioscórides del siglo XVI; se conocen bien sus investigaciones sagaces, su profunda erudición, humanitarias escursiones y descripciones preciosas que forman su «Tratado de las drogas y medicinas de las Indias orientales,» impreso en Burgos en 1578; pero si se conocen los trabajos de este médico oriundo de Africa, que le colocan al frente de los naturalistas españoles que forman por cierto nutrida y gloriosa falanje, también es cierto que los historiadores médicos no se cuidaron de buscar los escritos de Acosta que testifican sus aptitudes literarias y filosóficas (1).

---

hasta agora, y por consecuencia, sus remedios...» Estas frases dan clara idea del estado de la Medicina respecto á dicha dolencia, á mediados del siglo XVII, después de haber tenido ocasión los médicos de tratar, por desgracia, tantas veces aquel contagio.

(1) No debe confundirse al africano Cristóbal Acosta con el jesuita P. Josef de Acosta que en 1590 escribió una obra, impresa en Sevilla por Juan Leon, titulada:

«Historia natural y moral de las Indias, en que se tratan las cosas notables del cielo y elementos, metales, plantas y animales dellas, y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno y guerras de los indios.» Estos escritos los dedicó el autor á la Infanta D.ª Isabel Clara Eugenia de Austria.

El Padre Pedro Clain escribió en Manila, en 1712, una obra, hoy muy rara. Era una Medicina doméstica de remedios caseros y arte de

Dirigido á la Infanta D.ª Catalina de Austria se imprimió en Venecia en 1592, un «Tratado en loor de las mujeres y de la castidad, honestidad, constancia, silencio y justicia, con otras muchas particularidades y varias historias.» Esta obra contiene, entre otras muchas cosas amenas y eruditas, tres índices de hombres y mujeres célebres de que se hace mención en el texto.

También en el año de 1592 publicó Acosta el «Tratado en contra y pro de la vida solitaria,» con otros dos tratados, uno «de Religión y del Religioso,» otro «contra los hombres que mal viven,» dirigidos todos ellos al Rey D. Felipe. Estos libros ignorados de los cronistas médicos, no sólo son importantes para completar la biografía de autor tan sobresaliente, sino que alguno de ellos, como el de la vida solitaria, puede encerrar verdadero interés médico.

Sabido es que el Dr. Alvarez Chanca fué médico y escritor eminente, que era natural de Sevilla, que escribió unos comentarios á las parábolas de Arnaldo, en latín y en folio, en 1514, muy apreciados.

prepararlos, con un índice de palabras extrañas en tagalo, pampango y visayo, y correspondencias latinas y castellanas. El libro está aprobado por José de la Torre, cirujano del Hospital de Manila, y Antonio Enrique, médico de dicha ciudad.

D. Diego Alvarez Chanca, que tales eran su nombre y apellidos, fué médico de los Reyes Católicos, ó cuando menos de la Princesa su hija, según consta en una Real cédula de 7 de julio de 1492, en la que Isabel la Católica mandaba á sus contadores mayores pagasen á dicho doctor 68.750 maravedises que se le adeudaban. Este documento puede verse en la «Colección de viajes y descubrimientos de los españoles, por mar, desde el siglo XV,» por Fernández Navarrete, de donde lo copió Morejón en su obra que trata de la historia de nuestra ciencia. No es menos sabido que este celebrado doctor acompañó á Cristóbal Colón en su segundo viaje á las Indias, como entonces se decía; empero debemos recordar el modo como allá fué mandado y lo que en América observó, por ser el primero que estudió aquella naturaleza virgen y por la honra que á la Medicina cabe con aquel suceso.

Los Reyes Católicos consideraron sus conocimientos de gran utilidad para los expedicionarios, y así le dirigieron la siguiente carta, registrada en el Archivo de Indias en Sevilla, copiada en la obra que escribió D. Martín Fernández Navarrete:

«El Rey é la Reina: Doctor Chanca: Nos habemos sabido que vos, con el deseo que teneis de Nos servir, habeis voluntad de ir á las Indias, é porque en lo hacer nos servireis, é aprovechareis mucho á la salud de los que por nuestro mandato allá van, por servicio nuestro que lo pongais por obra, é vayais con el nuestro Almirante de las dichas Indias, el

cual vos hablará en lo que toca á vuestro asiento para allá, y en lo de acá Nos vos enviamos una carta para que vos sea librado el salario é racion que de Nos teneis en tanto que allá estuviéredes. (Barcelona 23 mayo de 1493.)»

También son curiosos los tratados sobre la peste, de Miguel Franco y Francisco Franco; el primero era de Andújar, escribió en 1601; el segundo era valenciano, natural de Játiva, hombre erudito y sabio, compatricio de Juan Bautista Bataller, que en 1661 publicó un libro de toxicología, muy apreciable, titulado: «Disceptatio única. De signis propiis veneni sumpti.» Valencianos eran también Pedro Pintor, Alcanis, Almenar, los dos Torrellas que ofrecen con sus escritos los primeros documentos hispanos acerca de la sífilis y su tratamiento. En este punto recuerdo que el historiador Beuter afirma y *prueba* en su cronología, que el Petrarca copió á Mosen Jordi, poeta y caballero valenciano al servicio del Rey *conquerídor*.

....

....

Pudiéramos, sin trabajo, centuplicar estas notas sobre libros y autores poco ó nada conocidos, pero entiendo que lo expuesto bastará, como muestra de lo mucho que resta por descubrir y estudiar en materias histórico-médicas, y de incentivo para profesores instruídos y amantes de nuestras glorias.

La rabia

La figura de Pasteur, honra de la Francia y de la Europa, parecerá indudablemente á las venideras generaciones una de las personalidades más grandiosas y dignas de respeto entre tantas como en este siglo brillaron y que con su inteligencia y laboriosidad dieron pujanza y hermosura sin igual á la Medicina moderna. Tan diferente ésta se nos muestra con relación á la de pretéritas centurias; tan legítimos y trascendentales son sus triunfos y tales alientos suponen hasta sus mismos errores, que no parece sino que el arte de curar se ha divorciado, ha surgido de nuevo sin guardar relaciones con la ciencia tradicional.

Sin embargo, esta solución profunda, esta independencia grande, es aparente; todo tiene sus raíces más ó menos robustas en el pasado, y los mismos trabajos de Pasteur en la rabia, con ser tan modernos, tan asombrosos y tan suyos, no dejan de tener antecedentes clínicos, terapéuticos y experimentales, de valía muy distinta, es cierto, pero que todos ellos han venido preparando el terreno al ilustre bacteriólogo; acaso sus estudios valgan evidentemente más, en el sentido de lo útil, que cuanto hasta aquí se hizo; pero no lo bastante para bo-

rrar aquellos antecedentes, aquellas pobres observaciones que le habrán servido como rayos de luz, ora vivos, mortecinos casi siempre en los primeros pasos de sus experimentos.

Convencidos de ello los tratadistas serios, lejos de despreciar los datos que acerca de la rabia ofrece la historia, búscanlos con singular tenacidad para completar la noción (1); que obrando de contraria suerte, aparte de conseguir á lo más el resultado de aquel filósofo que demostraba por silogismos ser negra la nieve, se acredita el escritor de hombre ligero que no tiene más discurso que el ignorante labriego que ante la cabeza parlante exhibida por los titiriteros, cree el fenómeno como se le presenta, se espanta ante la visión, sueña con ella, y es que su inteligencia no va más allá que hasta donde alcanzan sus ojos.

No es tarea factible disminuir en un ápice el positivo mérito de la moderna Medicina (2); nadie debe intentarlo; tampoco es posible cercenar la importancia de los trabajos de Pasteur, aun cuando no resultaran tan útiles como es de creer y esperar; que, en último extremo, la verdad como el error en materia de experimentación, suelen ser fuentes de posteriores adelantos, y puesto que nadie nos

(1) Vid. las monografías y estudios sobre este particular de Bouley, Brouardel, Bollinger, etc., y el excelente trabajo de nuestro compatricio Dr. Ribera y Sanz.

(2) Vid. artículos del Dr. Pulido en *El Liberal* y los de A. Settier en *El Progreso*, publicados en marzo de 1886.

aventaja en admirar las grandes conquistas de la ciencia, no deben atribuirse torpemente al afán de mutilar reputaciones firmísimas, el exponer algunos antecedentes de la rabia encontrados en los autores españoles de la antigüedad, toda vez que en los modernos escritos nada se dice de nuestros compatriotas.

Sabemos bien la poca utilidad práctica de vetustas opiniones acerca de la hidrofobia; no ignoramos que esta inutilidad no sólo se refiere á los españoles, sino á los escritores de todo país hasta tiempos muy recientes, y por tanto no hay razón para que aquellos autores que escribieron de dicha enfermedad, callasen las opiniones de nuestros antepasados, consignando en cambio las de médicos extranjeros.

Nosotros no intentamos llenar este vacío, que tal empresa requiere gran extensión, sino recordar algunos textos que yacen poco menos que olvidados, amoldándonos á la índole del presente librejo.

Haciendo caso omiso de las opiniones que sobre la rabia profesaron los médicos árabes y judíos españoles, no mencionando tampoco las ideas de los médicos griegos y latinos, ni las de autores modernos ibéricos que no son difíciles de encontrar, diremos que en el siglo XVI ocupáronse los autores con gran interés de tan terrible dolencia emitiendo teorías y juicios acerca de su naturaleza, sino todas acertadas, tan meritorias cuando menos como las de igual época en otras naciones.

Los españoles de aquella centuria estudiaron los síntomas de la enfermedad en el hombre y en los

animales, discurrieron no poco para explicar el asiento del mal, el período de incubación, dedicando algunos esfuerzos á encontrar la terapéutica más apropiada.

Faltos de medios de observación, no pudieron soñar en trabajos como los más recientes que hoy embargan la atención del mundo; pero esto no podrá ser objeto de censura contra aquellos varones. ni menos motivo de olvido para sus trabajos, que si juzgáramos á los hombres del pasado á través de la amplísima lente de los modernos conocimientos. todas las grandes figuras de la historia parecerían enanas ó ridículas, y lo propio sucedería con las actuales examinadas según este criterio, por los hombres del porvenir (1).

Mis lectores juzgarán del valor de las opiniones

(1) Recientemente, un profesor ilustrado, impulsado más bien por el excesivo afán de singularizarse, guiado por su ingenio antes que por la luz que prestan detenidos estudios bibliográficos y ante un público poco entendido en historia de la Medicina intentó demostrar la ignorancia médica de los españoles en el siglo XVI, presentando *dos* genialidades de algún profesor eminente, sin contar que por este criterio ni hubo ni habrá en ninguna época ningún médico digno de estima. Las preocupaciones, como las modas, son achaque de todo tiempo é influyen en el ánimo de todo hombre, y negar que Pareo por creer en el posible engendro de monstruos, que Mercado y Vallés por dar importancia á las ideas de Galeno, que Mondini por admitir la perforación del tabique interventricular, que Vesalio por no conocer la circulación y que Bichat por no haber hecho cultivos de vírgulas, no fueron varones sabios y dignos de veneración, es un absurdo que no tiene perdón en quien tiene el deber de saber los fundamentos de la crítica histórica. Ante todo, hay que juzgar á los hombres del pasado conociendo todas sus obras y la época en que vivieron.

de algunos de nuestros compatricios al hablar de la rabia.

En 1571, Juan Bravo escribió una monografía bastante extensa de la rabia, que por cierto es hoy muy difícil de adquirir. Este librito, escrito en latín bastante correcto, y en 8.º, consta de 88 folios sin contar el índice, el prólogo, dedicatoria y licencias, pero tan sólo 60 folios tratan la hidrofobia bajo el aspecto médico; el resto de las páginas están ocupadas por disquisiciones médico-filosóficas, formando sección aparte; el texto no tiene capítulos. El ejemplar que tenemos á la vista está encuadernado con una especie de formulario terapéutico del famoso Fernando de Mena y perteneció á D. A. Chinchilla.

Era Juan Bravo natural de Piedrahita en Castilla la Nueva; estudió en Salamanca, de cuya Universidad fué catedrático de varias asignaturas; también fué médico titular de su pueblo. Nuestros historiadores consideran á Bravo como uno de los médicos más doctos de su siglo, y en sus obras, que son varias y algunas de mérito sobresaliente, demostró ser consumado erudito, comentarista apreciable, escritor original y observador sagaz, especialmente en su libro sobre los purgantes, los comentarios á los pronósticos de Hipócrates, etc., etc.

En ocasión de estar de sobremesa con el Obispo de Plasencia, á quien había ido á visitar, recayó la conversación sobre la enfermedad de la rabia, y gustó tanto al prelado el discurso del Dr. Bravo, que le suplicó escribiera un libro acerca de tal cuestión.

Así lo hizo el profesor aprovechando las vacaciones del verano de 1571.

He aquí el título de la obrita: «De/hidrofobiæ natu/ra, causis, atque medela, liber/vnus. Auctore Ionane Brauo/Pietrafitano Scholæ Me/dicæ Salmanticensis/publico Profes/sore.=Salmanticæ M.DLXXI.»

Peca el libro del defecto de las publicaciones de aquel tiempo, de exceso de citas y de erudición, mas no por esto deja de notarse la independencia del autor, el cual combate opiniones de médicos antiguos; por lo demás, es una monografía completa para aquellos días.

Juan Bravo consideró la hidrofobia como una manía, delirio ó furor producido por el veneno rábico del perro. Trata el autor primeramente de la rabia canina, de las circunstancias que pueden favorecer su desarrollo en aquellos animales el calor del verano, los alimentos de mala índole, el clima, y dice que en Creta, la rabia es más frecuente. Ocúpase luego de la malignidad de la mordedura de perros rabiosos y coloca el peligro en la saliva que se deposita en las detelladas; asegura que esta enfermedad no es contagiosa por intermedio del aire y estudia el hecho de permanecer el virus latente por tiempo variable, así como la época más adecuada para intervenir con la terapéutica á la curación de la rabia, la cual es incurable desde el momento en que se desarrollan fenómenos nerviosos. Describe los síntomas completos de la rabia en el hombre, aunque con determinadas preocupaciones de antiguo origen. Asegura que no todos los mordidos por

canes hidrófobos, rabian; supone que esta enfermedad en el hombre no se conoció en tiempos antiguos, y tocante á su naturaleza, opina que es un veneno que ataca los centros nerviosos y perturba las facultades intelectuales, por cuya razón atribuye grande importancia á la conocida prueba del espejo como signo pronóstico según que el enfermo se conozca ó no, se asuste ó permanezca tranquilo ante su imagen. También examina Bravo la razón de por qué el hidrófobo huye del agua, y con tal motivo combate las opiniones de varios autores al pretender explicar dicho fenómeno; sin embargo, no fué más feliz el autor al suponer que la *antipatía* es la causa del horror que sienten los enfermos contra el agua; esta teoría fué impugnada más tarde por Zacuto Lusitano (1).

Respecto á la terapéutica de tan cruel dolencia, es cierto que Bravo aconseja la triaca como tópico, así como el colocar un pollo ó gallina abiertos sobre la herida, y que se preocupa mucho en discurrir artificios por dar de beber al paciente; pero también es cierto que aconseja no perder tiempo en medicamentos suaves ante el peligro grandísimo que supone una mordedura de animal rábido, y preconiza como remedios urgentes y principales la ustión, escarificaciones, succión del virus y hasta la amputación.

En el mismo siglo XVI, y sin rebuscar libros ex-

---

(1) *Opera Omnia*, tomo I, pág. 840 y sig.; tomo II, pág. 116 y siguientes.

tremadamente raros ni confeccionar párrafos ó capítulos de autores poco familiares para quien haya estudiado la historia de nuestra ciencia, hallamos estudios sobre la rabia tan completos para aquel tiempo como los que traen los libros de texto á mediados de este siglo, y tan útiles y dignos de mención, cuando menos, como las publicaciones extranjeras de la misma fecha.

Dionisio Daza, en su voluminosa y meritoria obra de cirugía, trató de esta enfermedad en un capítulo, en el que logró presentar y resumir las principales opiniones de los antiguos; y si bien en este capítulo (libro 2.º, pág. 120) no se ocupa del tratamiento de la hidrofobia, es porque en otros pasajes de sus escritos dejó consignadas las principales indicaciones.

Expone el cirujano Daza las cualidades de fidelidad del perro, los signos de la hidrofobia en este animal; advierte que el can sufre otras dolencias, como la esquinancia y la gota, que suelen confundirse con la rabia, y medio de distinguir estos males entre sí; asegura que la morsura de perro hidrófobo es la más grave de las heridas; coloca el veneno rábico en la saliva del perro, en el cual se desarrolla esta enfermedad, que se propaga al hombre y animales; señala las causas que influyen en el desarrollo de la rabia canina; aconseja obrar pronto y con vehemencia si se quieren evitar en el hombre las consecuencias de la mordedura lísica, y dice: que «así como una centella de fuego suele estar algunos días sepultada y venirse después della á encenderse un gran fuego, así al principio esta pes-

tilencia está escondida hasta que se halla (creciendo) con potencia de matar.»

El Dr. Juan Fragoso, en su «Cirugía Universal,» describe la rabia con más extensión y mayor copia de datos que Daza y algún otro cirujano cuyos textos pudiéramos citar.

Con efecto, después de haberse ocupado de la curación en general, de las heridas ponzoñosas, en la pág. 110, discurre luego con datos copiosos sobre las diversas cuestiones de la hidrofobia en su «Glosa de las mordeduras,» pág. 300 y siguientes. Como sería tarea de alguna extensión extractar los escritos de Fragoso sobre el particular, diremos que este cirujano tiene á la rabia como una especie de locura determinada por el virus rábico, y que, como la mayoría de los autores hasta tiempos cercanos, no vió en el síntoma hidrofobia sino una aberración de la inteligencia, manía que producía en los enfermos horror á los líquidos. Estudia el período de incubación de la rabia sin añadir nada de nuevo, y finalmente, después de atacar rudamente á los saludadores como explotadores de la ignorancia del pueblo, sabemos que Fragoso recomendaba contra las mordeduras de animales rabiosos, el hierro enrojecido, las escarificaciones, la dilatación de la herida y el mantenerla abierta por mucho tiempo, etcétera, etc.

Vallés, como Amato, como Mercado, Vega y tantos otros, describieron con más ó menos extensión la rabia en el hombre y tuviéronla como furor, manía ó locura producida por el veneno rábico (Vallés,

De Loc Patient; Amat, Centur. IV; Mercado, Op. Omn.; C. Veg. Op. Omn.). Zacuto Lusitano fué, sin embargo, uno de los autores que escribieron con mayor acierto de la rabia, aunque en el siglo XVII. En dicha centuria imprimióse el «Compendio quirúrgico de Diego Antonio Robledo,» en el cual hallamos un excelente tratado de la rabia, que no cede en bondad al de autores extranjeros de la misma y aun posterior fecha. Tiene Robledo á la hidrofobia como enfermedad producida por la «introducción en el organismo de un veneno animal, no común ó fisiológico como el de la víbora, sino accidental, procedente de una infección que sufren comúnmente los perros, lobos, etc., enfermedad física que se trasmite con las mordeduras y hasta comiendo la carne de las bestias que la padecían. Este veneno ataca principalmente al cerebro.» Combate las teorías fundadas en lo cálido, lo seco, lo frío, etc., para explicar la naturaleza de la afección. Describe el autor con bastante precisión los síntomas que presenta el hombre mordido en el período de incubación, los de la rabia confirmada y el aspecto de can rabioso, notándose que rehuye tratar todas aquellas teorías en que se engolfaron sus antepasados.

Tocante al pronóstico, dice que depende del sitio de la mordedura, de la gravedad de los síntomas, del temperamento del rabioso, y sobre todo, de si se presentaron accidentes nerviosos, en cuyo caso el enfermo muere con seguridad y pronto. En cuanto al tratamiento, aconseja las ventosas, las escari-

ficaciones, los cáusticos, la succión, ligaduras, etcétera, etc.

Pudiéramos extractar la descripción que de la hidrofobia nos dió el español Pedro Miguel de Heredia en sus manuscritos publicados por el doctor Pedro Barca, con la seguridad de que tal extracto había de ser nuevo testimonio de que el médico de Alcalá, uno de los que propagaron el uso de la quina, describió el garrotillo y de los primeros en estudiar los tubérculos pulmonares, conoció la enfermedad rábica con tanta precisión como sus contemporáneos de otros países. Pero creemos suficientes las incompletas referencias que hemos consignado para tal objeto. Claro está que todos los pasajes á que nos hemos referido adolecen de defectos de aquellas épocas lejanas en que no se conocían medios de investigación, pero también es cierto que los mismos defectos se encuentran en obras de este siglo, y mucho más en las pertenecientes á extranjeros en las pasadas centurias. Esto puede comprobarse en la Opera quirúrgica de A. Pareo, pág. 580 y siguientes; en el Lexicon Castelli, t. 2.º, pág. 115; en los Com. de Agrícola, lib. cap. V; en el Synopsis universæ praxeos medicæ de Lietaud, pág. 318, y otros muchos citados no obstante, en la bibliografía de artículos ó libros sobre la rabia.

El autor del presente librito no aspira á otra cosa sino á que sus compañeros perfeccionen con su laboriosidad y talento, las mal hilvanadas noticias que contiene este volumen.

Marzo, 1886.



ADVERTENCIA

Con el objeto de no hacer fatigosa la lectura de los precedentes capítulos, hemos procurado suprimir citas y referencias numerosas; pero la importancia que entraña la nota incluída en la pág. 148, nos obliga á decir que no nos pertenece; está tomada del Dr. González Samano (*Compendio histórico*, págs. 121 y 241). Hemos leído el *Coliget*, de Averroes y no hemos podido comprobar la exactitud de la cita; y como Samano no se cuidó de señalar la edición del libro en que leyera aquellas frases, no podemos emitir definitivo juicio sobre la exactitud de aquéllas.

De la misma suerte podemos asegurar no ser cierto que el Dr. Crist. Vega, en la pág. 71 de su *Op. omnia*, describa exactamente la circulación de la sangre, según dijo un historiador, cuya buena fe es discutible en muchos de sus pasajes y referencias.

INDICE

Págs.